

MY HAPPY MARRIAGE

AKUMI AGITOGI

4



Traducido por Ferindrad



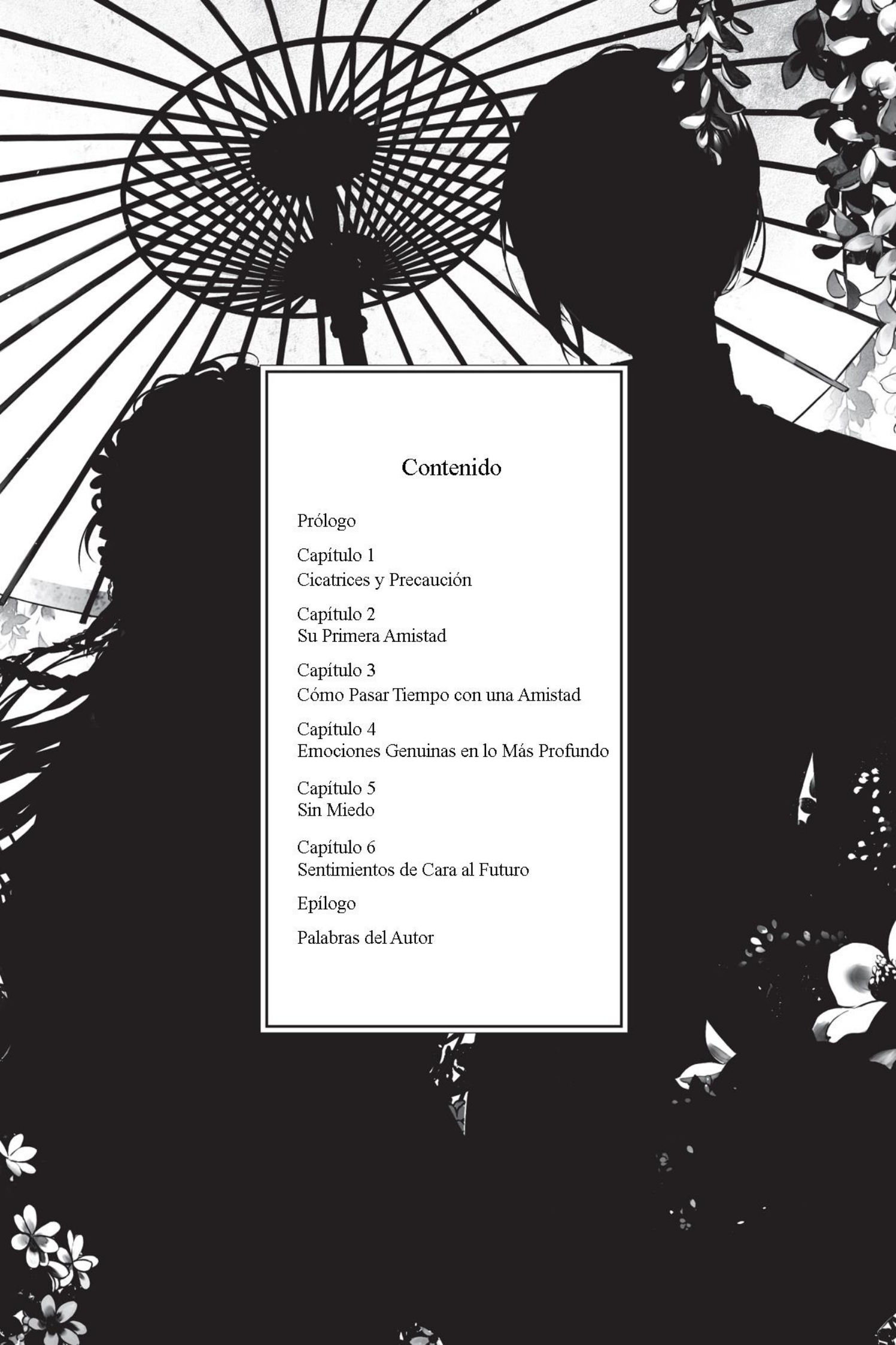
Akumi Agitogi

Ilustraciones por Tsukiho Tsukioka

Traducido por Ferindrad

Serializado al inglés por:





Contenido

Prólogo

Capítulo 1
Cicatrices y Precaución

Capítulo 2
Su Primera Amistad

Capítulo 3
Cómo Pasar Tiempo con una Amistad

Capítulo 4
Emociones Genuinas en lo Más Profundo

Capítulo 5
Sin Miedo

Capítulo 6
Sentimientos de Cara al Futuro

Epílogo

Palabras del Autor

PRÓLOGO

Llegó a la capital imperial cuando caía el telón del otoño y se alzaba el del invierno.

Cuando bajó del vagón y se plantó en el andén de la estación, con su gran bolso de cuero en la mano, estuvo a punto de chocar con la densa multitud que iba y venía a toda prisa a su alrededor.

La capital siempre está abarrotada.

Unos años antes había vivido y trabajado en la ciudad, pero después de tanto tiempo fuera, el ajetreo y el bullicio le quitaban las ganas.

Suspirando, ajustó la bolsa con sus guantes blancos y empezó a abrirse paso entre la masa de gente.

Un viento gélido la azotó cuando salió de la estación. Temblando de frío, se ajustó el cuello del largo abrigo.

“Brrr...”

Expresando espontáneamente su reacción al tiempo, comenzó a dirigirse a la parada de autobús—

“Señorita.”

—cuando le pareció oír una delicada voz que la llamaba.

El susurro fue tan débil que casi quedó ahogado por el bullicio de la multitud, pero sin duda había llegado a sus oídos.

Aun así, estaba en medio de una multitud.

La gente levantaba la voz aquí y allá, así que quienquiera que dijera eso podría haber estado hablando con otra persona.

Tampoco me dijeron que nadie vendría a recogerme.

Cuando dudó un momento, pensando que podía haberse equivocado, volvió a oír la voz.

“Disculpe, señorita.”

Al oír la voz mucho más cerca de ella de lo esperado, se giró sorprendida.

Se encontró un hombre de unos cuarenta años, con gafas y una sonrisa amable. Sus extraños ojos la impresionaron especialmente, pues contrastaban por completo con su expresión amable.

Y esos ojos suyos, con su brillo misterioso, sin duda la miraban a ella.

“¿Qué quieres de mí?”

Ante su pregunta, el hombre ensanchó la sonrisa, con arrugas en el borde de los ojos.

“Mis disculpas por llamarla tan groseramente, Srta. Kaoruko Jinnouchi.”

“¿Eh?”

¿Cómo sabía su nombre?

Justo cuando ella —Kaoruko— entornó los ojos, el hombre siguió hablando.

“Mi nombre es Naoshi Usui. Haré algo para lo que necesito tu ayuda.”

CAPÍTULO 1:

Cicatrices y Precaución

Un día de invierno, con las primeras luces de la mañana, Miyo Saimori se puso frente al espejo de su habitación con semblante serio.

Pasó los brazos por las mangas de su kimono de invierno, que lucía un encantador estampado de camelias verde claro. Se ató bien el fajín *obi*, se cepilló el largo cabello negro y se lo arregló, antes de maquillarse ligeramente la cara y comprobar que no había ninguna parte de su atuendo que pareciese fuera de lugar.

... *Bien.*

No podía permitirse parecer indigna como prometida de Kiyoka Kudou, el jefe de la familia Kudou y comandante de su propia unidad militar.

“Miyo, tenemos que irnos pronto.”

“¡B-Bien!”

Una voz la llamó desde fuera de su habitación.

Apresurándose a tomar su abrigo *haori* y su bolso, salió de su habitación y se encontró a Kiyoka esperándola con su uniforme militar.

Tanto su lustroso cabello castaño claro cómo sus rasgos sorprendentemente apuestos eran los mismos de siempre, pero su

rostro parecía algo rígido y nublado. Llevaba así desde que regresaron a la capital tras su visita a la villa de los padres de Kiyoka.

“Kiyoka.”

Miyo le llamó por su nombre en voz baja, y él dejó escapar un pequeño suspiro antes de mirarla.

“¿Estás nerviosa?”

“Sí, pero sólo un poco... Es la primera vez que voy a la comisaría por algo así.”

Los dos estaban a punto de partir hacia el lugar de trabajo de Kiyoka, el edificio que albergaba la Unidad Especial Anti Grotescos.

En cuanto a por qué Miyo le acompañaba, la razón residía en un encuentro que habían tenido unos días antes en la estación de tren.

“Mi querida hija.”

El mero recuerdo de su voz la llenaba de un pavor inexplicable.

Sintiendo que la sangre se le iba rápidamente de la cara, Miyo se esforzó por sonreír.

“Pero estoy bien. Haré lo que pueda.”

“No te pongas así. Es una simple sesión informativa.”

Ver a Kiyoka esbozar una sonrisa con los labios le resultaba extrañamente reconfortante.

Kiyoka se estaba tomando lo que le había ocurrido a Godou — esencialmente su mano derecha— con más dureza que nadie.

Por eso Miyo necesitaba dar todo lo que pudiera para apoyarlo. Ella misma no podía permitirse tener miedo.

Ambos se dirigieron a la entrada, donde Yurie estaba preparada para despedirlos.

Hoy era un día raro en el que Miyo iba a salir y no tendría tiempo de ocuparse de las tareas cotidianas, así que había hecho venir a Yurie, la sirvienta de la familia Kudou, para que se ocupara de la casa por ellos.

“Que tenga un buen día, Joven Amo, Señorita Miyo.”

Aunque debió de notar la rigidez del ambiente, los nervios y la ansiedad de la pareja... su rabia y su tristeza uniéndose, Yurie les sonrió amablemente, como siempre.

Su cálida sonrisa, como la que una madre daría a su hijo, les tranquilizó.

De hecho, tanto el rostro de Miyo como el de Kiyoka esbozaron sus propias sonrisas.

“Nos vamos.”

Fuera de la casa, el sol aún no había salido del todo. Había un escalofrío en el aire que erizaba la piel, y su aliento se volvía blanco al escapar de sus labios.

Ambos subieron al automóvil, y Kiyoka arrancó inmediatamente el motor y se agarró al volante.

Mientras el vehículo se alejaba lentamente de la casa, murmuró en voz baja.

“Siento haberte arrastrado conmigo.”

“Descuida.”

“Permíteme disculparme. No sé nada concreto sobre cómo se desarrollarán las cosas de aquí en adelante. Pero definitivamente has sido puesta en peligro.”

A Miyo le dolió el corazón al ver el semblante tenso y alterado de su prometido.

Si ocurriera algo peligroso, la responsabilidad no recaería en Kiyoka. ¿Quién podría condenarle por algo?

“... Aun así. Desde el principio no podía mantenerme al margen. Así que, por favor.”

No te culpes.

Lo habría añadido si hubiera podido, pero Miyo sabía muy bien que, por mucho que gritara o por mucho que se le aferrara, ahora mismo todo carecería de sentido. Kiyoka era tan bondadoso que habría sido imposible convencerle de que no se preocupara.

Presa de la tristeza y la frustración contenidas, Miyo recordó lo que había ocurrido aquel día.

* * * * *

Cuando Miyo, Kiyoka y Arata Usuba regresaron de la villa Kudou, fueron recibidos por un desconocido hombre de mediana edad en la estación.

“Mi querida hija... Ah, eso suena demasiado teatral, ¿no?”

El hombre soltó una risita descarada. En apariencia, parecía de lo más normal.

Llevaba el cabello castaño oscuro, mezclado con grisáceos y blancos en algunas partes, bastante corto, y aunque tenía la cara alargada, sus rasgos estaban finamente cincelados, a los que se ajustaban un par de gafas redondas de montura negra. Iba vestido con pantalones *hakama* y un kimono de ricos colores, con un abrigo de Inverness echado por encima. Aunque su atuendo era de buena calidad, su aspecto era normal.

Sin embargo, hasta Miyo se daba cuenta de que no era un hombre corriente.

Detrás de sus gafas, sus ojos brillaban con un extraño resplandor propio de un halcón.

Kiyoka y Arata ya habían soltado el equipaje y montaban guardia con mirada amenazadora. El aire a su alrededor se volvió tenso y a Miyo se le cortó la respiración.

“Supongo que tú eres Naoshi Usui, ¿cierto?” Preguntó Kiyoka con calma, a lo que el hombre respondió llevándose una mano a la nuca e inclinándose ligeramente hacia delante, sin dejar de sonreír.

“Sí, así es. Soy Usui.”

“En ese caso, ¿qué tal si dejas de hacer ese acto hueco?” Arata, con expresión sombría, interrumpió antes de que Usui pudiera responder.

“Esa actitud de bonachón no engaña a nadie. Mirándote a los ojos... Recuerdo algo que me dijeron una vez: que el hijo mayor de los Usui siempre había sido un niño terriblemente frío de corazón, cruel y fuera de control.” Continuó Arata. “Aunque parece que se ha calmado con los años.” El tono de su voz era tranquilo, pero tenso, e incluso estando de pie detrás de él, Miyo sintió agudamente el filo en el aire.

“Lo que pasa es que la gente no pierde el contacto con sus raíces tan fácilmente.”

Un silencio envolvió al grupo, sólo para que Usui lo rompiera un momento después.

“*¡Jaja, ajaja, jajajajaja!* Ciertamente. Deja que el heredero de la familia principal Usuba lo vea todo claro.”

Usui soltó una carcajada y se agarró el estómago, con la voz entrecortada de vez en cuando mientras se le formaban lágrimas en las comisuras de los ojos. Jadeando mientras seguía convulsionándose de risa durante unos instantes, levantó la cara para mostrar que su sonrisa

fácil se había transformado en una mueca feroz, con los dientes al descubierto.

Fijó sus agudos ojos en Miyo, a quien tanto Kiyoka como Arata estaban protegiendo.

“Una personalidad es algo trivial. Puedo fabricar tantas como me plazca. Sobre todo si es en pos de mis objetivos.”

A Miyo le sudaban las palmas de las manos y la espalda. Se sentía como una rana acechada por una serpiente.

Este Usui era un enigma. El poco tiempo que había pasado con él era todo lo que necesitaba para convencerse de ello.

Como él mismo había dicho, los gestos de Usui eran totalmente incoherentes. Era imposible saber lo que estaba pensando o predecir lo que haría a continuación.

Era el caos y la contradicción en forma humana.

Sonó un chasquido procedente del arma que Arata llevaba oculta. Miyo no podía estar segura, pero supuso que Kiyoka también estaba preparado para desenvainar la espada que nunca se apartaba de su lado.

Sin embargo, Usui se limitó a encogerse de hombros y torcer la boca en una sonrisa, totalmente despreocupado por la postura amenazadora de la pareja.

“Oh, vamos, ¿a qué viene esa actitud ominosa? Hoy sólo he venido a presentarme. No tengo ninguna intención de empezar una pelea.”

“Eso no me lo creo. Además, ya eres un hombre buscado.”

“No seas así. Usted desairó a mis hombres, Comandante Kudou. ¿No es mi responsabilidad como su superior venir y presentarme? Da la casualidad de que también tengo un regalo para usted. Estoy seguro de que le hará cooperar con nosotros.”

“¿Un regalo?” Murmuró Miyo para sus adentros. Definitivamente no había venido a traerles una caja de dulces.

Sintió una punzada de miedo en lo más profundo de su mente; no podía pensar con claridad.

“¿Un presente?”

“Así es. Ese pueblo que descubriste hace poco no era más que un lugar de pruebas prescindible. Nuestras bases están repartidas por todo el país, pero los militares las identificaron de un solo golpe. ¿No se le ocurrió la posibilidad de que fuera una trampa? Espero que sus hombres estén sanos y salvos, Comandante Kudou.”

“Sitio de pruebas prescindible”, “las identificaron de un solo golpe”, “trampa”. A medida que una palabra siniestra engendraba otra, Miyo no terminaba de comprender lo que Usui estaba insinuando.

Por el contrario, Kiyoka arqueó las cejas y sus labios temblaron al oír la afirmación.

“¿Intentas amenazarme?”

“Intercambiar regalos es sólo un buen negocio. Ves, aquí viene.”

Usui señaló con la barbilla hacia una pequeña silueta que volaba por el aire. Al observarla más de cerca, se trataba de un familiar hecho de papel blanco que alguien les había enviado.

Sin apartar los ojos de Usui, Kiyoka sujetó el familiar y escaneó rápidamente el breve mensaje escrito en su superficie.

“¿Qué me dices? A mí también me pareció una buena noticia. Creo que te inclinará a cooperar con nosotros.”

Kiyoka aplastó al familiar en su agarre y chasqueó la lengua en silencio en respuesta a la conducta tranquila pero contenciosa de Usui.

“Nada de eso importa si te capturo aquí.”

“Le respaldaré, Comandante.” Respondió Arata a la declaración de Kiyoka.

Cuando Miyo volvió en sí, su prometido ya se había abalanzado sobre Usui. Además, Arata estaba apuntando abiertamente con su pistola a su objetivo, a pesar de que la estación estaba llena de civiles corrientes.

... Algo no está bien.

Justo entonces, se dio cuenta por fin de lo extraño de la escena.

Kiyoka y Arata ya debían de haberse dado cuenta. Ni una sola persona que pasara por la estación los miraba...

A pesar de que estaban en medio de una multitud enardecida... y a pesar de que Arata había desenfundado su arma, todos los demás

pasaban a su lado sin mirarlos, como si no vieran a Miyo ni a los tres hombres. Normalmente, un enfrentamiento así habría causado una gran conmoción.

¿Es este el Don de Usui?

O eso, o una barrera que protegía de la atención de la gente. Ella misma no podía decirlo.

En ese momento, el cuerpo de Usui pareció volverse transparente.

Cuando Kiyoka intentó agarrar al hombre, su mano cortó el aire y—

“Miyo, mi querida hija. Te juro que volveré a por ti más tarde.”

—susurró una voz inquietante en su oído.

De algún modo, Usui se había colocado justo a su lado, a pesar de que tanto Kiyoka como Arata la habían estado protegiendo.

“¡.....!”

“¡Miyo, no te muevas!”

La bala saltó del arma de Arata con un golpe seco, pasó rozando el costado de Miyo, golpeó el suelo detrás de ella y rebotó.

El hombre no aparecía por ninguna parte.

* * * * *

Miyo se apretó las frías yemas de los dedos y miró por la ventanilla del automóvil el paisaje que pasaba.

¿En verdad no soy la hija de los Saimori...?

Le aterraba la insistencia de Usui en que «volvería a por ella». Por encima de todo, no podía evitar preguntarse cuáles eran los motivos de aquel hombre para reclamarla como hija.

No quería creerlo.

Al fin y al cabo, si eso era cierto, habría explicado perfectamente por qué nunca la habían tratado como a una hija en aquella casa. Que el agonizante período que había pasado sin ser reconocida como parte de la familia, la angustia física y mental que había soportado, todo había estado justificado.

Y eso no era lo único que la asustaba de la perspectiva de que Naoshi Usui fuera su padre...

Porque el «presente» del hombre que decía ser el fundador de la Comunidad de los Dotados había resultado ser cualquier cosa menos eso.

Varios lugares que los militares identificaron como campamentos base de la Comunidad de los Dotados que debían ser objetivo de su incursión simultánea en la organización habían explotado justo cuando las tropas irrumpieron, ardiendo en llamas.

Las bajas habían sido enormes. Los hombres que servían en la unidad de Kiyoka no eran una excepción, por supuesto.

Muchos fueron heridos, incluso el Sr. Godou...

También estaba el incidente con los aldeanos de la villa de los Kudou. La Comunión de los Dotados les había hecho perder la cabeza y los había sumido en el terror.

No quería ni siquiera considerar la posibilidad de que el hombre responsable de hacer daño a tanta gente pudiera ser su propio padre. Eso era mucho más difícil de aceptar para Miyo que su pasado con los Saimori.

Sólo de imaginarlo se le agrió el humor; inconscientemente apretó más los puños.

Su automóvil avanzó suavemente por las calles casi desiertas de la mañana y atravesó la puerta de la base de la Unidad Especial Anti Grotescos.

“Vamos.”

“De acuerdo.”

Tras estacionar el vehículo, Miyo y Kiyoka se pusieron uno al lado de la otra antes de entrar en la estación.

A pesar de lo temprano de la mañana, el interior estaba abarrotado de soldados que corrían de aquí para allá.

“Buenos días.”

Miyo se inclinó ante los soldados cuando la saludaron.

Había imaginado que la recibirían con miradas curiosas, pero ya fuera porque conocían su relación con Kiyoka o simplemente porque

estaban demasiado ocupados como para preocuparse, no percibió que se sintieran incómodos en lo más mínimo.

“Miyo, vas a participar en la reunión que vamos a tener.”

“De acuerdo.”

“Pero antes de eso...”

Kiyoka pasó por delante de la sala de reuniones y abrió despreocupadamente una puerta con un diseño más elaborado que sus homólogas.

“Hay alguien que me gustaría presentarte primero.”

“¿Presentarme a alguien...? Espera...”

Recordó la impactante noticia de que le asignarían un guardia personal, elegido a dedo entre los miembros de la Unidad Especial Anti Grotescos, para protegerla de Usui.

Miyo quería decir que Kiyoka estaba exagerando, pero cuando recordó la visita de Usui del otro día, no pudo negarse.

Al otro lado de la puerta había una habitación espaciosa.

Al fondo había un gran escritorio, una mesa y un sofá. A pesar de que el mobiliario era tan bonito como el de la recepción, a diferencia de la lúgubre decoración del resto de la comisaría, el lugar era un caos, con montañas de documentos amontonados por todas partes.

Aún no había rastro de la persona que Kiyoka había mencionado dentro.

“Perdón por el desorden. Este es mi despacho, donde hago la mayor parte de mi trabajo.”

“¿Qué...? Erm, ¿debería estar aquí?”

Sorprendida, Miyo miró a su prometido a la cara.

Los militares guardaban mucha información confidencial. Definitivamente había cosas aquí que Miyo no podía ver.

“No hay problema. A partir de hoy te vas a refugiar aquí en esta estación... o al menos eso es lo que probablemente decidamos durante la reunión. Si ese es el caso, entonces no podría ocultar nada.”

“Oh... cierto, bien...”

“Sí. Lo siento. Voy a tener que incomodarte un poco hasta que este incidente de la Comunión de los Dotados se calme.”

“No pasa nada. Sé qué haces esto porque estás preocupada por mí, Kiyoka.”

Naturalmente, supuso que no le asignaba un guardia por sus sentimientos personales hacia Miyo. Se decía que su superior, Ookaito, también participaba en la reunión, y era probable que la política militar fuera mantener a Miyo a salvo.

Sin embargo, cuando miró la cara de Kiyoka, le quedó claro lo terriblemente preocupado que estaba por ella.

“De momento toma asiento. Deberían llegar pronto.”

Siguiendo su sugerencia, se sentó en el sofá y respiró hondo. Envuelta en la suavidad del sofá, la tensión que llevaba en el cuerpo por el estrés de la situación disminuyó ligeramente.

“¿Cansada?”

“No, solo tomaba un respiro.”

Ella negó con la cabeza. En ese momento, Kiyoka acercó de pronto su hermoso rostro al de ella.

“Estás un poco pálida.”

“P-Por favor, estás exagerando.”

Sus mejillas se encendieron al instante y retrocedió bruscamente, casi saltando de su asiento.

Miyo estaba bien físicamente. Aunque su complexión podría haber sido mejor, eso era culpa de los nervios y la ansiedad.

Pero por mucho que quisiera decírselo a Kiyoka, no le salían las palabras de la boca.

Qué vergüenza.

En esta posición, sus pensamientos se desviaron hacia lo que había sucedido en la villa el otro día, y la compostura se hizo imposible.

Sin saber adónde mirar, Miyo movió los ojos de un lado a otro hasta que Kiyoka frunció las cejas y se rio, poniendo algo de espacio entre ellos.

“Estás siendo demasiado cohibida. Por supuesto que no voy a hacer nada gracioso mientras estemos en mi lugar de trabajo.”

“¿Eso significa que lo harás cuando no estemos aquí...?”

“¿En casa? Allí tampoco.”

“Estás siendo malo.”

Kiyoka se estaba burlando de ella. Miyo levantó ambas manos para ocultar sus mejillas sonrojadas y expresó su indignación.

Justo cuando se produjo una pausa en la conversación, alguien llamó a la puerta del despacho. Por fin había llegado la persona que esperaban.

Miyo fijó la postura, intentando enfriar el calor de sus mejillas.

“Comandante, soy Jinnouchi. ¿Puedo pasar?”

“Adelante.”

“Con permiso.”

Quién abrió la puerta y entró en el despacho fue alguien vestido con un elegante uniforme militar.

¿Una elegante... mujer?

Quizá por estar tan acostumbrada al aspecto de Kiyoka, Miyo había pensado a primera vista que Jinnouchi era un hombre delicado y andrógino. Pero no era el caso. Entrando en la habitación a grandes zancadas, con su coleta ondeando tras ella, había una mujer de la edad de Miyo, de rasgos apuestos y dignos.

Creía que sólo había hombres en el ejército.

Cuando Miyo ladeó la cabeza, se encontró accidentalmente con los ojos de Jinnouchi, que enseguida respondió con una sonrisa.

Incluso siendo mujer, Miyo no pudo evitar sentirse encantada por aquella hermosa mujer. Llevaba el uniforme militar masculino sin perder ni un ápice de su belleza femenina, como si fuera una actriz de teatro.

Había hecho todo ese esfuerzo para refrescarse las mejillas, pero ahora le ardían por otro motivo.

“Gracias por venir, Jinnouchi. Toma asiento.”

“Sí, señor.”

Kiyoka indicó a la mujer a la que llamaba Jinnouchi que se sentara frente a Miyo, antes de sentarse con frialdad junto a su prometida.

“Siento haberte llamado desde la antigua capital tan de repente.”

“Descuide. Me alegro de verle, Sr. Kudou.”

Ahora que estaba cara a cara, la mujer de sonrisa alegre parecía sorprendentemente amable, con una disposición cálida y gentil.

“Miyo, esta es Kaoruko Jinnouchi. Normalmente, está destinada en la Segunda Unidad Especial Anti Grotescos de la vieja capital. Le he pedido que venga a cubrir el hueco que ha dejado Godou. Será tu guardaespaldas en el futuro... Jinnouchi, esta es mi prometida, Miyo Saimori.”

La mujer enderezó la postura e hizo una reverencia.

“Kaoruko Jinnouchi. Es un placer conocerte.”

“Miyo Saimori. Igualmente, el placer es todo mío.”

Aunque abrumada por su cortesía además de por su belleza, Miyo le devolvió el saludo.

Kaoruko sonrió y extendió la mano.

“Um, ¿estaría bien si te llamo sólo Miyo?”

“S-Sí, adelante.”

“Un nombre maravilloso, sin duda. Me preguntaba cómo sería la prometida del Sr. Kudou. Tiene sentido saber que es alguien gentil como tú, Miyo.”

El discurso de Kaoruko fue inesperadamente mucho más elocuente y desenfadado de lo que su apariencia sugería.

Miyo tomó su mano extendida y la estrechó. Aunque era femenina y pequeña, también era dura y callosa por haber empuñado una espada. Sin embargo, estaba caliente.

... Gracias a los cielos. Parece una buena persona.

Miyo se habría dado cuenta si Kaoruko intentaba ocultar sentimientos de amargura o animadversión hacia ella.

Pero, afortunadamente, no percibió nada desagradable en el tono de la otra mujer. Estaba claro que Kaoruko no era mala persona. Miyo esperaba poder llevarse bien con ella.

“Jinnouchi, quiero que vigiles a Miyo.”

Ante las palabras de Kiyoka, el rostro de Kaoruko se tensó y asintió.

“Sí, señor.”

“Estoy seguro de que eres consciente, pero si aceptas, debes saber que cualquier emergencia implicará enfrentarte a los usuarios de dones de la Comunión de los Dotados o al propio Usui. Tu vida estará en peligro.”

“No hay problema. Entiendo el peligro.”

“Lo siento. Te hice venir para sustituir a Godou, pero...”

“No me importa en absoluto. De todas formas es más prudente que su guardaespaldas sea otra mujer. Además, ese es el tipo de relación que tenemos, ¿verdad, Comandante?”

Miyo se sintió algo incómoda por su frase sugerente.

La relación de Kaoruko y Kiyoka.

¿Eran algo más que subordinado y superior, algo más que compañeros del ejército? Kaoruko era de la antigua capital, lo que dio a Miyo la impresión de que no habría usado tales palabras si no tuvieran algún tipo de connotación especial.

¿Qué quería decir? Miyo se debatía entre indagar sobre la declaración de Kaoruko o dejarlo pasar.

¡No quiero tener esta nube colgando sobre mí!

Miyo se decidió a preguntar.

“¿Y qué clase de relación tienen ustedes dos?”

“¿Eh? La verdad es que fui una de las candidatas matrimoniales del Sr. Kudou hace tiempo.”

“¿Qué?”

Miyo fijó sus ojos en el atractivo y sonriente rostro de Kaoruko. Estaba demasiado sorprendida como para expresarlo con palabras.

Obviamente, sabía que muchas candidatas a matrimonio habían intentado conquistar a Kiyoka antes que ella. Y sabía muy bien que ni una sola de ellas había permanecido finalmente a su lado.

Sencillamente, nunca había conocido a una de estas mujeres en la vida real y, por lo tanto, se había olvidado por completo de ellas.

“Eh, no desentierres el pasado.” Espetó Kiyouka.

“Oh, lo siento. No debe sentar muy bien oír eso, pero no dejes que te preocupe.”

“Sinceramente, ¿en qué estabas pensando?” Reprendió.

“¡Lo siento, de verdad! No volveré a sacar el tema.”

“.....”

Sin saber qué responder, Miyo sólo pudo sumirse en el silencio.

Kaoruko había dicho que no se preocupara, pero ahora que se sabía la verdad, no podía hacer *otra cosa* que preocuparse. Si Kaoruko y Kiyoka se hubieran prometido, la oportunidad de Miyo nunca habría llegado.

Además, ambos parecían estar en buenos términos incluso ahora. Tal vez eso significaba...

¿Por qué me dejo llevar por esta tontería?

Kiyoka estaba prometido a Miyo. Se preocupaba por ella y le era fiel. Por eso era imposible pensar que el hecho de tener a Kaoruko cerca cambiaría algo. Ella creía en él, ¿verdad?

“Puede que no sea tan buena como el Sr. Kudou, pero me esforzaré al máximo para protegerte, Miyo.”

“Bien... Gracias.”

Aunque Miyo respondió a Kaoruko con una sonrisa, las nubes grises aún persistían en su corazón.

Se acercaba la hora de la sesión informativa y los tres se dirigieron a la sala de reuniones.

Miyo seguía tan obsesionada con que Kaoruko había sido una de las candidatas de Kiyoka para casarse que no recordaba mucho de la conversación anterior a ese momento.

Basta, Miyo. Necesitas poner en orden tus pensamientos.

Los altos mandos le habían pedido expresamente que asistiera a la reunión, así que era posible que quisieran su opinión o testimonio sobre ciertos temas. Daría una impresión horrible si le pidieran su opinión sobre algo cuando tenía la cabeza en las nubes.

Entraron en la sala de reuniones, que seguía casi vacía.

“Miyo, tu asiento está aquí.”

Le mostraron una silla al fondo de la sala, justo al lado de la de Kiyoka.

Hoy sería la primera verdadera reunión de la Unidad Anti Grotescos desde el encuentro fortuito de Miyo, Kiyoka y Arata con Usui. Le habían pedido a Miyo que formara parte del proceso, ya que era una parte interesada. También había tenido contacto directo con Usui, así que querían asegurarse de que entendía cómo iban a tratar con él en el futuro.

Normalmente, aunque la situación en cuestión concierne a personas de fuera, alguien como ella no se involucraría tanto en procedimientos militares.

En este caso, sin embargo, Usui le había jurado a Miyo que volverían a encontrarse, lo que llevó a la unidad a concluir que dejarla en la oscuridad sería más peligroso que no hacerlo.

“Gracias.

Miyo tomó asiento en silencio.

Aunque había estado entusiasmada cuando salieron de la casa, se sentía insoportablemente fuera de lugar ahora que estaba en la sala de reuniones.

Además, el shock de antes aún persistía en su mente. Si no se concentraba, se encontraría mirando a Kaoruko, sentada un poco más lejos de ella, y las terribles visiones que amenazaban con desplegarse en su mente.

Necesito recomponerme.

El pasado de Kaoruko y Kiyoka la inquietaba, pero Miyo era la prometida del comandante de la unidad, así que no podía quedar mal en su lugar de trabajo delante de todos sus subordinados.

Mientras ella esperaba incómoda, los asistentes a la reunión fueron entrando uno tras otro.

Sólo aquellos que ostentaban el cargo de jefe de escuadrón o superior dentro de la Unidad Especial Anti Grotescos podían participar en la reunión del día. En otras palabras, los luchadores más duros de la unidad meritocrática. Entre los reunidos había tanto hombres jóvenes con un físico normal como hombres visiblemente musculosos.

Sin embargo, nadie destacaba tanto entre los participantes en la reunión como Kaoruko, la única mujer aquí vestida con uniforme militar.

“Gracias a todos por venir.”

El último en entrar en la sala de reuniones fue el hombre que supervisaba toda la unidad, Ookaito. Todos se pusieron en pie e hicieron una reverencia.

“Descansen. Tomen asiento.”

Tras sus palabras, los participantes volvieron a sus sillas y la reunión comenzó solemnemente.

Aún quedaba un asiento vacío. Miyo había oído que Arata había sido convocado como representante de la familia Usuba, pero no había ni rastro de él a pesar de que la reunión ya había comenzado.

Estoy un poco preocupada, pero no estoy en condiciones de plantearlo.

Todo iría bien siempre que no hubiera tenido un accidente de camino o se hubiera hecho daño de alguna manera. Mientras estos pensamientos pasaban por su cabeza, alguien le pasó el folleto de la reunión.

Esto es complicado.

Miyo pasó los ojos brevemente por los documentos, que estaban llenos de tanta jerga especializada que apenas podía entender la mitad. Probablemente necesitaría que Kiyoka la ayudara a ponerse al día más tarde si la sesión informativa no aclaraba nada.

Una vez distribuido el material, y después de que todos hubiesen hojeado los temas y el orden del día, Kiyoka comenzó a hablar.

“De momento he tomado prestada a una persona de la Segunda Unidad Especial Anti Grotescos de la antigua capital para que ayude a hacer frente a la Comunión de los Dotados y reemplace al personal que falta. Permítanme que se las presente: Jinnouchi.”

“¡Sí, señor!”

La voz alegre y clara de Kaoruko resonó por toda la sala. Todos volvieron sus ojos hacia ella cuando se levantó.

“Esta es Kaoruko Jinnouchi. Como muchos saben, estuvo destinada aquí hasta hace unos años.”

Se puso en posición de firmes e hizo una reverencia.

“Kaoruko Jinnouchi, reportándome. El comandante de mi unidad decidió que sería mejor que alguien familiarizado con la capital imperial prestara su ayuda y me eligió para servir aquí. Haré todo lo posible para compensar la ausencia de Godou. Estoy deseando trabajar con todos ustedes.”

La presentación de Kaoruko convenció a Miyo.

Si había servido en la capital, entonces Kiyoka y ella debían haber trabajado juntos, así que no era de extrañar que Kiyoka y ella fueran amigos.

Aunque Miyo podía entenderlo intelectualmente, seguía siendo difícil aceptar la respuesta. Quería creer que la estrecha relación que mantenían se debía a que habían trabajado juntos y no a que ella hubiera sido candidata al matrimonio.

No, no, no. En primer lugar Kiyoka es libre de ser amigo de quien quiera.

No podía permitirse sospechar inútilmente de la presencia de Kaoruko en la vida de Kiyoka. Lanzó un suspiro en un intento de evitar que sus pensamientos entraran en una espiral.

En cualquier caso, había oído que la ausencia de Godou se sentiría mucho en la unidad. Miyo no tenía necesariamente una idea exacta de sus capacidades, pero dado que servía como ayudante de Kiyoka, estaba claro que tenía la fuerza necesaria para ello.

Kaoruko debía de ser igual de destacada debido al lugar que ocupaba y el que pudo haber ocupado.

Miyo mentiría si dijera que no está un poco celosa.

“En cuanto a los deberes de Jinnouchi, los revisaremos más tarde. A continuación...”

Kaoruko volvió a su asiento y la reunión pasó a los siguientes puntos del orden del día.

Las explosiones en las bases de la Comunión de los Dotados y el estado de los heridos. La política militar y la estrategia futura de la Unidad Especial Anti Grotescos. Había mucho terreno por cubrir.

Al cabo de un rato, el tema pasó finalmente al asunto de Usui y sus subordinados. El hombre que dio el informe sobre el incidente en la aldea era un jefe de escuadrón de unos treinta años llamado Mukadeyama.

“Hemos investigado al individuo con el que se peleó el comandante, cuyos resultados figuran en los documentos que tienen ante ustedes.”

“... ¿Alguien de la familia Houjou? Pero ya deberíamos conocer el paradero de todos los usuarios de dones del país.”

Los ojos de Miyo se posaron en los materiales que tenía delante.

Los usuarios de dones eran enormemente poderosos, por lo que el gobierno vigilaba estrictamente su paradero. Si alguno de ellos se involucraba en actividades delictivas, el país se abalanzaba sobre él antes de que se convirtiera en un incidente grave.

A pesar de ello, el usuario de dones con el que Kiyoka se había enfrentado durante su estancia en la casa de sus padres, ese tal Houjou, había eludido la vigilancia del gobierno. Para colmo, era miembro de la Comunión de los Dotados y había participado en sus planes. Esto debería haber sido imposible.

El jefe de escuadrón Mukadeyama respondió a la pregunta de Kiyoka y continuó con su informe.

“Ese elemento es particularmente..... retorcido, sí. No encontramos signos de negligencia en el cuerpo de observación del estado. Pero por alguna razón, todos los registros de los Hojou se detuvieron hace un tiempo. Tampoco a nadie le pareció sospechoso.”

Ante esta revelación, todos los presentes no pudieron más que agachar la cabeza, confundidos.

¿Cómo exactamente había perdido el Estado el rastro de un usuario de dones al que supuestamente vigilaban, y cómo nadie había encontrado sospechosa esta situación?

“¿Qué se supone que significa eso?”

“Desafortunadamente, no tengo ninguna forma real de responder a eso. Esto es todo lo que sé.”

“Hmmm...”

Ookaito frunció el ceño y dejó escapar un pesado suspiro.

Kiyoka también frunció el ceño ante el incomprensible informe, y los demás participantes mostraron la misma expresión.

“Es pertinente considerar el Don de Usui como de naturaleza similar a los Dones de los Usubas... Está claro que se entromete en el cerebro y la psique de la gente.”

Miyo levantó bruscamente la cabeza para mirar a su prometido mientras decía esto.

Aún no tenían idea de qué clase de Don poseía Usui. Y lo que es más importante, la persona que imaginaba que había sido llamada allí para verificar la información sobre el sujeto aún no había llegado.

“Si Arata Tsuruki... er, Arata Usuba, estuviera aquí, esto iría mucho más rápido. ¿Dónde está?”

Ookaito frunció las cejas al preguntar esto, provocando un murmullo que recorrió la sala de reuniones.

Los susurros intercambiados entre los participantes llegaron a oídos de Miyo: “Entiendo que es una orden del Príncipe Takaihito, pero ¿trabajar junto a un Usuba?” “Los Usuba no merecen nuestra confianza.”

En aquel momento, era un secreto a voces que los Usuba utilizaban públicamente el apellido Tsuruki. Ese verano, cuando el emperador se retiró de la escena política de acuerdo con los deseos del Príncipe Takaihito, la existencia de la familia dejó de tratarse como un secreto de Estado.

Todavía había pocas personas en todo el país que supieran la verdad, pero entre los usuarios de dones, eran más los que lo sabían que los que no. El problema radicaba en que los Usuba no eran como cualquier otra familia que heredara habilidades sobrenaturales.

Se les había encomendado la tarea de vigilar y controlar a los usuarios de dones de la nación. Como tales, otras familias con inclinaciones sobrenaturales estaban predispuestas a desconfiar de ellos.

Aunque era un progreso que los Usuba hubieran salido a la luz, otros usuarios de dones seguían manteniéndolos a distancia. Esa era simplemente la realidad de la situación actual.

“Si no viene, entonces nosotros tendremos que llegar a él.”

Justo cuando esas palabras salían de la boca de Kiyoka, se abrió la puerta de la sala de reuniones y entró Arata, como si nada.

“Mis disculpas por llegar tarde.”

“Tardaste bastante.”

“Lo siento. Para nosotros las cosas también son un desastre. No hay suficientes manos para todos.”

“Entiendo que esté ocupado, pero es importante llegar a tiempo. Por favor, siéntese.”

Arata controló su respiración entrecortada y ocupó la única silla vacía de la sala, junto a Kiyoka.

Arata debió de oír a la gente murmurar calumnias sobre él mientras se acercaba a su casa, pero su expresión serena no vaciló en ningún momento.

Miyo le lanzó una mirada furtiva, y su primo respondió con una sutil sonrisa.

“Bueno, entonces, ya que te tomaste tu tiempo para llegar aquí, supongo que tienes algunos resultados para compartir.”

“Sí, hasta cierto punto. Pude confirmar la naturaleza de la habilidad sobrenatural de Usui.”

Ese comentario hizo callar a todo el mundo.

A pesar de los murmullos de sospecha que habían estado dirigiendo a los Usuba hacía unos momentos, todos escucharon con atención, asegurándose de no perderse ni una sola palabra del informe de Arata.

Echó un vistazo a la habitación y se encogió de hombros.

“Dicho esto, no creo que conocer su Don facilite las cosas. Es una habilidad increíblemente peligrosa, que un hombre como él no debería tener a su disposición.”

Una tensión invisible recorría la silenciosa sala de reuniones.

“Naoshi Usui... Su Don distorsiona los sentidos. La vista, el oído, el gusto, el olfato, el tacto... Toda la información que recogemos de nuestros cinco sentidos y procesamos en nuestras mentes es un juguete que puede manipular a placer.”

“¡Eso es absurdo!”

Uno de los jefes de pelotón golpeó la mesa con el puño al tiempo que gritaba. A continuación, otros siguieron su ejemplo, uno tras otro.

“No me lo creo.”

“Imposible.”

“Está más allá de lo humano.”

Arata miraba por encima del clamor con ojos fríos. Mientras tanto, Kiyoka fruncía el ceño y Ookaito lucía una expresión pensativa.

¿Distorsiona los sentidos...?

Era difícil de imaginar sólo por la descripción, pero al haberlo experimentado de primera mano, Miyo lanzó un suspiro de derrota.

A pesar de lo bullicioso y ruidoso que había sido el interior de la estación de tren, ninguno de los transeúntes había registrado siquiera su presencia y la de los demás. Eso explicaba por qué Usui había parecido desaparecer y reaparecer sin que los tres se dieran cuenta en ese momento, y también por qué el usuario de Don Houjou había sido capaz de eludir los ojos vigilantes del gobierno.

Al final, el fenómeno que había presenciado aquel día no era producto de una barrera, sino el resultado de una habilidad sobrenatural.

Qué poder tan absolutamente aterrador.

Arata siguió hablando, manteniendo la compostura.

“Gritar sobre ello no cambiará nada. Usui no tendría ningún problema en colarse en esta misma reunión sin ser detectado si quisiera. También podría hacerse pasar por una persona completamente diferente.”

Un grito ahogado resonó en la sala.

Miyo temblaba sólo de imaginarlo. Luchar contra Usui significaba que, en última instancia, uno sería completamente incapaz de confiar en cualquier información obtenida por sus propios sentidos.

“Por supuesto, eso no significa que pueda usar un poder tan tremendo sin restricciones. Con toda probabilidad, hay un límite en el número de veces que puede usarlo al día, junto con un límite en su rango de efecto.”

“Aun así, ¿hasta qué punto podrían ser realmente una debilidad esas limitaciones? No tengo ningún don, así que no puedo opinar sobre esto, pero parece que no hay forma de evitar que esta batalla contra Usui — contra la Comunión de los Dotados— resulte difícil.”

La sala enmudeció ante el comentario de Ookaito, antes de que Kiyoka respondiera.

“Ese es un punto válido, Mayor General. Necesitamos descubrir su debilidad y prepararnos para trabajar en torno a ella. Pero para lograrlo, primero tenemos que considerar cuáles son los objetivos de la Comunión de los Dotados y de Naoshi Usui.”

“Hm, es cierto. Kiyoka, ¿te dijo Houjou algo sobre sus objetivos cuando te enfrentaste a él?”

“Sí.”

Kiyoka procedió entonces a resumir los acontecimientos que habían tenido lugar durante su visita a la villa de sus padres.

Toda esta información ya se había compartido en la unidad, pero los participantes escucharon con rostros solemnes su nuevo relato, ahora con un énfasis adicional en el objetivo final de la Comunión de los Dotados.

“Obligar a los grotescos a poseer a la gente y despertar en ellos habilidades sobrenaturales... No hemos podido confirmar si este objetivo suyo es realmente posible.”

Kiyoka continuó con su explicación directa.

Para empezar, los grotescos eran seres que tenían y no tenían forma física. Si bien los usuarios de dones podían verlos y tocarlos, no ocurría lo mismo con el ciudadano medio.

En cuyo caso, ¿cómo los captaba la Comunión de los Dotados?

Tendrían que obligar a los grotescos a poseer alguna criatura viva, humana o no, dándoles así forma física.

Sin embargo, había una serie de factores que impedían al gobierno verificar la eficacia de los métodos de la Comunión de los Dotados. Por ejemplo, no sólo la existencia de los Dones era un secreto de Estado, sino que las pruebas que tendrían que realizar para despertar los Dones latentes de alguien también eran legalmente dudosas.

Por lo tanto, averiguar si las afirmaciones de la Comunión de los Dotados eran ciertas o no y adelantarse a ellas supondría un gran reto de cara al futuro.

“Permiso para hablar, Comandante.”

“Adelante.”

Kiyoka asintió a la mano levantada del jefe de escuadrón Mukadeyama.

“Incluso si es posible convertir a ciudadanos normales en usuarios de dones, ¿qué se conseguirá con eso? Según su informe, señor, parece que el fundador Naoshi Usui quiere crear un nuevo mundo y gobernarlo como su rey. Si ese es el caso, creo que sería más rápido si simplemente usara su Don para lograr sus fines sin dar poderes sobrenaturales a los ciudadanos comunes.”

La opinión de Mukadeyama era razonable. Los usuarios de dones eran humanos y, aunque nunca podrían llegar a ser dioses, superaban con creces a la persona media en todos los aspectos.

Ni que decir tiene que las habilidades sobrenaturales suelen mejorar el cuerpo, haciéndolo resistente a lesiones y enfermedades. Las habilidades físicas superiores de los usuarios de dones los situaban en un nivel completamente diferente al de los individuos normales. Yendo un paso más allá, el Don de los Usuba logró superar a estos mismos usuarios de Don.

Miyo había adquirido estos conocimientos bajo la tutela de Arata y Hazuki, la hermana mayor de Kiyoka.

“El plan de Usui sugiere cuánta confianza tiene en su propio poder, en el Don de los Usuba. O quizás es menos confianza, y más el orgullo de tener una habilidad que domina a los usuarios normales de Don. Por lo tanto...”

Kiyoka se volvió hacia Miyo. Siguiendo su ejemplo, todas las miradas de la sala se concentraron en ella, que se puso rígida de ansiedad.

“Si este es realmente el principio detrás de las acciones de Usui, entonces no hay duda de que quiere poner sus manos en el poder de la Visión Onírica.”

“Es justo decir que la Visión Onírica lo es todo para los Usuba. Incluso algunos de nuestros parientes veneran a su portador como a un dios. Imagino que no es diferente para una rama familiar como los Usui.”

Arata amplió la declaración de Kiyoka antes de que el comandante continuara.

“No hay duda de que irá tras la actual portadora de la Visión Onírica, Miyo Saimori aquí presente. Ni siquiera tendremos que intentar tenderle una trampa a Usui. Nuestro trabajo será mantenerla a salvo y enfrentarnos al enemigo cuando haga su movimiento. Por eso nuestra unidad se centrará tanto en protegerla como en enfrentarse a la Comunión de los Dotados en el futuro.”

“Habla de «protegerla», Comandante, pero ¿qué se supone que debemos hacer específicamente?” Preguntó Mukadeyama.

“Hrm. Kiyoka, entiendo que las defensas alrededor de tu casa pueden ser impecables, pero...”

Atendiendo a la pregunta del jefe de escuadrón, Ookaito meditó visiblemente la respuesta mientras se frotaba la barbilla.

“Nos enfrentamos a un oponente poderoso. Incluso un guardaespaldas hábil sólo ganará tiempo para Miyo en el mejor de los casos. Si pasa algo, tendrás que ir corriendo a su lado pase lo que pase, ¿verdad?”

“Me gustaría que Miyo viniera aquí todos los días a partir de mañana.”

Kiyoka había previsto que ésa sería la opinión de Ookaito. Había preparado la conversación para Miyo con antelación.

Arata se encogió de hombros e intervino.

“No se me ocurre nada que traiga más tranquilidad que tener a Miyo al lado de la mayor todo el día. También tengo la intención de actuar como su guardia, pero con los deberes de mi familia encima, dudo que pueda ser constante al respecto.”

“¿Y estás de acuerdo con esto?”

Miyo miró a Ookaito cuando le preguntó esto.

Había estado dándole vueltas al acuerdo desde que Kiyoka le había expuesto las cosas en su despacho.

Si, dadas las circunstancias, a la Unidad Especial Anti Grotescos no le importaba tener a una civil como Miyo en una instalación militar, lo que realmente le preocupaba era entrometerse en el trabajo de Kiyoka.

“Sólo sé honesta sobre lo que quieres hacer. Y que estés aquí no me distraerá de mis obligaciones. Además, tal y como se ha desarrollado la situación, no hay ningún otro trabajo más importante que mantenerte a salvo.” La tranquilizó Kiyoka, como si leyera su mente.

Miyo asintió.

“Sí, si me permiten quedarme aquí, eso..... también me tranquilizará.”

“En ese caso, eso lo resuelve todo.” Dijo Ookaito, levantándose de su silla. “A partir de hoy, Miyo Saimori, el supuesto objetivo de Naoshi Usui, estará bajo la protección de la Unidad Especial Anti Grotescos. Obtendré la aprobación de esto desde arriba. ¿Hay alguna objeción?”

Nadie respondió a la pregunta de su superior. Al cabo de unos instantes, Miyo pudo oír murmullos de “sin objeciones” por toda la sala.

“Entonces hagan lo necesario para prepararse para la lucha contra la Comunión de los Dotados. Se levanta la sesión.”

* * * * *

Arata salió de la estación de la Unidad Especial Anti Grotescos, caminando a grandes zancadas por las calles de la capital imperial.

A este ritmo, vencer a Usui será absolutamente imposible.

Su expresión se nubló en una mueca severa.

Investigar el poder de Usui en la finca Usuba le había convencido. Naoshi Usui era poderoso. Mucho, mucho más poderoso que Arata.

Puede que los Usui fueran una familia ramificada, pero la generación de Usui, entre él y Sumi Usuba, había producido muchos más usuarios de dones Usuba que los que había ahora, y además brillantes.

Sólo un usuario de dones Usuba sería capaz de detener a otro usuario de dones Usuba. Pero no había nadie capaz de enfrentarse a Usui en ese momento. Incluso Arata no era rival para él.

Por otro lado, incluso una persona que no fuera Usui y que tuviera un don similar al de Kiyoka podría enfrentarse a Usui con la estrategia adecuada, pero las personas que cumplían este criterio eran pocas. Por

si fuera poco, la Comuni3n de los Dotados tambi3n tena a los Houjou de su lado, y Arata no estaba seguro de cu3ntas otras personas con habilidades sobrenaturales estaban a las 3rdenes de Usui.

Tal y como estaban las cosas, Arata y la compa1a estarían condenados si luchaban contra la Comuni3n de los Dotados.

... Es la vergüenza de la familia Usuba.

La idea le rondaba la cabeza desde que oyó el nombre de Naoshi Usui: que los Usuba eran los responsables de todo esto.

Fueron culpables del delito de no eliminar a un elemento peligroso de sus filas. El delito de renunciar a seguir a alguien que se había separado de la familia.

No había excusa. Mientras se jactaban pretenciosamente de haber sido disciplinados bajo las reglas que una vez rigieron a la familia, los Usuba habían fingido que Usui nunca había existido, haciendo todo lo posible por olvidarlo. La situaci3n actual era el resultado final.

En el peor de los casos, la familia Usuba estar3 protegida mientras Miyo permanezca ilesa.

Al igual que Usui tena sus ojos puestos en Miyo, Arata necesitaba proteger a Miyo contra viento y marea. Incluso si eso significaba irse de su lado.

Golpeado por el frío viento, Arata se detuvo y cerró los ojos.

Estaba seguro de que su abuelo, Yoshirou, le diría que no tenía ninguna responsabilidad por dejar que Usui anduviera suelto. Puede que Arata cargara con el peso de los Usuba en el futuro, pero no tenía poder para cambiar el pasado.

A pesar de eso, como la persona que protegía a la Médium de la Visión Onírica de esta generación... había cosas que Arata tenía que hacer, incluso si eso significaba renunciar a algo a cambio.

Usui moriría en sus manos, aunque tuviera que dar su vida en el proceso.

Arata abrió los ojos y se miró la palma de la mano.

Pasara lo que pasara, encontraría una grieta en la armadura de la Comuni3n de los Dotados, una debilidad de Naoshi Usui, y los derrotaría. Podría dejar atrás una nueva familia Usuba, libre de cualquier peligro persistente.

Tal vez su vida como usuario de Don Usuba había conducido a esto.

“Aunque sigue siendo un poco irritante.”

No había peligro en dejar a Miyo en manos de Kiyoka. Estaría bien sin él cerca durante un tiempo.

Durante ese tiempo, necesitaba buscar una forma de derribar a Usui y luego aplastarlo lo más rápido posible.

Dejando escapar una nube blanca de aliento, Arata miró al frente y continuó por las invernales calles de la ciudad.

CAPÍTULO 2:

Su Primera Amistad

Soñó por primera vez en mucho tiempo.

En su visión, se encontró ante una casa tradicional de madera que no le resultaba familiar.

“Vamos, Naoshi. He oído que te has metido en otra pelea, ¿eso es cierto?”

La voz de una joven resonó en el jardín, bañada por la cálida luz del sol.

Era una voz que conocía bien. La voz de su madre, Sumi Saimori.

Sin embargo, comparado con lo que recordaba, era un poco más animada y alegre. Supuso que el sueño era de una época anterior al matrimonio de su madre con la familia Saimori.

Miyo miró a su alrededor y vio a un joven a la sombra de un árbol frondoso, encogiéndose de hombros y sonriendo.

“Empezó el otro. Yo sólo me defendía.”

“Mentiroso. Si eso es cierto, entonces ¿por qué tu oponente terminó en el hospital mientras que tú no tienes ni un rasguño?”

Mirando al hombre desde la veranda, interrogándole con una mano en la cadera, estaba Sumi de joven.

A pesar de ello, parecía diferente a las versiones de su madre que se le habían aparecido antes en sueños.

Esta Sumi parecía estar en algún momento de la adolescencia. Su hermosa melena negra se balanceaba detrás de ella mientras hinchaba las mejillas, rebosantes de vigor.

Estaba muy lejos del aspecto que tenía su madre en los sueños de Miyo sobre la Casa Saimori, donde su expresión era siempre desolada y triste.

“No puedo engañarte, Sumi. Pero te juro que fue el otro el que eligió la pelea y dio el primer puñetazo.”

“... Y respondiste con «defensa propia excesiva». ¿Has oído hablar de eso?”

“Jajajajaja. No puedo decir que lo haya hecho.”

Miyo reconoció al joven que intentaba suavizar las cosas con su sonrisa. Hacía poco que a Miyo se le había helado la sangre ante su presencia.

Naoshi Usui.

Aunque iba vestido como un estudiante, con un *kimono* sobre una camisa blanca y pantalones *hakama*, sus gafas redondas —y el peligroso brillo de los ojos tras ellas— eran los mismos en el pasado que en el presente.

O quizá no... Da un poco menos de miedo que ahora.

Miyo superpuso la cara de Usui de unos días ante la del joven que estaba de pie a unos metros de ella.

Al mirar desde el jardín a Sumi en la veranda, el hombre entrecerró los ojos con afecto hacia ella.

“No intentes salirte con la tuya. ¿Cuántas veces te he dicho que no debes usar la violencia?”

“No puedo evitarlo cuando pierdo los estribos, de verdad. Tendré cuidado la próxima vez. Intentaré mantener al otro fuera del hospital.”

“Vamos. No te estoy diciendo que seas más suave con la gente, ¡te estoy diciendo que evites golpearlos! ¿Entendido?”

“Lo entiendo, lo entiendo, Su Alteza.”

“¡Caramba, contigo todo es adulación!”

Sumi dejó escapar un suspiro antes de soltar una risita, como si no supiera qué hacer con el joven.

Su intercambio fue amistoso y pacífico, como el de cualquier chica y chico normales de su edad.

Un recuerdo efímero de días cálidos y apacibles pasados.

Ante ella había una escena corriente de la vida cotidiana de dos jóvenes. Tan corriente que podría llorar.

Sentía profundamente el amor que Usui sentía por Sumi, y el amor que Sumi sentía a su vez por él.

¿Por qué su poder de la Visión Onírica le estaba mostrando este recuerdo? Su don no se estaba volviendo loco, lo que significaba que, en el fondo, la propia Miyo deseaba saber más sobre el pasado.

¿Eran amantes?

Sin nadie que respondiera a su pregunta, trató de adivinar la verdad por sí misma, haciendo revolotear por su mente sólo las peores posibilidades imaginables.

¿Y si Naoshi Usui era su verdadero padre?

¿Y si su madre y Usui hubieran estado enamoradas, pero el matrimonio políticamente pactado de Sumi las hubiera separado?

¿Qué se supone que debo hacer?

Como hija de Usui, ¿tenía que expiar los crímenes que él había cometido? ¿O disculparse en nombre de su madre ante los Saimori por haberles engañado todo este tiempo?

¿El hecho de que no quisiera hacer ninguna de las dos cosas acabaría convirtiéndose en un pecado propio?

Rebosante de sentimientos inconsolables, Miyo se cubrió la cara con ambas manos.

“No te preocupes, Sumi. Siempre te protegeré, y a todo lo que te importa... Mientras permanezcas a mi lado.”

Su sueño llegó a su fin, cerrándose con una voz de Usui que era tan suave, que era totalmente incomparable a la voz que había escuchado varios días antes.

El día después de la reunión.

A partir de hoy, Miyo pasaría todo el día dentro de los muros de la Unidad Especial Anti Grotescos con Kiyoka.

Por lo general, salía de casa por la mañana junto a Kiyoka y, al atardecer, volvían juntos a casa. Aunque Kaoruko actuaba como su guardaespaldas, la seguridad de Miyo estaba por encima de todo, así que su mundo se había hecho más pequeño.

En otras palabras, pasaría día y noche al lado de su prometido. Y eso era...

Insoportable.

Desayunar juntos en casa como siempre y salir hacia la estación había estado todo bien.

Pero ahora que se había reunido con Kaoruko y pasaban el tiempo en el sofá del despacho de Kiyoka, no tenía nada que hacer.

Miyo miró hacia el escritorio y vio a Kiyoka mirando con severidad los documentos que tenía delante.

Sentarse al lado de su prometido mientras él trabajaba diligentemente y esperar a que terminara por hoy era incómodo.

Pero tampoco puedo moverme a mi antojo.

Aunque hubiera querido ayudar, las cosas no eran tan sencillas. Además de necesitar protección, Miyo era una civil. Causaría problemas a los demás si se dejaba llevar por sus caprichos por toda la instalación.

“Oh, iré a hacer un poco de té.”

Kaoruko sonrió alegremente mientras levantaba la mano y salía de la habitación.

Miyo quería ofrecerse a preparar ella misma el té, pero no sabía dónde había nada en la estación. Envidiaba lo acostumbrada que estaba Kaoruko al lugar.

Era deprimente sentarse allí de brazos cruzados, protegida e incapaz de hacer nada para ayudar.

Soy tan patética...

Mientras Miyo se angustiaba, Kaoruko regresó rápidamente con una bandeja en la mano.

“¡He vuelto!”

Kaoruko se dirigió directamente al escritorio de Kiyoka y depositó una taza sobre él.

“Comandante, usted prefería café, ¿verdad?”

“... Cierto, gracias. Me sorprende que te acuerdes.”

Kiyoka frunció el ceño un instante antes de esbozar una sonrisa. A Miyo le sorprendió un poco verlo sonreír mientras trabajaba.

Kaoruko también parecía contenta.

“Oh, por favor. Recuerdo todo sobre usted, Comandante.”

“Escúchame.....”

Estaba muy guapa mientras le dedicaba una sonrisa pícaro. Aunque Kaoruko no se estaba ganando ningún elogio por burlarse de su superior, Miyo no creía que Kiyoka estuviera tan enfadado como aparentaba.

Ambos se llevan realmente bien.

Cuanto más pensaba en ello, más se daba cuenta Miyo de que no sabía casi nada de cómo se comportaba Kiyoka en el trabajo.

No tenía ni idea de que bebiera café. En casa sólo tomaba té verde, y Miyo no tenía ni idea de cómo preparar una bebida elegante como el café.

No había pasado ni un año desde que Miyo conoció a Kiyoka aquella primavera.

Al haber trabajado con él, Kaoruko seguramente sabía más sobre Kiyoka que Miyo.

En eso consistía el matrimonio concertado. Te presentaban a una pareja potencial de la que no sabías mucho y luego te casabas. A

medida que la gente pasaba tiempo con sus cónyuges, aprendían más y más el uno del otro.

Aunque lo entendía intelectualmente, el hecho de tener esta diferencia ante sus ojos le nublaba el corazón.

“Aquí tienes, Miyo.”

“Gracias.”

Fingiendo una sonrisa para ocultar sus turbias emociones, Miyo aceptó la taza de té de Kaoruko.

Aquella mujer estaba siendo muy amable con ella, y Miyo no podía permitir que su mirada sombría empañara el ambiente.

Kiyoka confiaba en Kaoruko, y por eso le había confiado la custodia de Miyo. Por encima de todo, había decidido este acuerdo pensando en el bienestar de Miyo.

No había nada que le disgustara.

Necesito buscar algo que pueda hacer.

Aunque Miyo no podía ocuparse de tareas relacionadas con el ejército, debería ser capaz de ocuparse de trabajos o tareas ocasionales, aunque sólo fuera servir té o dar masajes en los hombros. Mientras permaneciera dentro de la estación, la gente la vigilaría y Kiyoka podría acudir corriendo a su lado, así que estaría totalmente a salvo... Al menos, eso creía ella.

Miyo se animó mentalmente, se sirvió el té y se puso en pie.

“¿Disculpa, Kiyoka?”

“¿Qué pasa?”

Siguió hablando, impertérrita ante Kiyoka, que le respondió sin levantar los ojos de su escritorio.

“Por favor, dame algún trabajo que hacer.”

Miyo le miró fijamente a los ojos después de que él levantara la cabeza, sorprendido. Luego suspiró y dejó la pluma.

“No.”

“¿Por qué no?”

“Es peligroso.”

“Pero...”

“Sin peros. Usui podría estar tras de ti en este mismo momento, lo sabes.”

Aunque el tono de Kiyoka no era duro, oírle decir eso dejó a Miyo sin palabras.

No tenía ni idea de la situación actual en materia de seguridad, por lo que no le quedó más remedio que recurrir al experto en la materia.

Pero si se echaba atrás ahora, acabaría sentada allí como un mero objeto decorativo.

“¿Realmente no hay nada que pueda hacer?”

“Siempre estás buscando algo que hacer, ¿verdad? En todo caso, sueles ser demasiado dura contigo misma, así que me gustaría que aprovecharas esta oportunidad para relajarte un poco.”

“R-Relajarme.....”

Ninguna otra palabra le preocupaba tanto como esta.

A Miyo le resultaba mucho más difícil tomárselo con calma que seguir esforzándose.

“Hasta te esforzaste al máximo en nuestro viaje a la villa, ¿verdad?”

“No creo que eso tenga nada que ver con esta situación...”

“Últimamente has dejado de escuchar lo que digo, ¿lo sabías?”

Kiyoka hizo un mohín y Miyo perdió la fuerza para mantener sus mejores protestas.

Como tal no es que quisiera trabajar.

Hasta hace muy poco, el concepto de “tiempo libre” le era ajeno. Por eso le molestaba que le dijeran que hiciera lo que quisiera.

Tal y como ella lo veía, trabajar era exponencialmente más preferible que estar sentada sin hacer nada. Además—

“Pero quiero hacer algo. Yo también tengo sangre Usuba en mis venas.”

No se trataba de la posibilidad de que Usui fuera su verdadero padre, ni de hacer algo para detener al hombre.

Los Usuba —su abuelo Yoshirou y Arata— la habían reconocido como familia. No podía hacer la vista gorda ante Usui, que también estaba relacionado con los Usuba, como si no le concerniera.

Miyo también sentía que tenía cierta responsabilidad como pariente consanguínea y quería compartirla activamente.

“Aun así.”

“Vamos, Comandante, ¿por qué no? Miyo estará sana y salva conmigo cerca.” Kaoruko declaró con confianza, golpeándose el pecho con el puño.

“Señorita Jinnouchi.”

Con otro militar de su lado, Miyo estaba segura de que Kiyoka la dejaría trabajar. Pero no sabía que se había precipitado al dejar que el alivio la invadiera.

“Jinnouchi, no estás pensando detenidamente en esto. Estamos tratando con Naoshi Usui. No importa lo hábil o capaz que seas cuando te enfrentas a él. Baja la guardia, y te quitará la vida en un instante.”

Kiyoka entrecerró los ojos con una mirada penetrante, pero Kaoruko le devolvió la mirada, impertérrita.

“Lo *estoy* pensando detenidamente. Me parece que obligar a la persona que tenemos que proteger a sentarse y aguantar no es realmente «protegerla». Al menos, no creo que el «deber de guardaespaldas» sea eso.”

“... Qué cosa más audaz.”

“A pesar de lo que puedan pensar, en la antigua capital sigo siendo una militar notable. Me he estado entrenando todos los días, quiera o no.”

“Por favor, Kiyoka. No te causaré ningún problema. Me aseguraré de escuchar las órdenes de Jinnouchi, y no saldré de la estación. Por favor.”

Miyo abogó fervientemente por sí misma, provocando que Kiyoka dejara escapar otro suspiro de resignación.

“*Haah*. Bien, si insistes. Aun así, no puedo dejar que te involucres en ningún asunto militar. Realmente no será más que trabajos y tareas. ¿Te parece bien?”

“Sí, no me importa.”

Al oír la inequívoca respuesta de Miyo, Kiyoka se llevó la mano a la frente, exasperado.

Su reacción sugirió a Miyo que le estaba imponiendo molestias innecesarias. Y probablemente era cierto.

Justo entonces, su entusiasmo se marchitó y la culpa la empujó a retractarse de su petición.

“Otra vez le estás dando demasiadas vueltas a las cosas, ¿verdad, Miyo?”

“¿Eh?”

De repente sacudió los hombros y Kiyoka captó al instante los sentimientos de su corazón.

A estas alturas, Miyo ya tenía la costumbre de pensar en lo peor. Después de todo, si preveía que las cosas irían mal desde el principio, sería capaz de superar lo que la vida le deparase con el menor dolor posible.

Pero Kiyoka era muy consciente de ello, así que se limitó a sonreír a su prometida.

“Miyo.”

“¿S-Sí?”

“Sé que puede que no lo parezca, pero creo que soy capaz de conceder un capricho o dos a mi prometida. No te preocupes.”

Las palabras no eran nada especial. Seguramente eran un sentimiento común entre futuros esposos amigos.

Sin embargo, eso no impidió que Miyo sintiera que su cara iba a estallar en llamas.

Era una división a medias, en parte porque le avergonzaba oírle decir que su petición era “un capricho”, y también porque, por la sonrisa de Kiyoka, se daba cuenta de que la encontraba encantadora y entrañable.

¿Siempre había sido tan dulce?

Fuera como fuese, su corazón no podía soportarlo. Miyo apartó los ojos mientras se mareaba.

“U-Um, bien. Gracias...” Consiguió responder entre sus respiraciones entrecortadas, a lo que Kiyoka asintió con cara de satisfacción.

“Sin embargo, antes de ponerte a trabajar o algo parecido, tendrás que aprenderte la distribución del edificio. ¿Qué tal si intentas echar un vistazo por hoy?”

“Oh, en ese caso, puedo servirle de guía mientras la vigilo.”

Kaoruko se ofreció enérgicamente a echar una mano, y esta vez, la aprobación llegó de inmediato.

“Buen punto. Te lo dejo a ti.”

“Gracias por su ayuda, Srta. Jinnouchi.”

“¡Déjamelos a mí! Te haré el recorrido de arriba a abajo.”

Así fue como Miyo acabó echando un vistazo a la estación junto con su guardaespaldas Kaoruko.

Sin embargo, cuando llegó el momento de que abandonaran la oficina, Kiyoka les dejó con una persistente advertencia.

“Estaré aquí trabajando, así que asegúrate de llamarme si pasa algo, ¿entendido?”

“Lo haré.

“Asegúrate de no salir del recinto de la estación. Guardaespaldas o no, no puedes permitirte bajar la guardia.”

“No lo haré.”

“U-Uhh, ¿Comandante?”

“Si los hombres te dicen algo, ignóralos. Un hola es suficiente. ¿Entendido?”

“Comprendo.”

“Al respecto, si alguno de ellos te dice algo grosero, huye y ven a informarme de inmediato—”

“¡Comandante! Suficiente, antes de que nos quedemos sin tiempo para el recorrido.”

La paciencia de Kaoruko ante las interminables precauciones de seguridad de Kiyoka terminó por agotarse, e intervino lanzándole una mirada de exasperación.

Parecía un poco molesto por haber sido interrumpido por uno de sus subordinados.

“Todos estos son puntos que necesitan ser revisados, Jinnouchi.”

“Sí, sí, créeme, has dejado clara tu opinión. Estaré al lado de Miyo asegurándome de que también esté a salvo. ¿De acuerdo?”

Kaoruko miró a Miyo en busca de aprobación, y ella asintió.

De vez en cuando, Kiyoka podía preocuparse en exceso. Miyo comprendía claramente que Usui era peligroso, y aunque le alegraba

que su prometido se preocupara tanto por su seguridad, no era una niña. Le molestaba un poco que le dijeran lo que tenía que hacer con tanto detalle.

“... Muy bien. Sólo asegúrate de tener mucho cuidado cuando salgas.”

Le dio unas palmaditas en la cabeza a Miyo con su gran palma.

A pesar de que la trataba como a una niña, Miyo volvió a sonrojarse.

“Lo haré. Gracias, Kiyoka.”

“Por supuesto.”

Demasiado avergonzada para levantar la cabeza, Miyo salió del despacho junto con Kaoruko.

* * * * *

Kiyoka dejó escapar un pequeño suspiro al ver cómo su prometida y su subordinada cerraban la puerta tras de sí.

... *¿Exactamente qué es lo que quiero hacer?*

Siempre había sentido afecto por Miyo, pensó.

Se aseguraría de proteger a su prometida, que tenía profundas cicatrices, y de tratarla con cuidado. Estos sentimientos se habían mantenido desde que la conoció hasta ahora, cuando había pasado más tiempo con ella.

Sin embargo, esto no significa necesariamente que sintiera un “amor” romántico por ella desde el principio.

Aunque es vergonzoso que haya tenido que oírsele decir al viejo para darme cuenta.

Ahora que le habían hablado de amor, y que él mismo había despertado a él, Kiyoka no podía apartar de su mente los sentimientos que bullían en su pecho.

Inclinándose más en su silla, dejó que sus ojos se posaran en la superficie de su escritorio.

Atesoraría a Miyo mientras viviera. Lo había decidido desde el principio, pero ahora quería mucho más de ella.

No quiso pedir que ella correspondiera a esos mismos sentimientos.

Kiyoka simplemente quería cuidarla, asegurarse de que no volviera a llorar ni a hacerse daño. No quería ponerla en peligro. De hecho, quería que siempre estuviera a su alcance, que nunca se apartara de su lado.

“.....”

Un pensamiento terriblemente peligroso. ¿En qué demonios estaba pensando? La vergüenza brotó de repente de su interior y clavó los ojos en el aire.

Día tras día, Miyo crecía tanto que apenas se parecía a la mujer que había sido.

Cualquiera que la viera estaría de acuerdo en que era una noble espléndida, y podía comportarse como tal ante cualquiera. Tanto ella como Kiyoka lo habían deseado. Y sin embargo.

Había una parte de él que deseaba que se quedara allí, que nunca se moviera de su lado. Una parte de él pensaba que estaría en paz si la encerraba en un lugar donde ni Usui ni nadie pudiera tocarla.

Tonterías... Sólo quiero facilitarme las cosas. Qué vergonzoso.

Sin embargo, cada vez que la veía mantenerse firme, intentando desesperadamente reprimir el terror que le producían la presencia y las declaraciones de Usui, se preguntaba qué podía hacer para protegerla definitivamente de cualquier tipo de miedo o tristeza.

Kiyoka sacudió la cabeza, ahuyentando los terribles pensamientos de su mente.

En cualquier caso, Miyo estaba cambiando. Se relacionaba hábilmente con Kaoruko, a pesar de que acababan de conocerse. Puede que fuera su prometida, pero no tenía derecho a dictar todos sus movimientos.

Por eso acceder a sus deseos había sido la decisión correcta.

Necesito capturar a Usui cuando llegue la primavera, pase lo que pase.

Para evitarle más dolor a Miyo, era vital que se ocupara de Usui y de la Comunión de los Dotados lo antes posible.

Kiyoka volvió los ojos hacia los documentos que tenía en la mano.

¿Era Usui el verdadero padre de Miyo? Si esto resultaba ser cierto, lo pondría todo patas arriba.

Según los resultados de su investigación, lo más probable era que el padre de Miyo fuera Shinichi Saimori, basándose en la fecha de nacimiento de Miyo y en la fecha oficial de matrimonio de Sumi Usuba. Sin embargo, los resultados no eran indiscutibles. No podía descartar definitivamente la posibilidad de que Sumi Usuba se hubiera reunido con Usui después de casarse.

Si Usui era el verdadero padre de Miyo, podía utilizar su patria potestad para manipularla. Por otro lado, incluso si sólo la reclamaba como su hija por algún motivo oculto, era una prueba de lo mucho que la quería para sí.

Fuera cual fuera la verdad, era imposible evitar que se involucrara en la situación.

¿Qué se supone que debo hacer?

¿Qué método había para enfrentarse a Usui y capturarlo al tiempo que se evitaba poner en peligro a Miyo en la medida de lo posible?

Kiyoka se hundió en su asiento, sumido en sus pensamientos y sin respuesta a la vista.

* * * * *

Avanzó por el pasillo con paso ligero.

Kaoruko soltó una carcajada detrás de Miyo, caminando como si huyera de la presencia de Kiyoka.

“Así es como el Comandante trata a su prometida, eh. Estoy sorprendido.”

“... Debe actuar muy diferente cuando trabaja.”

Al detenerse, Miyo trató de enfriar el rubor de sus mejillas mientras se daba la vuelta y murmuraba.

“Eso es un hecho. El Comandante suele ser muy estricto tanto consigo mismo como con los demás.”

“¿Incluso con usted, Srta. Jinnouchi? Um, tú eras..... también una de las potenciales candidatas matrimoniales de Kiyoka, ¿verdad?”

En realidad no había querido hacer la pregunta, pero la curiosidad la había hecho salir disparada de su boca.

Soy tan estúpida.

Si Kaoruko respondía diciendo que era estricto con ella, Miyo acabaría imaginándose que trabajaban juntos, pero si contestaba lo contrario, sólo conseguiría agonizar al saber que había sido especial para Kiyoka.

No debería haber preguntado algo tan tonto.

Miyo no sabía si Kaoruko había captado sus sentimientos o no. Se rio de la pregunta con indiferencia.

“Nunca me ha mimado así. Me sorprendió mucho presenciar ese intercambio hace un momento. Es la primera vez que veo al Mayor Kudou fuera de sí, y eso sin contar las excesivas advertencias que me ha hecho. Estoy a punto de preguntarle qué ha pasado exactamente desde la última vez que lo vi.”

Parecía radiante mientras reía jovialmente con una mano en la nuca.

“¿Es así?”

“Claro que sí. Aunque sé muy bien que el Comandante es amable, a pesar de lo estricto que es.”

La breve y amable expresión de Kaoruko escoció en el pecho de Miyo.

Después de oír que Kaoruko también había captado la amabilidad de Kiyoka, no pudo soportar mirar a la mujer directamente a los ojos.

La conversación se interrumpió y las dos volvieron a caminar en silencio por el pasillo.

“Ah, claro.” Dijo Kaoruko, dando una palmada. “Hay algo que quería decirte, Miyo.”

“¿Qué sería eso?”

Caminando codo con codo, Miyo miró a Kaoruko, que era alta para ser mujer. Ella devolvió la mirada a Miyo con ojos llenos de expectación.

“La verdad es que tú y yo estamos bastante cerca en edad. Yo tengo veinte.”

“Oh... sí. Estamos cerca.”

Miyo cumpliría veinte años en el nuevo año. Eso haría a Kaoruko un año mayor que ella.

Lo pensó un momento y se dio cuenta de que no había conocido a muchas mujeres de su edad.

Por más que rebuscaba en sus recuerdos, lo único que se le ocurría eran los niños que conoció en la escuela primaria, algunos criados de su anterior casa y su hermanastra.

Conocer a Kaoruko y conversar con ella así era una ocasión casi sin precedentes.

“Creo que las dos tenemos mucho en común. Las dos seguimos solteras a nuestra edad, somos usuarias de dones. Y de base bien parecidas.”

Miyo rio por lo bajo, contagiada por el comentario cómico de Kaoruko.

No se consideraba guapa en absoluto, pero el cumplido en broma no tenía nada de desagradable. Sinceramente, se sintió feliz y divertida al oírlo.

“Lo que quiero decir es, básicamente... Bueno, pensé que las dos podríamos llegar a ser buenas amigas.” Dijo Kaoruko.

“¿Amigas?”

“Sí. Vamos a estar dando vueltas juntas durante una buena parte del día en el futuro previsible, eso para empezar, y parece que podríamos llevarnos bien, así que pensé que una relación fácil nos permitiría a ambas estar un poco más relajadas la una con la otra.”

“... Sí, supongo.”

“Eso y que, en realidad, no tengo muchos amigos. Me haría muy feliz conocerte, Miyo. Me ayudarías mucho, ¿qué me dices?”

Kaoruko se detuvo y le tendió la mano con una sonrisa, y Miyo, por un breve instante, dudó en tomarla.

Interesada o no, Miyo nunca había tenido una amiga. No tenía ni idea de lo que tenía que hacer para que las dos fueran consideradas amigas.

Sin embargo, su vacilación no duró más que unos segundos.

Miyo estiró tímidamente la mano y sujetó la de Kaoruko.

“Si realmente estás bien con alguien como yo, entonces... espero seamos buenas amigas.”

“¡Muy bien! Gracias, Miyo. ¡Estoy segura de que congeniaremos!”

Al ver el genuino regocijo de Kaoruko ante su respuesta —estaba a punto de saltar de alegría—, Miyo sintió que había tomado la decisión correcta.

Le resultaba encantador cómo Kaoruko podía mostrarse tan atractiva y digna en un momento dado y, al siguiente, mostrarse alegre y amistosa.

“En ese caso, puedo olvidarme de las formalidades, ¿no? También puedes hablarme a como lo harías normalmente, Miyo, ¿no me importa! Además, por favor, llámame Kaoruko en vez de Jinnouchi.”

Miyo asintió, sintiéndose dominada por la mujer mientras acercaba su hermoso rostro al suyo y tomaba ambas manos de Miyo entre las suyas.

Nunca antes había tenido en cuenta la elección de palabras o la formalidad. Desde un punto de vista jerárquico, a pesar del compromiso de Miyo con Kiyoka, el bajo estatus de su familia la situaría muy por debajo de Kaoruko. Además, era una civil normal que no tenía nada que ver con el ejército.

Aunque Kaoruko se encargara de proteger a Miyo, eso no la hacía más distinguida o importante.

“¿En serio? Gracias. Uf, estoy taaaan contenta de que no me hayas rechazado. Eres muy dulce, Miyo.”

“En absoluto. Para empezar nunca hubo ningún tipo de jerarquía entre nosotras... Pero, um, en cuanto a usar tu nombre...”

“Ah, ¿es difícil de decir?”

“No... no exactamente.”

“Realmente preferiría Kaoruko. La verdad es que no me gusta mucho que me llamen por mi apellido.”

“¿Eh? ¿Por qué, um, es eso?”

Jinnouchi era un apellido espléndido. Normalmente no era el tipo de apellido que a alguien le disgustaría.

Miyo ladeó la cabeza, confundida, y Kaoruko sonrió torpemente y se rascó la mejilla.

“El apellido Jinnouchi... Es algo acartonado, o un poco pomposo, ¿no crees?”

“¿En serio?”

Miyo estaba de acuerdo en que los caracteres de su nombre no eran muy encantadores ni bonitos. Kaoruko tenía un aspecto exterior muy galante, así que Miyo se sorprendió un poco al saber que ella habría preferido algo más femenino y entrañable.

Sintiendo que Miyo se había convencido, la belleza uniformada siguió adelante, aparentando un poco de impaciencia.

“De todas formas, llámame Kaoruko, ¿sí?”

“De acuerdo.”

Kaoruko dejó escapar un suspiro de alivio ante el asentimiento de Miyo antes de instarla a avanzar.

“¡Vamos, andando!”

Siguiendo por el pasillo de madera que crujía ruidosamente, las dos mujeres llegaron a una puerta con el rótulo COCINA. Al parecer, esta era la primera parada de su recorrido.

“Ahora bien, Miyo. Primero, tenemos la cocina aquí, donde.....”

Metiéndose de lleno en su papel de guía de Miyo, Kaoruko abrió alegremente la puerta hasta la mitad antes de que su voz se apagara a mitad de la frase. Se quedó inmóvil, aturdida.

Cada vez más preocupada por lo ocurrido, Miyo también se asomó a la cocina.

Oh, vaya.....

La habitación estaba débilmente iluminada y en su aire estancado flotaba una fría humedad. Al observar la habitación más de cerca, se dio cuenta de que estaba en un estado horrible. Las cosas estaban esparcidas por todas partes y el desorden era tal que apenas había espacio en el suelo para apoyar los pies.

Sin embargo, Miyo sólo pudo echar un vistazo a la habitación durante unos breves instantes.

Kaoruko cerró la puerta de un violento portazo. Luego se volvió hacia Miyo, con los labios estirados en una tensa sonrisa, y le dio una respuesta escandalosamente monótona.

“¡Awww! Se me olvidaba. ¡Ahora mismo no podemos usar la cocina!”

¿Cómo es posible que no se pueda utilizar?

Había una cocina básica y una pequeña cafetería en el interior de la estación, así que, aunque en teoría se podía preparar café y té allí, la propia Kaoruko había hecho té hacía unos minutos. No podía haberse olvidado del estado de la cocina.

Sin embargo, Miyo tenía que estar de acuerdo en que el horrible desorden que había vislumbrado brevemente dificultaría el uso del lugar.

“Uy, no es de mucha ayuda si te presento instalaciones que no puedes usar, ¿verdad? *Ajajajaja...*”

Miyo miró fijamente a Kaoruko mientras esta seguía hablando en un tono monótono, evitando a propósito su mirada.

Pasaron unos segundos en total silencio.

Resignándose a la situación, Kaoruko preguntó entonces: “¿Llegaste a ver?”

Miyo asintió vacilante.

“... Sí. Pude ver.”

Miyo comprendía que el lamentable estado de la habitación no era precisamente algo para mostrar a los demás.

Kaoruko frunció débilmente el ceño mientras abría de nuevo la puerta.

“Si me permite una explicación, el ejército es básicamente un club de chicos, por lo que muchas áreas no acaban recibiendo la atención que necesitan.”

En esta estación no había más que hombres.

Aunque aparentemente se turnaban para ocuparse de la limpieza y la lavandería, es probable que muchos de ellos no estuvieran acostumbrados a estas tareas. Dado que se trataba de una instalación militar que albergaba información confidencial, también sería difícil contratar a alguien ajeno al ejército para que se encargara de ellas.

Confiar la limpieza a nuevos reclutas o aprendices tampoco funcionaría, ya que la Unidad Especial Anti Grotescos siempre andaba escasa de personal y quería utilizar enseguida la fuerza de combate de cualquier cara nueva, lo que les impedía ocuparse de cualquier tarea.

“Es increíble, de verdad.”

Miyo echó otro vistazo al interior y descubrió que la cocina estaba prácticamente en estado de ruina.

Parecía que todavía se podía hervir agua y preparar té aquí, al menos, pero el polvo y el moho que vio no hablaban muy bien del nivel actual de salubridad de la habitación.

Kaoruko soltó un suspiro y volvió a cerrar la puerta, como si quisiera fingir que no había visto nada.

“Tengo la sensación de que no lo han limpiado ni una vez desde la última vez que estuve destinada aquí.”

“¿Y cuánto tiempo hace de eso...?”

“Hmmm, ¿hace unos cuatro o cinco años?”

La cantidad de tiempo fue mucho más horrible de lo que Miyo podría haber imaginado.

Durante aquellos largos años, los soldados debieron de limpiar la cocina apenas lo suficiente para mantenerla utilizable, hasta que finalmente llegó a su estado actual. Miyo deseaba no haberse enterado de la verdad.

Inconscientemente, se llevó la mano a la boca en señal de sorpresa, lo que hizo que Kaoruko bajara los hombros.

“... De todos modos, definitivamente no puedo dejar que veas más de lo necesario, así que sigamos.”

“De acuerdo.”

Mientras asentía, Miyo pensó en ofrecerse voluntaria para limpiar el lugar antes de detenerse.

Todavía le estaban enseñando todo y, en última instancia, no podía hacer nada sin volver al despacho de Kiyoka y preguntarle antes.

“Ahora bien, a continuación vamos a pooooor..... este camino.”

Miyo se estaba divirtiendo mucho más en la gira de Kaoruko de lo que esperaba.

Después de la cocina venían la oficina y la sala de registros, seguidas del patio, la cocina principal y la cafetería. Mirar dentro de

los vestuarios y el almacén era ir demasiado lejos, desde luego, pero Kaoruko echó un breve vistazo a ambos lugares antes de gritar: “¡Sucios!”, así que tenían que estar en un estado similar al de la cocina.

Por el contrario, aunque la cafetería era pequeña, estaba limpia y ordenada.

Le dijeron que un ex militar retirado trabajaba como cocinero en la cocina de la estación. Por desgracia, Miyo no pudo conocerlo durante la visita de Kaoruko, pero, por lo visto, era muy meticuloso con su oficio y esa meticulosidad era lo que mantenía la cafetería y la cocina impecables.

“La comida de la cantina de aquí es realmente buena. Los almuerzos que sirven en la antigua estación de la capital no están mal, pero si los comparas con las comidas recién hechas de aquí...” Recordó Kaoruko, con un brillo embelesador en los ojos.

Miyo se sobresaltó al oírlo.

E-Espera, ¿eso significa que hay alguna posibilidad de que Kiyoka prefiera la comida de aquí...?

El almuerzo más delicioso que pudiera preparar seguiría frío cuando llegara el momento de comerlo. Seguro que Kiyoka habría preferido una comida bien caliente a eso si hubiera podido conseguirla aquí.

Tendría que preguntárselo la próxima vez que le viera.

Perdida en sus pensamientos, Miyo empezó a inquietarse.

Siento que me miran fijamente.

Ocurría cuando caminaba con Kaoruko por los pasillos, o cuando asomaban la cabeza en cada habitación. Allá donde iban, los soldados la recibían con miradas rudas y algo cautelosas.

Ayer no había sentido esas miradas. Como dijo Kaoruko, este era un club de chicos, así que tal vez era simplemente que la visión de dos mujeres caminando era inusual.

Sin embargo, Miyo no pudo evitar tener la impresión de que sus miradas no estaban llenas de curiosidad, sino del mismo tipo de sentimientos resentidos de los que ella había sido objeto cuando vivía en casa de los Saimori.

“El último lugar es el dojo.”

La gira de Kaoruko estaba llegando a su fin.

A decir verdad, Miyo había temido en secreto que Kaoruko no encontrara su compañía muy agradable, ya que no tenía nada inteligente que decir, pero se sintió un poco aliviada al comprobar que Kaoruko había lucido una alegre sonrisa de principio a fin.

“Me encanta el dojo, así que quería dejar lo mejor para el final.”

“¿Tanto te gusta?”

“Sí. Mi familia tiene un dojo. He pasado mucho tiempo en ellos desde que era pequeña, así que es donde me siento más relajada..... y

cuando se lo digo a la gente, todos me miran con cara de *eso explica muchas cosas*.”

“¿Porque eres tan guapa?”

“*Ja-ja-ja*. Por favor, nunca nadie es tan amable de decirlo así. La mayoría de las veces la gente me dice que soy muy masculina.”

Aunque una sonrisa se dibujó en el rostro bromista de Kaoruko ante el comentario de Miyo, también parecía haber en él una ligera soledad.

Miyo estaba de acuerdo en que el hecho de que la llamaran “masculina” a pesar de ser mujer debía de despertarle sentimientos complicados, aunque supuso que la gente debía de decírselo a Kaoruko sin venir a cuento.

Le preguntó a Kaoruko algo que le rondaba por la cabeza desde el día anterior.

“En realidad, ahora que lo mencionas, pensaba que sólo los hombres podían ser soldados. ¿Hay alguna otra mujer soldado, además de ti?”

Normalmente, sólo los hombres podían alistarse en el ejército. Miyo suponía que no era la única que pensaba así, ya que la sociedad en general entendía que el ejército era una institución exclusivamente masculina.

Incluso en esta misma estación, los lavabos y los vestuarios eran sólo para hombres. No parecía en absoluto muy adecuado para las necesidades de una mujer soldado.

“Ahh, sí, buena pregunta.” Asintió Kaoruko. “Tienes razón. Normalmente, las mujeres no pueden alistarse en el ejército, así que no te equivoques. La Unidad Especial Anti Grotescos, por otro lado, es un poco única. De hecho, hay otras mujeres soldado aparte de mí en la vieja capital.”

“¿Las hay?”

“Sí. Para empezar, no hay muchos usuarios de dones, ¿verdad? Por eso las mujeres pueden unirse siempre que tengan las habilidades de combate necesarias. Una mujer usuaria de dones es más poderosa que un hombre que no puede usar muy bien sus poderes sobrenaturales, y eso por sí solo significa más fuerza militar para que la nación la utilice libremente. Por cierto, aunque no son tratados como soldados regulares, incluso los estudiantes pueden trabajar en la Unidad Especial Anti Grotescos.”

“También estudiantes.....”

“En realidad empecé a trabajar aquí como ayudante bastante pronto, desde que tenía unos catorce o quince años. Aunque no hay muchas estudiantes ayudantes ni mujeres soldados. Como ya sabrás, ahora mismo soy la única mujer en esta estación, por ejemplo.”

“Ya veo.” Dijo Miyo, satisfecha con la explicación.

Tras conocer a Kiyoka y despertar a su propia capacidad sobrenatural, Miyo por fin había comprendido lo especiales que eran las posiciones de los usuarios de dones.

Las principales tareas de los usuarios de dones eran derrotar a los grotescos, pero si alguna vez estallaba una guerra, servirían como poderosas armas antipersona. Por eso existía la Unidad Especial Anti Grotescos, para dar a los militares la autoridad de ordenar a los usuarios de dones lo que considerasen oportuno.

Puede que Kaoruko..... no lo haya mencionado, pero...

Aunque se permitía a las usuarias de dones unirse a la unidad para reforzar su poder de combate, estaba claro que la esperanza era que se casaran y dieran a luz a la siguiente generación de usuarios de dones. Como esto se tomó por defecto, al final no hubo muchas mujeres soldado después de todo.

Ser reconocido como usuario de dones conllevaba muchos privilegios. Sin embargo, no se les consideraba personas.

Sintiéndose como si se hubiera dado un trago amargo, Miyo siguió a Kaoruko y se dejó caer por el dojo.

“Bueno, estamos aquí.”

El dojo era espacioso y se encontraba en un edificio separado de la estación, con la que se comunicaba a través de un pasillo.

Miyo calculó que había unas diez personas dentro. Los soldados, vestidos con ropa de artes marciales, sudaban la gota gorda, intercambiando golpes con espadas de madera o luchando cuerpo a cuerpo.

“Así que no usan espadas de bambú.”

“Eso es porque esto no es kendo, sino técnicas de lucha con espada pensadas para el combate real.”

“Ah, Jinnouchi, estás aquí.” Una voz profunda llamó a Kaoruko desde un lado mientras las dos mujeres conversaban.

Aunque no era especialmente alto, el dueño de la voz era un hombre de complexión robusta. A simple vista se notaba que estaba bien entrenado, y sus rasgos tenían una cualidad intelectual.

Miyo recordaba haberlo visto ayer en la reunión. Si no se equivocaba, era un jefe de escuadrón llamado Mukadeyama.

“Saludos, Líder de Escuadrón Mukadeyama, señor.”

“Debí de saludarte antes, Jinnouchi. Debe ser agotador volver a la capital después de tanto tiempo.”

“Oh, no, en absoluto. Tengo mucha motivación, así que no estoy cansada en absoluto.”

Mukadeyama se rio con un gruñido antes de mirar despreocupadamente a Miyo.

“Vaya, pero si es la prometida del Comandante. Perdóname por no haberte saludado antes.”

“... Buenos días.”

Mukadeyama hizo una ligera reverencia con su respuesta. Era casi como si intentara ver algo dentro de Miyo.

“Hola, soy Mukadeyama, uno de los líderes del escuadrón. ¿Puedo preguntarle qué tipo de asunto le ha traído aquí?”

Él entrecerró los ojos, y su sensación de intimidación se intensificó.

Esta sensación que ella tenía, y que Mukadeyama estaba poniendo a prueba, era probablemente un pensamiento exagerado por parte de Miyo. Pero cuanto más lo pensaba, más convencida estaba de que estaba intentando evaluarla. Como prometida de Kiyoka y como Usuba.

No tenía motivos para no hacerlo.

“Sí. Estaba recorriendo la estación con Kaoruko.”

Miyo se tranquilizó y contestó claramente a Mukadeyama, que respondió con un simple: “Ya veo.” Luego tomó una de las espadas de madera que estaban apoyadas contra la pared y se la tendió a Kaoruko.

“Jinnouchi, ¿qué tal un duelo por los viejos tiempos?”

“Claro... Pero ahora estoy de guardaespaldas.”

“¿Así que planeabas venir hasta aquí sin hacer nada? Escatima en tu entrenamiento y te oxidarás. Yo vigilaré a la señorita prometida aquí presente, así que ve a entrenar.”

“Hmmm, lo entiendo, señor, pero...”

Kaoruko deliberó sobre la oferta durante un momento, pero al final, vacilante, aceptó la espada de madera.

“Bueno, si insistes, haré un suelo de práctica.”

Se quitó el abrigo, lo tiró contra la pared y se arremangó.

Mukadeyama eligió como oponente a un joven que sólo llevaba dos años en la unidad.

“Gracias por el enfrentamiento.”

“... Lo mismo digo.”

Ambos se saludaron y el combate se inició de inmediato.

Incluso con sus ojos inexpertos, Miyo pudo darse cuenta de que el joven estaba extrañamente preocupado por Kaoruko, atacándola agresivamente desde el principio. Kaoruko, por su parte, rechazó con frialdad sus ataques uno tras otro.

Increíble.

Kaoruko era muy hábil. Parecía controlar totalmente la situación.

Al poco tiempo, los demás soldados del dojo estaban absortos en el combate.

“¡Sigue así!”

“¡Pierde ante una mujer y nunca lo olvidarás!”

Gritos surgieron aquí y allá de la multitud de soldados.

“Señorita prometida, ¿quién cree que ganará?”

Miyo se sorprendió un poco cuando Mukadeyama le hizo una pregunta de repente. No esperaba que intentara entablar una conversación.

Ante su pregunta, le resulta difícil elegir una respuesta.

A su modo de ver, Kaoruko parecía tener más vigor de sobra, pero sin embargo, había una simple brecha en la resistencia y la fuerza de los brazos entre hombres y mujeres. Kaoruko seguía a la defensiva y no intentaba ningún contraataque.

Tras un momento de duda—

“... Kaoruko, creo.”

—respondió con sus sinceros sentimientos, provocando que Mukadeyama asintiera en silencio.

“Sí, es lo más probable. Jinnouchi supera con creces a su oponente a nivel técnico... Si no fuera una mujer, podría haber ascendido en el escalafón.”

Si no fuera una mujer.

Este comentario casual se alojó en el cerebro de Miyo.

En otras palabras, el grado de habilidad de Kaoruko en última instancia no contaba para nada. Incluso con su ignorancia mundana, Miyo sabía que eso era lo que Mukadeyama estaba insinuando.

“Esto también es relevante para ti.”

“¿Eh?”

Miró a su lado, cruzando los ojos con él.

Sin embargo, no vio ni un atisbo de emoción en su mirada. Aunque técnicamente estaba mirando a Miyo, parecía como si en realidad no estuviera interesado en ella en absoluto.

Pero, sobre todo, ¿qué quería decir con que esto también era importante para ella?

Mukadeyama siguió dirigiéndose a ella en tono lánguido.

“Lo que digo es que hay bastantes soldados que creen que es una molestia tenerte deambulando por la estación.”

“Una molestia...”

“No hay razón para acogerte en nuestros muros. Eres la prometida del Comandante, así que no hay nadie tan estúpido como para hacer algo abiertamente, pero así son las cosas. En lo que respecta a los hombres, una mujer civil que ni siquiera puede oponer resistencia no es más que una molestia por aquí, y puedo empatizar con el sentimiento. Todos nos hemos ganado nuestro puesto en la unidad y hacemos nuestro trabajo con orgullo.”

Miyo bajó los ojos a sus pies.

“Encima de todo, eres pariente de sangre de los Usuba. Una usuaria de dones que también es enemiga de todos los demás usuarios de dones, por así decirlo.”

“¡.....!”

“Ningún usuario de don se sentiría cómodo teniendo a alguien así rondando por ahí.”

“Una enemiga.....”

Miyo palideció ante el peso de la palabra.

Era la primera vez que oía describir así a los Usuba, pero no podía negar por completo la veracidad de la etiqueta.

Los Usuba utilizaban sus poderes sobrenaturales para someter a otros usuarios de dones cuando surgía la necesidad. Lo mismo ocurría con el poder de Miyo, la Visión Onírica. La propia Miyo aún no tenía experiencia como usuaria de dones, así que no le resultaba fácil acceder a él, pero, en teoría, tenía rienda suelta sobre la vida y la muerte de cualquiera que estuviera durmiendo.

Aterrador, agravante, molesto.

Se dio cuenta de que no era extraño recibir miradas hostiles cargadas de emociones tan negativas.

Miyo estaba segura de que esta situación era consecuencia de haber sacado a los Usuba de las sombras a la luz.

“Realmente no estoy tratando de hacer suposiciones ciegas aquí. Pero, por favor, recuerda que hay gente de la estación que no te ve con buenos ojos. Y no vayas por ahí haciendo cosas sin venir a cuento.”

“... Entiendo.”

Miyo bajó los ojos ante la firme advertencia de Mukadeyama.

Tenía razón.

Por fin se había enterado de la verdad sobre las miradas que había recibido durante su recorrido por el interior de la comisaría.

Es porque soy una Usuba.

Aunque su actitud había sido enérgica, los Usuba habían acogido a Miyo como a un miembro más de la familia, y por ello ella les estaba muy agradecida. Ni una sola vez le habían parecido aterradores o desagradables, y eso era todo; ni más ni menos.

Sin embargo, eso sólo se debía a que Miyo no se consideraba una usuaria de dones y desconocía por completo lo que era serlo.

Además, su actual deseo de trabajar y ser útil de alguna manera contaba sin duda como “meter la cabeza donde no le llaman” que había mencionado Mukadeyama. Que Kiyoka le diera permiso o no, no influía en los sentimientos de los demás soldados al respecto.

¿Estoy siendo egoísta?

Justo cuando Miyo soltó un pequeño suspiro, los soldados que observaban el combate estallaron en un alboroto.

Kaoruko había aprovechado una abertura momentánea en los golpes de su oponente para arrancarle la espada de las manos y alzarse con la victoria.

“Gracias por el enfrentamiento.”

“... Sí, gracias.”

El joven soldado miró maliciosamente a Kaoruko. Pero en vez de darse cuenta, ella le dio la espalda y salió del dojo dando pisotones, con la cara roja.

Los espectadores le escupieron palabrotas.

Sinceramente, a Miyo no le pareció un gran ambiente.

“Buen trabajo, Kaoruko.”

“Gracias.”

Miyo le tendió un pañuelo y la consoló al volver, la otra mujer le sonrió alegremente.

La única gracia salvadora era que parecía que Kaoruko no estaba dejando que los comentarios de los otros soldados la afectaran.

“Los combates de practica son realmente divertidos. También son un buen entrenamiento... Muchas gracias por la invitación, Líder de Escuadrón Mukadeyama.”

“Me alegra ver que no te has oxidado.”

“En todo caso, mis habilidades son más agudas que la última vez que estuve aquí, ¿no le parece?”

“Hmm, no sé nada de eso.”

Los dos se rieron entre ellos. No parecía haber mala sangre entre ellos.

La afirmación de Mukadeyama de que no trataba de hacer suposiciones a ciegas debía de ser genuina. Al menos, Miyo se daba

cuenta de que procuraba no tener prejuicios sobre los demás. Por eso había reconocido a Kaoruko por sus habilidades.

Pero conmigo...

A diferencia de Kaoruko, Miyo no tenía ninguna habilidad para el combate. Tampoco podía usar bien su don.

Tal y como dijo Mukadeyama, Miyo no sólo era una inútil, sino que además estaba en el punto de mira de Usui; no era más que una carga que debían soportar los soldados. Llevando ese pensamiento un paso más allá, ella era una molestia, alguien que sólo les daría más dolores de cabeza con los que lidiar.

Sin embargo, la única opción de Miyo era hacer lo que estuviera en su mano como prometida de Kiyoka. Por mucho que quisiera esforzarse, en última instancia, solo podía aplicarse a la limitada gama de cosas de las que era capaz.

Pero eso no impedía que la situación fuera irritante. Enfrentada al hecho de que sólo ella estaba fuera de lugar en la estación, Miyo se sintió increíblemente celosa de la fe que Kiyoka tenía en Kaoruko.

* * * * *

Cuando se puso el sol, Miyo y Kiyoka volvieron juntos a casa y encontraron a Yurie esperándolos.

“Bienvenidos a casa, Joven Amo, Srta. Miyo.”

Yurie las saludó en la entrada con una sonrisa, lo que produjo en Miyo una inmensa sensación de alivio. Relajó la tensión que había estado conteniendo en su cuerpo. Sentía que por fin podía volver a respirar.

“Estamos de vuelta.”

“Estamos en casa, Yurie.”

Afuera hacía un frío que helaba desde el atardecer, pero dentro de la casa hacía calor.

“Ahora ve a cambiarte, Joven Amo. Srta. Miyo, por favor, relájese en el salón.”

“¡Oh, um, no, echaré una mano!”

Miyo se levantó rápidamente y se apresuró a seguir a Yurie mientras esta volvía a las tareas domésticas.

Entró en la cocina y vio que la mayor parte de los preparativos para la cena ya estaban listos.

“¿No está cansada, Srta. Miyo?” Preguntó Yurie, preocupada, mientras recogía la vajilla de la estantería.

“No.” Respondió Miyo brevemente antes de que su mirada se posara en sus pies. Debía de parecer agotada para que Yurie le preguntara eso.

Pero ese día no había hecho casi nada que la cansara.

“No, me siento bien.”

En todo caso, había sido un día fácil para ella, ya que normalmente gastaba toda su energía en las tareas domésticas. Sin embargo, nada más llegar a casa, la fatiga mental se apoderó de ella.

Desde que conoció a Karuko, Miyo había sentido como si algo pesara constantemente sobre su corazón. Una vez que las palabras de Mukadeyama le hicieron comprender la realidad de la situación actual, se había hundido cada vez más en la melancolía.

Miyo suspiró inconscientemente, lo que hizo que Yurie se tapara la boca con la mano.

“Oh, vaya... Por favor, siéntese un momento, Srta. Miyo.”

Yurie señaló la pequeña silla de la esquina de la cocina.

Miyo estaba confusa por la repentina petición.

“¿Qué? Pero...”

“Aún pasará algún tiempo antes de que el Joven Amo termine de cambiarse.”

La cara sonriente de Yurie no dejaba lugar al debate. Aunque la anciana era amable y gentil, Miyo ya había experimentado lo aterradoras que podían llegar a ser las cosas cuando se enfadaba.

Su única opción era seguir obedientemente sus deseos.

“Espera ahí un momento.”

Yurie se aseguró de que Miyo se sentara en la silla como le había pedido, luego vertió algo en una olla y la puso al fuego.

Miyo se quedó mirando un rato antes de que le pasaran un cuenco humeante.

“Aquí tiene, Srta. Miyo.”

“Gracias.

Sin pensárselo, Miyo tomó el cuenco y sus ojos se abrieron de par en par al contemplar su contenido.

Estaba lleno hasta el borde de una sustancia blanca y espesa que desprendía un aroma dulce.

Un tazón de amazake...

Acarició el cuenco con las dos manos y las yemas de los dedos le transmitieron calor por todo el cuerpo.

“Últimamente ya hace bastante frío, así que hoy mismo he comprado un poco.”

“Lo siento. Se suponía que debía ayudarte.”

“Está bien, está bien. Ahora, por favor, bébetelo antes de que se enfríe.”

Aliviada por la cara sonriente de Yurie, Miyo se llevó el cuenco a los labios.

La dulzura del *amazake* bien caliente le caló hasta los huesos, y la textura única de los granos de arroz fermentado que permanecían en su lengua era deliciosa. Cuántos años hacía que no probaba esa dulzura?

“Está delicioso.”

Miyo exhaló una bocanada de aire caliente.

Era como si el fuerte y dulce sabor hubiera empezado a disolver el plúmbeo peso de su pecho. Junto con la calidez del gesto considerado de Yurie, Miyo sintió que iba a romper a llorar en el acto.

“Jee-jee. Parece que fue la elección correcta comprar un poco.”

Miyo devolvió la sonrisa a Yurie y bebió lentamente el resto del *amazake*.

Cuando el cuenco se vació, el corazón de Miyo estaba más ligero que antes.

“Yurie.”

Justo entonces, Miyo se giró hacia la voz que entraba por la puerta y vio a Kiyoka, ya sin el uniforme y asomado a la cocina.

“Oh, Joven Amo. ¿Pasa algo?”

“... Ya ha oscurecido. Si hoy vas a ir a tu casa, iré contigo parte del camino.”

“Hay que ver, ¿dónde se ha ido el tiempo?”

Al oír esto, Miyo recordó que, efectivamente, había oscurecido cuando llegaron a casa.

Se levantó y colocó el cuenco vacío en el fregadero.

“Puedo terminar el resto por mi cuenta, Yurie.”

“Ah, sí, entonces te lo dejo a ti.”

“Te vienes con nosotros, Miyo.”

“¿Qué?”

Ladeó la cabeza, lo que hizo que Kiyoka entrecerrara ligeramente los ojos, exasperado.

“No habrás olvidado que ahora mismo estás en el punto de mira, ¿verdad?”

“No, no lo he olvidado... Pero será por poco tiempo, ¿no?”

La casa de Yurie no estaba muy lejos, y como anocheecía tan temprano en invierno, su familia venía a recogerla de camino a casa. Normalmente, Kiyoka sólo tardaba unos minutos en acompañarla.

Miyo no subestimaba a Usui, pero no podía imaginar que se colara en su casa como un ladrón en tan poco tiempo.

Sin embargo, el rostro de Kiyoka se endurecía con cada palabra que pronunciaba Miyo.

“No. Haz lo que te digo.”

Su tono era duro.

Kiyoka estaba preocupado por Miyo e intentaba protegerla de cualquier daño, así que lo mejor que podía hacer era obedecerle. Eso era obvio, dado que ella no tenía habilidades para defenderse.

Sin embargo, no pudo evitar comparar su reacción con la confianza que había presenciado entre él y Kaoruko el otro día. Un sentimiento indescriptible se apoderó de ella.

“... Entiendo.”

¿Por qué estaba tan centrada en la relación de Kaoruko y Kiyoka?

Perpleja ante sus propias emociones, Miyo asintió en silencio.

Tras entregar a Yukie a su familia, Miyo y Kiyoka caminaron juntos de vuelta a casa por la carretera nocturna, iluminados únicamente por la luna y las estrellas.

Habían hablado bastante la parte del camino que Yuri les acompañó, pero la conversación se apagó en cuanto se quedaron solos. Se hizo un silencio incómodo entre ellos.

Esto es culpa mía, ¿no?

Miyo reflexionó sobre sí misma, mirándose los pies para asegurarse de no tropezar.

Desde que regresó de la villa, no había podido relacionarse con Kiyoka como solía hacerlo. No sabía si se debía a un sentimiento de vergüenza o a su preocupación por Kaoruko.

El silencio continuó hasta que Miyo recordó algo de repente y llamó a su prometido, caminando unos pasos delante de ella.

“Um, Kiyoka.”

“¿Qué?”

“... ¿Debo dejar de hacerte la comida?”

Era sólo una pregunta improvisada.

Después de oír a Kaoruko decir que la comida de la cafetería de la estación estaba deliciosa, pensó en preguntarle si preferiría comer eso para almorzar en lugar de la comida que ella le preparaba normalmente.

“¿Eh.....?” Kiyoka, sin embargo, no pudo contener su sorpresa, deteniéndose para darse la vuelta y encararla. “¿Por qué?”

La expresión que llevaba estaba teñida de conmoción, turbación y dolor como no había visto Miyo hasta ahora.

Miyo había previsto, como mucho, la misma respuesta escueta que él solía darle, por lo que se quedó perpleja ante su reacción inesperadamente intensa.

“Um, bueno... Kaoruko me habló de la cafetería de la estación y...”

Kiyoka la miró fijamente mientras respondía, y un sudor frío se formó en su frente.

“¿Y?”

“Mencionó que la comida de la cafetería de la estación era de primera, así que pensé que quizás tú también la preferías...”

“Ridículo.”

Kiyoka la interrumpió secamente.

¿Qué era exactamente lo que le había molestado tanto? Desconcertada, Miyo sólo pudo lanzar miradas confusas.

“¿E-Es, ridículo.....?”

“Por supuesto. Miyo, me como tus almuerzos porque los disfruto. Mucho más que cualquier comida de cafetería. Si hacerla es demasiado trabajo... o no quieres hacerla más, entonces me parece bien que lo dejes, pero te pediría que siguieras haciéndola para mí, si estás dispuesta.”

El timbre casi serio de su súplica se hundió en el pecho de Miyo.

Simplemente le había pedido que le preparara la comida, pero ella estaba tan contenta que sus labios esbozaron una sonrisa.

A Kiyoka le gustan mis almuerzos.

Miyo había empezado a prepararle comidas por iniciativa propia y habría dejado de hacerlo inmediatamente si él le hubiera dicho que no las quería.

Sin embargo, sabía que le dolería oírle decir que en realidad no las quería. Se sintió extasiada al oír que Kiyoka la necesitaba.

Respondió, sin reparar en el vivo vigor de su voz.

“¡Lo haré! Me encantaría seguir haciéndote la comida.”

“Genial.”

Kiyoka ensanchó los labios en una sonrisa.

“Miyo, dame la mano.”

“¿Hm? Bien.”

Cuando ella hizo lo que se le había ordenado, él extendió la palma de su gran mano para tomar la pequeña de ella. Luego la acercó a ella, con la mano de ella entre las suyas.

“Está oscuro afuera. Esto es mucho más seguro, ¿no?”

“S-Sí, supongo que sí...”

Le llevaba de la mano.

En cuanto Miyo comprendió la situación, su cuerpo se acaloró y su mano, antes fría, se calentó rápidamente.

“..... Por favor, no me odies.”

Con toda su atención centrada únicamente en sus dos manos unidas, Miyo no captó el pequeño murmullo que Kiyoka emitió como respuesta mientras él la guiaba.

Los dos caminaron por la carretera nocturna, envueltos en un silencio totalmente distinto al de antes.

CAPÍTULO 3:

Cómo Pasar Tiempo con una Amistad

La palabra *quehaceres* comprendía una variedad de tareas diferentes. Dicho esto, las tareas de las que Miyo podía encargarse eran limitadas.

“Esto es realmente todo lo que puedo hacer, ¿no?” Murmuró Miyo a nadie en particular mientras se ataba las mangas del kimono con un cordón.

Kiyoka le había dado dos opciones: Limpiar varias zonas, incluido aquel desastre de cocina, u organizar los documentos de la sala de archivos. Había dudado un poco antes de decidirse por la limpieza.

En la sala de archivos se guardaban informes y documentos similares sobre incidentes relacionados con grotescos. Cada día llegaban nuevos, y si no se ocupaban de ellos, acabarían convirtiéndose en un enorme caos.

Kiyoka le había sugerido que aprendería más sobre los grotescos si organizaba la sala de registros, pero incluso con la ayuda de Kaoruko, Miyo no confiaba en que una profana como ella fuera capaz de hacer un buen trabajo.

Me sentiría tan incómoda haciéndolo...

Sabía que si miraba los informes y otros documentos, podría echar un vistazo a las actividades laborales de Kiyoka. Sin embargo, dudó en adentrarse en esa parte de su vida.

Miró a Kaoruko, que se estaba quitando el abrigo y remangándose.

Sé que no debería dejar que me afecte, pero....

Era un ciclo interminable: accidentalmente volvía a pensar en Kaoruko y suspiraba.

Desde que supo que Kaoruko había sido una posible compañera de matrimonio de Kiyoka, su deseo de conocer el pasado se había hecho cada vez más fuerte.

El pasado de su prometido. El tiempo que Kiyoka y Kaoruko pasaron juntos. Qué tipo de relación habían tenido, y qué tipo de sentimientos existían entre ellos. Si tal vez, sólo tal vez, habían estado enamorados el uno de la otra.

Si estaban enamorados, ¿de qué me serviría saberlo?

Aunque sintieran algo el uno por la otra, ¿qué iba a hacer ella al respecto?

Criticar a alguien no era la respuesta. Cualquier tipo de relación interpersonal que hubieran tenido en el pasado, no implicaba directamente a Miyo en absoluto. Era un terreno que debía pisar con cuidado; acusarles de cualquier cosa sería absurdo.

Ella no quería saberlo. Sin embargo, quería.

“Oh, vaya, ¿qué debo hacer...?”

“¿Qué pasa?”

Miyo dio un respingo cuando alguien respondió a sus murmullos.

“¡K-Kaoruko! ¡Por favor, me asustaste...!”

“Lo siento, no intentaba hacerlo. Parecías muy seria, así que sólo quería preguntarte qué pasaba.”

Miyo calmó su corazón, que latía con fuerza a causa de la conmoción, y se volvió hacia Kaoruko.

¿De verdad había tenido una expresión tan grave? En realidad, no había duda de que tenía serios pensamientos acerca de ella, así que las observaciones de Kaoruko debían de haber dado en el clavo.

Miyo debía tener cuidado, o de lo contrario conseguiría que Kiyoka se preocupara por nada.

De momento, pondría todo su empeño en la limpieza de la que se había encargado. Entre su antiguo hogar, la casa de Kiyoka, la villa de los Kudou y ahora la estación, tenía la sensación de limpiar allá donde fuera, pero eso no era más que un reflejo de lo adecuada que era para la tarea.

Aunque también podría decirse que simplemente no hay nada más que pueda hacer.

Apretó el puño para intentar pensar más allá de la ola de lástima y depresión que se abatía sobre ella, instando a Kaoruko a seguir adelante.

“No es nada. Entonces, ¿nos ponemos a ello?”

“Suená bien.”

Kaoruko asintió una vez sin insistir antes de abrir la puerta de la cocina.

El interior era tan desastroso como lo recordaba. Miyo se había encargado de tareas en distintos lugares, pero nunca había visto una habitación en un estado tan ruinoso.

“Es difícil saber por dónde empezar, ¿eh?”

Enigmáticas pilas de cajas de madera con envoltorios de aperitivos envejecidos en su interior. Botellas, cubos, cuencos y tazas mohosas tirados por el suelo, además de vertidos inidentificables que se habían solidificado. Paños de cocina sucios y periódicos esparcidos por todas partes, y un hedor indescriptible que ahogaba el aire.

El lugar era una imagen de libro de texto de la ruina y la decadencia. Lo mejor sería sacar todo de la cocina, pero Miyo tenía miedo de desenterrar algo aún más horrible en el proceso.

“En serio, chicos, tienen que estar bromeando...”

Kaoruko se puso la palma de la mano en la frente y miró al techo.

Lo peor es que no era ni mucho menos la única habitación que necesitaba una limpieza a fondo.

Miyo comprendía la poca atención que los soldados prestaban normalmente a asuntos ajenos a su deber. El caso es que todos los usuarios de dones procedían de familias notables con una larga historia, así que cuando pensó que los hombres que estaban aquí pertenecían a esas familias, se dio cuenta de que esto no habría salido de otra manera. Quejarse a ellos sería inútil.

No se hará nada si nos quedamos aquí conmocionadas.

En cualquier caso, tenían que empezar por algún sitio, o las cosas nunca mejorarían.

Miyo se tapó la nariz y la boca con una toalla y se dirigió a la cocina.

En primer lugar, tenían que ordenar todo lo que había en la habitación. La vajilla, los paños y cualquier otro objeto lavable necesitaban un buen fregado. Tendrían que recoger todos los alimentos caducados y enterrarlos. Podrían reutilizar cualquier producto de papel que no hubiera caído presa del misterioso líquido, pero por lo demás, eran una causa perdida, empapados de un olor horrible.

Sólo mirar la habitación era un esfuerzo. Sin embargo, una vez que se lo propusieron y empezaron a trabajar, Miyo y Kaoruko se abrieron paso en silencio a través de la limpieza.

“Hay un cubo limpio por aquí, así que voy a poner todos los paños en él, ¿de acuerdo?”

“Gracias... Oh, esa caja estaba abierta, así que puse la vajilla ahí.”

Las dos mujeres recogieron rápidamente los objetos más pequeños en cualquier recipiente que tuvieran a mano, confirmando entre ellas la información mínima necesaria, antes de sacarlos todos de la habitación.

Cada vez que Miyo salía al pasillo, los soldados que pasaban la miraban fijamente.

Aunque ninguno de los hombres llegó a pararse a mirarlas boquiabiertos, aflojaban el paso cuando se acercaban a la habitación para comprobar qué hacían Miyo y Kaoruko dentro.

En uno de esos momentos, un grupo de soldados dobló una esquina y se encontró a Kaoruko, que había salido a sacar agua.

“Una mujer está realmente guapa cuando hace las tareas domésticas.”

“No debería entrometerse en el trabajo de los hombres.”

“Me alegro de que hayamos encontrado un conserje sustituto.”

Todos los soldados cuchicheaban entre sí, con voz lo bastante alta como para que Kaoruko los oyera. Sus comentarios increíblemente groseros hicieron que Miyo se sintiera incómoda.

Por alguna razón, sin embargo, el blanco de sus sarcásticos comentarios esbozó una sonrisa.

“Si mis habilidades están resultando útiles, entonces valió la pena venir aquí desde la antigua capital. *Ja-ja-ja.*”

“Pfft, puedes dejar de presumir. Duele verlo.”

“Una mujer no es rival para un hombre, por muy valiente que se muestre.”

Los soldados se rieron burlonamente y chocaron deliberadamente con el hombro de Kaoruko mientras se marchaban.

Qué horror.

A Miyo le habían dicho que la Unidad Especial Anti Grotescos era una meritocracia, pero este problema no tenía nada que ver con sus habilidades. El combate del día anterior había sido igual. Todos los hombres parecían empeñados en demostrar que eran superiores a Kaoruko por ser mujer.

La sonrisa de Kaoruko desapareció y, durante un breve segundo, su rostro se ensombreció antes de sonreír a Miyo como si nada hubiera ocurrido.

“He traído el agua.”

“U-Um... Kaoruko, y-yo um...”

Los soldados habían ido demasiado lejos. A pesar de la frustración de Miyo, cuando pensó en cómo Kaoruko había hecho todo lo posible para obligarla a sonreír de nuevo, no se le ocurrió nada que decir.

“... Gracias, por el agua.”

“De nada.”

Cualquier palabra de ánimo sólo heriría sus sentimientos, así que Miyo sólo pudo resignarse a aceptar el cubo de agua.

Me parece bien lo que me digan, pero...

Tal y como había dicho Mukadeyama, Miyo era a la vez una completa forastera y una pariente de los Usuba. Además, carecía de las habilidades necesarias para silenciar a la gente que la criticaba, así que se había preparado para enfrentarse a duras críticas. Estaba acostumbrada a que la trataran como a una persona non grata, ya que había sido la más rara desde que tenía memoria.

Pero Kaoruko era diferente.

Miyo se dio cuenta de que estaba orgullosa e intentaba cumplir con su deber al máximo. De lo contrario, no habría acompañado a Miyo con tanto ahínco.

Sus compañeros rechazaban su diligente ética laboral por el mero hecho de ser mujer. No la reconocían. Era el colmo de la irracionalidad.

Cuando terminaron de sacar la mayoría de los objetos de la cocina, Miyo tomó un plumero y empezó a limpiar el polvo que se había

acumulado en los lugares más altos de la habitación. Kaoruko, mientras tanto, lavaba los objetos sucios que había cerca.

“Miyo.”

“¿Sí?”

Al oír de repente su nombre, Miyo dejó de hacer lo que estaba haciendo y se giró para mirar a Kaoruko.

“¿Tienes algún problema? ¿Como con la gente que te dice cosas desagradables, o con encajar...?” Preguntó Kaoruko, con los ojos fijos en sus manos.

Miyo no entendía muy bien qué pretendía preguntando esto.

Si alguien lo estaba pasando mal aquí, tenía que ser ella, ¿no? No podía sentir nada por ser insultada de esa manera.

“... Estoy bien.”

Miyo estaba a punto de preguntar si Kaoruko estaba bien, pero las palabras se atascaron en su garganta momentos antes de que pudieran salir de su boca. No podía hacer nada por la mujer, aunque la escuchara.

Si informaba del comportamiento de los soldados a Kiyoka, su comandante, las cosas podrían mejorar momentáneamente.

Pero no le costó imaginar que esta forma de actuar generaría más antipatía. Los hombres probablemente pensarían que estaba adulando

a la autoridad debido a su falta de verdaderas habilidades o capacidades.

“Mientras estés bien. Pero en serio, estoy tan harta de ese tipo de cosas.”

“A mí... tampoco me gustan.”

Cuando terminó de quitar la mayor parte del polvo, Miyo cambió el plumero por una escoba y empezó a limpiar la basura de la habitación.

“Lo mismo digo. Son momentos como esos los que me hacen desear no haber nacido mujer.”

“Pero aún puedes luchar, Kaoruko.”

“Estoy atrapada en el medio. No soy femenina, pero obviamente tampoco puedo ser un hombre.”

Al ver cómo Kaoruko se reía y volvía al trabajo, Miyo se dio cuenta de algo.

Ella era igual. Igual que Miyo cuando vivía con los Saimori.

Por dolorosas y crueles que fueran las cosas, nunca se atrevió a demostrarlo. Fingía no sentir nada, engañándose incluso a sí misma para proteger su corazón.

A Miyo le había resultado imposible llevar siempre una sonrisa, pero la forma en que Kaoruko vivía —refrenando sus sentimientos para salir adelante— coincidía con las propias experiencias de Miyo.

Su disposición alegre no era del todo una fachada valiente. Sin embargo, no había duda de que este entorno era en parte responsable de que se volviera así.

Le deprimía pensar en el estado en que debía estar el corazón de Kaoruko.

“Aaaah, nope, basta de esto. No soporto revolcarme en la miseria. Hablemos de otra cosa.”

“Suena bien.”

Tenía razón en que acabarían sintiéndose aún peor si continuaban con su actual tema de conversación.

“Oh, eso me recuerda, ¿has estado en la antigua capital, Miyo?”

“No. De hecho, no había salido de la capital imperial en absoluto hasta hace poco...”

“¡¿Quéééééé?! ”

Las dos se dedicaron con entusiasmo a charlar y, antes de darse cuenta, habían dejado de prestar atención a las miradas de los soldados.

Esa noche, Miyo se tomaba un respiro en el salón después de fregar los platos cuando Kiyoka volvió de bañarse.

“Kiyoka, toma un poco de té.”

“Gracias.”

Miyo sirvió una taza de té y la colocó delante de Kiyoka mientras este se sentaba en el suelo del tatami, todavía secándose el largo cabello con una toalla. También había puesto un pequeño cuenco lleno de mandarinas sobre la mesa.

“¿No tienes frío?”

“Estoy bien... Y lo que es más importante, debes estar agotada de trabajar tanto todo el día.”

“No, estoy bien.”

Aunque Miyo sentía algo de fatiga, por supuesto, no era suficiente para refunfuñar ante Kiyoka.

Les había llevado todo el día, pero Kaoruko y ella habían conseguido limpiar la cocina. Aunque aún tenían que ordenar todos los objetos que habían retirado temporalmente de la habitación, el interior estaba reluciente. En cuanto volvieran a ponerlo todo en orden, su trabajo estaría hecho.

Cuando terminaron y Miyo echó un vistazo a la cocina, tan inmaculada que no podía creer que fuera la misma habitación, ella y Kaoruko se tomaron de las manos y se alegraron.

Miyo pensaba que había sido una tarea maravillosa y que había merecido la pena, pero parecía que Kiyoka seguía sin estar convencido.

“Eso dices tú, pero ya hace bastante frío. Esfuérzate demasiado y enfermarás.”

“Lo comprendo. No me permitiré llegar a ese punto.”

“... No hemos tenido ni un momento para recuperar el aliento desde que volvimos de la villa.”

El silencioso murmullo de Kiyoka hizo que Miyo recordara todo lo que había ocurrido después de conocer a los padres de Kiyoka.

Los días que había pasado en la villa parecían haber pasado hace toda una vida.

Habían viajado allí a finales de otoño, así que no había pasado ni un mes desde su viaje. Pero el invierno había empezado antes este año, así que para cuando Miyo había vuelto a casa, las estaciones habían cambiado por completo. No quedaba mucho tiempo hasta el año nuevo.

“¿Cómo está Godou?”

Kiyoka negó con la cabeza ante la pregunta de Miyo.

“Dicen que aún tardará un poco más hasta que pueda recibir visitas. Aunque están probando todos los tratamientos posibles que tienen.”

Godou había sufrido terribles quemaduras en la explosión de la base de la Comunidad de los Dotados.

Los usuarios de dones eran mucho más resistentes que la media de la gente, así que no había riesgo de que muriera, pero sus heridas seguían en un estado terrible, algo que no podía mostrar a una mujer.

Se estaba absteniendo de dejar que Miyo lo visitara por consideración a ella.

“¿También iras a visitarlo cuando nos den permiso?”

“Sí. Quiero verlo.”

Godou la había ayudado de diversas formas hasta ese momento, y era uno de los pocos conocidos que tenía Miyo. No tenía motivos para rechazar la invitación.

Por alguna razón, a Kiyoka se le quedó cara de dudosa cuando Miyo respondió emocionada.

“Pareces muy entusiasmada por poder verlo.”

“¿Qué? Erm, yo, um, no quiero decir nada extraño con ello... Godou me ha ayudado mucho, y he estado preocupada por él todo este tiempo.”

De algún modo, su respuesta pareció una excusa defensiva. Kiyoka la miró con desconfianza.

“Últimamente has estado un poco distante, ¿no?”

“¿Qué?!”

“Tal vez sea sólo mi imaginación, pero me parece que estás más distante que de costumbre.”

“.....”

Miyo se quedó sin palabras y desvió lentamente la mirada hacia un lado.

No intentaba mostrarse fría y distante con Kiyoka, por supuesto. Sin embargo, aunque intentaba comportarse como siempre, tampoco podía oponerse a su comentario.

Claro que sí, no sé cómo debo enfrentarme a él.

Últimamente desviaba la mirada con más frecuencia y sus palabras se quedaban atascadas en la garganta. Eso debió de darle a Kiyoka la sensación de que algo no iba bien.

Su comportamiento no le llamaba la atención cuando estaba ocupado trabajando o en la estación debido a la situación de Usui, pero no había nada que le impidiera darse cuenta cuando estaban solos juntos.

“Así que cuando llegue la primavera... ¿Serás mi esposa?”

“Miyo. Por favor, no olvides lo de ayer... Así es como me siento.”

“Te ves muy bien. Muy linda.”

Los sucesos de la villa daban vueltas en su cabeza. Solo de recordarlos se le ponía la cara colorada.

Aunque no tenía reservas para casarse con Kiyoka, ¿qué significaba exactamente ese beso? ¿Y qué quería decir Kiyoka con «así es como me siento»? ¿Siempre había sido de los que llamaban a alguien «linda»?

Además de estas preguntas embarazosas que la acosaban, ahora también estaba la presencia de Kaoruko para atormentarla.

Hmm... ¿Hizo Kiyoka las mismas cosas... le dijo las mismas cosas a Kaoruko?

Ella estaría devastada e inconsolable si él lo hubiera hecho. Sólo de imaginárselo se sentía confusa.

Al final, ¿siquiera qué quería hacer?

Kiyoka también tenía la libertad de sentir como quisiera. Aunque apreciaba a Miyo, tampoco había sido siempre su amante. Era perfectamente razonable que las mujeres por las que sentía algo, ya fuera en el pasado, en el presente o en el futuro, se cruzaran de repente en su camino.

Pero si realmente aparecía una de esas mujeres, Miyo estaba segura de que no podría soportarlo. Lentamente, volvió a mirar a la cara de su prometido.

“¿Qué pasa?”

“¡P-P-Perdón...!”

No pudo hacerlo. Tenía la cara tan caliente que prácticamente le daban vueltas los ojos.

Su piel clara como la porcelana y sus ojos azulados. Su cabello castaño claro, transparente como la noche, le caía desde los hombros hasta la espalda. Kiyoka solo llevaba su ropa de dormir habitual, así que ¿por qué estaba despampanante?

“No estaba buscando una disculpa, de verdad...”

“No intento evitarte. Lo juro.”

“De todos modos, no pensé que harías algo así a propósito.”

“Mrrrm.....”

Miyo estaba mortificada. Quería meterse en un agujero.

“¿Fue algo que hice?”

“... Para nada.”

Se había equivocado. Sólo que Miyo era incapaz de comprender y soportar sus propias emociones.

Si fuera más mundana, si tuviera un gran número de amigos y estuviera acostumbrada a relacionarse con otras personas, tal vez ya habría sido capaz de superar las cosas sin estar a merced de sus propias emociones. Habría aprendido a enfrentarse a sus sentimientos y a los de Kiyoka.

Parecía que pasaría algún tiempo más antes de que pudiera hacer algo con esa sensación vaga y poco clara en su interior.

De repente el rostro de Kiyoka se nubló.

“Algo malo pasó en la estación, ¿no?”

Miyo abrió los ojos, sorprendida.

Ella nunca habría imaginado que él se diera cuenta de esto. Aunque, cuando lo pensó por un momento, era obvio. Era el comandante de la unidad, así que era lógico que estuviera al tanto de lo que ocurría en su lugar de trabajo.

“Uno de los hombres las vio a ti y a Jinnouchi y me informó de ello.”

“Es...”

“Si uno de los jefes de escuadrón o yo los regañamos, se resentirán. Pero tengo que hacer algo, o...”

“No pasa nada.”

Miyo interrumpió impulsivamente a Kiyoka.

“B-Bueno, sé que no está bien, pero ninguna de las dos quiere que intervengas, Kiyoka.”

Miyo sólo podía adivinar cuáles eran los sentimientos de Kaoruko al respecto. No obstante, confiaba haberlos interpretado bien.

“Si adviertes a tus hombres sobre ello, seguro que habrá algunos que te encontrarán irrazonable por hacerlo. Eso sería aún peor, ¿no?”

Miyo quería evitar socavar la confianza entre Kiyoka y sus hombres.

Ni ella ni Kaoruko podían evitar sentirse totalmente indiferentes ante lo que les dijeran, eso era cierto. La intimidación era difícil de soportar, y podría acabar con ellas.

Sin embargo, aún no había habido violencia, y sería mucho más triste que ella y Kaoruko acabaran sembrando la desconfianza entre Kiyoka y los hombres de su unidad.

“Haremos lo que podamos para manejar la situación por nuestra cuenta, así que deberías seguir centrado en tus obligaciones.” Insistió Miyo con una sonrisa.

Kiyoka empezó a abrir ligeramente la boca, pero las palabras que dejó sin decir desaparecieron en un suspiro.

“Oh, ¿quieres más té?”

“Sí, por favor.”

Tras rellenar la tetera con agua caliente y darle una pequeña sacudida, sirvió té verde en la taza de Kiyoka.

La imagen de Kaoruko entregándole una taza de café, con una mirada vagamente alegre, vino a la mente de Miyo, y una nube oscura volvió a descender sobre su corazón.

Esto no es bueno. No puedo permitirme ponerme así...

Quería que las cosas fueran bien con Kaoruko y que su amistad se fortaleciera. Si Miyo introducía esas inseguridades en la mezcla, arruinaría cualquier posibilidad de que las cosas fueran bien entre ellas.

El ruido sordo de la taza de té al golpear la superficie de la mesa devolvió a Miyo a la realidad.

“No necesito ningún empujón extra para aplastar a la Comunión de los Dotados, pero... *haaa.*”

“¿Kiyoka?”

Miyo se sintió confusa al ver cómo la desolación descendía de repente sobre el rostro de Kiyoka tras beber un sorbo de té.

“¿Te parece bien apoyarte en Jinnouchi para que te ayude, pero no confías en mí? ¿Es así?”

“Umm. No estoy, erm, apoyándome en Kaoruko. Creo que es un poco diferente a eso.”

No se trataba tanto de que dependiera de ella como de que ambas se apoyaran mutuamente..... o, mejor dicho, de que *quisiera* que se apoyaran mutuamente. Desde luego, no era porque le resultara difícil depender de Kiyoka y en su lugar recurriera a Kaoruko, ni nada por el estilo.

“¿Por qué dices eso, Kiyoka?”

“... Olvídalo.”

Miyo no lo entendía muy bien, pero estaba segura de que quería que se llevara bien con Kaoruko.

¿Hay algo que pueda hacer?

Aparte de darle palabras de ánimo, ¿había algo más que pudiera hacer para animar a Kaoruko?

Las tareas domésticas eran la única habilidad de la que disponía Miyo. En cuyo caso...

Así es. Mientras tenga eso...

Inmediatamente empezó a idear un plan que la beneficiara tanto a ella como a Kaoruko.

* * * * *

Al día siguiente, Miyo y Kaoruko terminaron de limpiar la cocina sin incidentes antes de pasar a ordenar un lugar tras otro.

A lo largo de varios días, limpiaron el almacén donde se guardaba el equipo de la unidad, organizaron el interior, pulieron los suelos de los pasillos y limpiaron todas las ventanas. Lavarón y secaron la ropa amontonada, recogieron y tiraron la basura y eliminaron el polvo de todos los rincones de la comisaría.

Un día, después de que Miyo se hubiera adaptado por completo a su vida cotidiana de acudir a la estación todos los días...

Kaoruko había ido al almacén a tomar una esponja, un trapo y otros artículos de limpieza para limpiar el pozo de agua que había detrás de la estación. Mientras tanto, Miyo ordenaba las regaderas y cubos esparcidos por los alrededores del pozo.

B-Brr, hace frío.

El pozo estaba fuera. Sin nada que la protegiera del viento, las frías ráfagas le daban directamente en la cara y en las partes de los brazos y las piernas donde se había enrollado el kimono.

Había empezado el proyecto de limpieza pensando que sería mejor quitárselo de en medio antes de que todo se congelara, pero ahora se estaba dando cuenta de que esto iría mejor cuando hiciera calor.

Con eso en mente, Miyo se dirigió al interior. Justo entonces, oyó la risa profunda de un hombre.

“Sin embargo, vaya que es conveniente tener mujeres alrededor, ¿no te parece?”

“Puedes repetirlo. Mira qué ganas tienen de arrastrarse por el suelo para limpiar para nosotros.”

“Las chicas se ven mucho mejor sosteniendo una escoba que una espada.”

Llamada por los comentarios tan desagradables, Miyo se asomó sigilosamente a la esquina del edificio y sus ojos se posaron en tres soldados que, por lo que parecía, acababan de terminar su entrenamiento y charlaban con las espadas de madera en la mano.

En los últimos días, hiciera lo que hiciera, siempre se encontraba con comentarios sarcásticos como ese. Al parecer, a la mitad de los miembros de la unidad les disgustaba su ir y venir por la estación, así como la presencia de Kaoruko.

Al examinarlos más de cerca, se dio cuenta de que uno de los tres hombres era el recluta más joven que se había enfrentado anteriormente a Kaoruko.

“Las mujeres deben conocer su lugar y no meterse en nuestros asuntos.”

“Tú recibiste una buena paliza. Quiero decir, toda la conversación sobre si las mujeres pueden luchar o no es ridícula. A fin de cuentas

con el tiempo van a terminar casándose, y entonces trabajar ya no tendrá sentido.”

Resonó una fuerte carcajada.

Miyo aprendió lo que se sentía cuando su temperamento alcanzaba por fin el punto de ruptura.

¿Por qué dicen cosas tan horribles?

No aceptaban a Kaoruko, su fuerza y su esfuerzo, simplemente porque era una mujer. Completamente contaminados por sus propios prejuicios desde el principio, hicieron caso omiso de la realidad y se burlaron de alguien que daba todo lo que tenía.

No puede haber nada más irrazonable, más indignante.

La familia Saimori había tratado a Miyo como lo había hecho porque no poseía ninguna habilidad sobrenatural. Aunque era un recuerdo doloroso para ella, un recuerdo frustrante y miserable, en parte era inevitable.

Kaoruko, sin embargo, era diferente.

Era fuerte, y esa fuerza provenía de su propio trabajo duro.

“Obviamente, una mujer nunca va a estar a la altura de un hombre. Pueden blandir sus espadas todo lo que quieran, pero no cambiará nada.”

Ocurrió sin que Miyo fuera realmente consciente de ello. Salió lentamente delante de los tres hombres.

“Ah.....”

“¿Has oído todo eso?”

Cuando los hombres se percataron de su presencia, todos hicieron una mueca de incomodidad.

“Um...”

Regañar a los hombres no haría que de repente los prejuicios desaparecieran del mundo. Pero Kaoruko no había hecho nada malo. Miyo quería asegurarse de que estos tres lo entendieran.

Miró fijamente a cada uno de los hombres antes de hablar por fin.

“No creo que deban decir esas cosas.”

“¿Perdón?”

“Oí que la Unidad Especial Anti Grotescos era una meritocracia. Un lugar donde cualquiera con suficiente habilidad podía unirse, incluso las mujeres. ¿Oí mal?”

Los hombres mantuvieron la boca cerrada ante su pregunta, formulada en voz baja, y en sus rostros se reflejaba su incapacidad para rebatirla.

Esencialmente, se habían dado cuenta de que sus reclamaciones divergían de las políticas de la unidad. A fin de cuentas, estaban molestos por haber perdido contra Kaoruko, contra una mujer. Eso y nada más.

“No podrán reclutar a los luchadores competentes que necesitan si se burlan así de la gente. Y si perder contra una mujer es tan molesto, ¿no sería más lógico intentar primero esforzarte tú más en lugar de ahuyentarla con chismes?”

“¿Qué sabrás tú? No tienes de qué preocuparte, ya que el Comandante te protege de todo.” Murmuró amargamente uno de ellos.

“Ya basta.” Uno de los tres intentó advertirle que no lo hiciera, pero el hombre no se detuvo. Clavó su espada de madera en el suelo y tembló de rabia.

“Supongo que señalar las cosas con condescendencia desde la seguridad es la única cosa que incluso una mujer puede manejar, ¿eh? Mientras tanto, estamos constantemente luchando con nuestras vidas en juego. No voy a quedarme aquí escuchando quejas de alguien que no tiene ni puta idea de cómo es nuestro trabajo.”

“.....”

“Las mujeres carecen de resistencia y fuerza. ¿Cómo van a poder luchar como nosotros? No pueden, obviamente. Las mujeres tienen otras cosas para las que son adecuadas, así que pueden dedicarse a ellas. Todo lo que hacen es arrastrarnos, así que ¿cómo es que se les paga por imitar el trabajo de un hombre? Ni de chiste lo acepto.”

Había algo de verdad en su objeción. No cabe duda de que, por término medio, las mujeres son físicamente más débiles que los hombres.

Sin embargo.

“... No eres quien para decidir eso. Kaoruko fue evaluada correctamente y convertida en soldado. ¿Qué clase de autoridad tienes para rechazarla así?”

La parte racional de su mente se sorprendió de la profundidad de su ira. Nunca hubiera imaginado que tantas palabras salieran de ella de esa manera.

“Si vas a insistir en negarle a Kaoruko su merecido, entonces te sugeriría que lo hicieras una vez que realmente hayas luchado contra ella y hayas ganado.”

Al oír esto, todos los hombres se enfurecieron. Miyo cerró los ojos, anticipando que la golpearían con sus gruesos y bien afilados brazos.

Pasaron unos instantes, pero el impacto no llegó.

“Bueno, bueno, ¿qué te tiene tan irritado?”

La voz burlona pertenecía a una mujer.

Miyo abrió tímidamente los ojos y vio que Kaoruko se había interpuesto entre ella y los soldados.

“*Tsk.....*”

“Ponle un dedo encima a Miyo, y será tu fin.”

Los hombres fruncieron el ceño y miraron con desprecio a Kaoruko antes de marcharse.

“En serio, inmediatamente recurrir a la violencia de esa manera, te lo juro.”

“Kaoruko.”

¿Quizá había oído su conversación?

“Ah, no te preocupes. Acabo de llegar. No tengo ni idea de lo que estaban hablando. No se lo diré al Comandante.”

Las cejas de su rostro sonriente se inclinaron un instante y Miyo comprendió que mentía.

Tomó la mano de Kaoruko.

“Dejemos la limpieza del pozo para más tarde.”

“¿Qué?”

“Ven conmigo.”

Tirando de la perpleja Kaoruko, Miyo se dirigió a la cocina que habían limpiado unos días antes.

“¿Qué pasa, Miyo?”

“Hoy tengo algo bueno. Por favor, toma asiento.”

Miyo alineó uno de los pequeños taburetes que había apilados en la cocina y, una vez que hizo que Kaoruko se sentara, sacó del armario el paquete en cuestión. Después, abrió el envoltorio de tela cuadrada y descubrió una pequeña fiambarrera.

“¿Es un almuerzo en caja?”

“Sí, pero no tiene comida dentro.”

Miyo sostuvo la caja frente a Kaoruko y quitó la tapa. Cuando lo hizo, los ojos de Kaoruko se abrieron de par en par.

“Oh, es *Manju*...”

“Um, bueno, pensé que tal vez tener algo dulce ayudaría a mantener el ánimo en momentos desagradables.”

Fue entonces cuando un pensamiento muy importante cruzó la mente de Miyo.

“... No te disgustan los dulces, ¿verdad?”

Ahora que lo pensaba, nunca le había preguntado a Kaoruko por sus gustos culinarios. Los bollos dulces no la animarían en absoluto si en su lugar prefiriese, digamos, el alcohol.

De su relación con Kaoruko había sacado la impresión de que le gustaban los dulces y nunca se lo había cuestionado.

Genial, ahora metí la pata...

Sin embargo, la otra mujer se echó a reír al ver que Miyo se ponía nerviosa.

“*Ajaja*. No pasa nada. Me encantan los dulces.” Dijo antes de tomar uno de los *manju* de color marrón pálido y darle un mordisco.

“¿Cómo están.....?” Preguntó Miyo con timidez.

Los ojos de Kaoruko brillaron de asombro.

“¡Están deliciosos! Espera, ¿los has hecho tú, Miyo?”

“Sí, los hice yo.”

Miyo podría haberlos comprado, pero quería hacer algo de corazón.

Había optado por el *manju* porque justo en el momento en que decidió preparar algo dulce para Kaoruko, recordó que acababa de salir una revista con una receta que detallaba cómo hacerlos.

“¿No fue difícil hacerlos a mano?”

“No, no fue muy difícil.”

Había tardado un poco más de lo previsto en reunir los ingredientes, pero hacerlos no había sido difícil.

Estaba claro que Kaoruko no había mentido sobre su afición a los dulces. Devoró el *manju* que tenía en la mano ante los ojos de Miyo, con una sonrisa de felicidad en el rostro.

“Estaba sabroso. Gracias, Miyo.”

“Por supuesto... ¿Quieres otro?”

“Si tanto insistes.” Respondió Kaoruko alegremente a su ofrecimiento, alargando la mano para tomar otro. “Gracias.”

Al oír un pequeño murmullo escapar de la boca de Kaoruko mientras miraba fijamente el *manju* que tenía en las manos, Miyo levantó la cabeza.

“... Siento haber hecho que te preocuparas por mí.”

“En absoluto.”

Miyo dejó con cuidado la fiambarrera recién cerrada a un lado y sacudió la cabeza. Kaoruko no la había obligado a hacer nada. Sin embargo...

“En la casa en la que crecí, cada día era una lucha. A veces, sólo respirar me hacía sentir miserable.”

Había vivido con su padre desinteresado por ella, su madrastra odiándola y su hermanastra burlándose de ella.

Una y otra vez se había hecho preguntas: ¿por qué estaba viva cuando no pertenecía a ningún sitio, cuando se sentía tan indeseada?

“Pero... en mis momentos más oscuros, hubo gente que me levantó el ánimo, aunque no pudiéramos intercambiar palabras.”

A diferencia de su amigo de la infancia, Kouji Tatsuishi, que a menudo la animaba, los sirvientes de la familia Saimori nunca se pusieron abiertamente del lado de Miyo. Aun así, mostraban su preocupación de forma sutil, regalándole artículos de primera necesidad que no utilizaban o compartiendo su comida con ella.

Aquellos momentos habían hecho a Miyo increíblemente feliz. Simplemente por saber que había alguien que pensaba en Miyo y actuaba en su nombre.

“Kaoruko. Si quieres hablar, y te parece bien decírmelo, te escucharé. Ya sea para desahogarte o para cualquier otra cosa. Probablemente no podré ayudarte más allá de prestarte un oído, pero...

Si sigues sonriendo así, acabarás olvidando lo que significa sonreír de verdad.”

“... Sí.”

Hubo un ligero temblor en la respuesta de Kaoruko.

“Eres muy amable, ¿lo sabías, Miyo?”

“No lo creo.”

“No, eres amable. Puede que te pidiera que nos hiciéramos amigas, pero la mayoría de la gente nunca sería tan cariñosa con alguien a quien sólo conoce de unos días.”

Kaoruko sonrió con lágrimas en los ojos y mordió su *manju*.

“Delicioso... Comer algo tan sabroso me ha animado mucho.”

Luego dejó escapar una disculpa en voz baja.

“Perdóname.”

CAPÍTULO 4:

Emociones Genuinas en lo Más Profundo

Pasó el tiempo mientras todos permanecían alerta ante un ataque de Usui y la Comunión de los Dotados. Una noche, cuando el frío había empezado a calar hasta los huesos—

“Me he tomado la mañana libre. ¿Quieres ir conmigo a visitar a Godou?”

—Kiyoka le hizo una abrupta oferta a Miyo mientras cenaban.

“¿Tienes permiso para visitarlo?”

“Sí. Por fin.”

Al ver que Kiyoka asentía, Miyo esbozó inconscientemente una sonrisa.

El hecho de que se le autorizara a recibir visitas significaba que el estado de Godou se había estabilizado para poder ver a otras personas; se estaba recuperando.

Se sintió profundamente aliviada al saber que su tratamiento progresaba sin problemas.

“Eso es maravilloso. Me alegro mucho.”

“Claro que sí.”

“... ¿Kiyoka? ¿Pasa algo malo?”

Su respuesta fue terriblemente brusca. Y el movimiento de sus palillos se había ralentizado hasta que finalmente se detuvo.

¿Había dicho algo para herirlo? O peor aún, ¿se encontraba mal?

“Lo siento. Estaba reflexionando sobre lo intolerante que soy.”

“¿Eh? ¿Intolerante?”

Ladeó la cabeza: no creía que hubiera nadie tan magnánimo como Kiyoka.

Miyo no tenía la menor idea de por qué su conversación le había llevado a hacer ese comentario en primer lugar.

“No te preocupes. Yo tengo la culpa. No pensé seriamente que tu preocupación viniera de un lugar raro, pero... ¿Cómo decirlo? Mis sentimientos se adelantaron un poco.”

Kiyoka empezó a ofrecer algún tipo de excusa, mezclando toses de forma poco natural a medida que avanzaba. Completamente incapaz de entender el motivo del comportamiento tan inusual de su prometido, Miyo estaba cada vez más confusa.

“Um, ¿estás bien?”

“Estoy bien, todo está bien. No hay nada de qué preocuparse.”

“... ¿Quizás, después de todo, no debería salir.....?”

Miyo quería ir a visitar a Godou al hospital, pero si eso parecía que iba a causar problemas, no quería insistir egoístamente en ello.

“No vayas por ahí haciendo cosas sin venir a cuento.”

Las palabras de Mukadeyama afloraron en el fondo de su mente.

No es que no confiara en Kiyoka. Con él a su lado, ni el mismísimo Usui lo tendría fácil para ponerle las manos encima, por eso viajaba con él a la estación todos los días.

Sin embargo, si ocurría algo mientras paseaban por la ciudad, ya sería demasiado tarde.

A estas alturas, las cosas que haga no me afectarán sólo a mí.

Apretó con fuerza el puño en su regazo. Luego, una gran palma abierta la envolvió.

“Kiyoka...”

Había rodeado a Miyo en algún momento y ahora la miraba con expresión serena.

Sus ojos azulados eran tan claros y hermosos como siempre, como piedras preciosas. Eran tan cautivadores que hicieron que Miyo se olvidara al instante de todo lo demás.

“¿Tienes miedo?”

“Sí.”

Ella asintió dócilmente con la cabeza y su prometido la tiró suavemente del hombro.

“Esta es una buena oportunidad para aclarar las cosas. Con toda probabilidad, Usui no es tu verdadero padre.”

“¿Qué...?”

“Está claro si comparas el momento en que Sumi Usuba se casó con la familia Saimori con el momento en que tú naciste. Si Sumi Usuba hubiera tenido una cita secreta con Usui después de casarse, sería otra historia, pero... al anterior jefe de los Saimori parecía preocuparle que intentara escapar y se tomó muchas molestias para asegurarse de que no saliera de la finca. Además, los Usuba seguían al tanto de los movimientos de Usui en aquel momento, así que las posibilidades de que se produjera una cita secreta son muy escasas.”

La forma en que Kiyoka hablaba, como si le estuviera contando las palabras de otra persona, indicaba claramente que Arata le había dado información sobre los Usubas.

Claramente, se había dado cuenta de la ansiedad de Miyo por la cuestión de su filiación, así que él y Arata habían investigado el asunto por ella.

“Sé muy bien que te sientes inquieta sobre qué hacer en este momento. Por eso haré todo lo que pueda para despejarte esas ansiedades. Puedes ser más abierta sobre lo que sientes, está bien.”

“... Entiendo.”

“Yo también pienso en lo que puedo hacer por mí cuenta. Ahora mismo, quiero que superemos juntos este periodo de incertidumbre.”

Las francas palabras de Kiyoka se clavaron con fuerza en su pecho.

Él no abandonaría a Miyo a su suerte, así que debía dejar de pensar en todo bajo el supuesto de que, de algún modo, podría arreglárselas sola.

“Yo... he estado preocupada por lo que haría si algo pasara mientras caminaba fuera. Si me encontrara con Usui en la ciudad...”

Hablar así abiertamente de lo que le rondaba por la cabeza le alivió un poco el pecho. Kiyoka sonrió débilmente, moviendo la cabeza de un lado a otro.

“No tienes por qué preocuparte. Como Usui dirige su propia organización, no hará nada que empañe la reputación de la Comunidad de los Dotados con la plebe a plena luz del día. Especialmente si está tratando de convencerte de que te pongas de su lado. Tendrá muchos otros objetivos y muchos otros métodos a su disposición.”

“¿Muchos otros objetivos...?”

“Olvidalo. En cualquier caso, mañana estarás a salvo, así que nos vamos al hospital. Godou lleva días en cama y parece que se aburre al punto de considerar divertido ver cómo se seca la pintura.”

Miyo tuvo la sensación de que Kiyoka había eludido un punto importante.

Sin embargo, aún quedaban demasiadas cosas por ver para ella en ese momento, y demasiadas áreas fuera del alcance de sus pensamientos. La molesta sensación se asentó brevemente en el fondo

de su mente antes de salir de sus pensamientos, y asintió al rostro sonriente de Kiyoka.

Godou había ingresado en un hospital militar. Formaba parte de las instalaciones del cuartel general militar, dotado de equipos de vanguardia y de los médicos más cualificados del imperio de todas las especialidades en residencia permanente.

Dado que era una instalación militar, no estaba abierta fácilmente a nadie excepto a los soldados, pero naturalmente eso no era un problema para los miembros de las fuerzas armadas. Sus familiares también podían recibir tratamiento aquí, y además tenían permiso para visitar a los pacientes.

Aun así, nunca pensé que llegaría un día en que visitaría el cuartel militar.

Aquella mañana, mientras se mecía de un lado a otro en el vehículo de Kiyoka, Miyo pensó en el día en que por primera vez salieron juntos.

Si no recordaba mal, entonces también habían viajado en automóvil.

Aquella primavera, poco después de conocer a Kiyoka, había supuesto erróneamente que aparcarían su vehículo en la sede después de que le dijeran que iban a su lugar de trabajo.

Habían pasado tantas cosas desde aquel día de primavera. Tanto ella como el entorno habían sufrido cambios drásticos.

Una parte de ella sentía como si aquello hubiera sido hace una eternidad, mientras que otra parte de ella sentía como si hubiera sido ayer.

Por aquel entonces... era muy insegura de mí misma y siempre tenía miedo.

Kiyoka era amable, muy lejos del tipo de persona que los rumores habían hecho parecer.

Por eso había querido permanecer a su lado todo el tiempo que pudiera, pero no tenía ningún Don, y tampoco era una noble destacada, como su hermanastra. Por eso pensó que Kiyoka acabaría rescindiendo su oferta de matrimonio.

¿Cuánto había cambiado desde entonces?

¿Se había vuelto más codiciosa? ¿Había madurado y crecido?

Miró a Kiyoka, que tenía las manos en el volante a su lado.

“¿Qué pasa?”

Sólo le había mirado durante un breve segundo, pero él se había dado cuenta de su mirada y ella desvió los ojos.

“Nada, simplemente estaba recordando la primera vez que me sacaste.”

“Ahh, en aquel entonces, huh...”

Al recordar con cariño aquel momento, Kiyoka entrecerró los ojos con una sonrisa.

Miyo esperaba que, al igual que ella recordaba aquel día como un momento maravilloso y embarazoso, Kiyoka lo recordara con el mismo cariño.

El cuartel general militar —la base del Ejército Imperial en la capital— estaba ligeramente alejado de la estación de la Unidad Especial Anti Grotescos.

Varios edificios grandes e imponentes se alineaban a lo largo de la espaciosa parcela, rodeada por una alta valla metálica. La verja de hierro estaba cerrada a cal y canto, y a través de su celosía se podía ver entrar y salir a soldados bien fornidos.

Como Kiyoka era un oficial, naturalmente no fue sometido a ningún interrogatorio, saludó brevemente al guardia de la puerta antes de hacer avanzar el automóvil hasta el interior de los muros de la base.

“¿Estás nerviosa?”

Algo en la pregunta de Kiyoka la divirtió, y Miyo no pudo contener una carcajada.

“*Tee-jee*, oh, Kiyoka.”

“¿Qué?”

Su abatida respuesta sólo hizo que ella riera aún más.

“Vamos, Kiyoka. No hace mucho, cuando fui a la comisaría de la Unidad Especial Anti Grotescos, me preguntaste lo mismo. «¿Estás nerviosa?» Así, sin más. *Tee-jee-jee.*”

“No te rías... ¿Qué otra cosa iba a decir?”

“Lo sé. Gracias. No tienes que preocuparte por mí.”

Tal y como solía ser Miyo, se marchitaría después, asumiendo groseramente que el propio Kiyoka estaba realmente preocupado de que ella cometiera algún gran error debido a sus nervios y le avergonzara.

Pero ahora podía reírse así, porque Kiyoka y la gente de su vida se preocupaban por Miyo.

“Esto no es cosa de risa... Realmente no quiero decir esto, pero tienes que estar mentalmente preparada para estar aquí.”

“Lo sé y lo estoy.”

El cuartel militar no era lo mismo que la Estación Especial Anti Grotescos.

La mayoría de los soldados no poseían habilidades sobrenaturales, y los usuarios de dones del ejército recibían un trato especial. Miyo había oído que había muchos que tenían sentimientos complicados con respecto a los usuarios de dones debido a eso.

Por si fuera poco, cualquiera que estuviera un poco más informado de esta situación comprendía que la prometida de Kiyoka tenía sangre

Usuba, lo que la convertía en pariente del criminal en el centro de todo, Naoshi Usui.

En la comisaría de la Unidad Especial Anti Grotescos le habían lanzado muchas miradas groseras, pero al parecer eso no se compararía con lo que tendría que afrontar aquí.

“Pero sigo bien.”

Estaba acostumbrada a las miradas.

Miyo no estaba acostumbrada a ellas porque *quisiera*; había soportado su ración de experiencias dolorosas a causa de ellas, pero llegados a este punto, por fin había sido capaz de aceptar que esas miradas habían servido, de hecho, para hacer de ella lo que era ahora.

Supo reconocer que ese era su fuerte.

Miyo bajó del automóvil y siguió a Kiyoka a su lado mientras se dirigían al hospital. En efecto, percibió muchas miradas curiosas, que sólo podían calificarse de desconsideradas, de los soldados que pasaban por allí, pero no la molestaron tanto como esperaba.

... Después de todo, tengo la sensación de que Kiyoka destaca más que yo aquí.

Entre los dos, el interés de los soldados se centró en Kiyoka, que avanzaba audazmente, llevando en brazos las flores y los postres que había comprado como regalo de buena salud por el camino.

“Es de la familia Kudou...”

“¿Es él? He oído que es bastante hábil.”

“Incluso los altos mandos no tienen autoridad sobre parte del personal, y...”

“... Así que eso es lo que parece, eh.”

Los susurros que escuchó eran claramente sobre su prometida.

Al parecer, Kiyoka casi nunca aparecía por el cuartel general, así que su presencia despertó el interés de los demás soldados. Con alguien de la talla de Kiyoka frente a ella, el linaje de Miyo era trivial en comparación.

Es casi un poco decepcionante.

Algunos soldados palidecieron y huyeron en cuanto le vieron. Miyo se preguntó de dónde procedía exactamente aquella reacción.

Miyo miró a su alrededor, pensando en cómo se perdería sola porque los edificios eran muy parecidos. Finalmente, los dos llegaron al hospital.

Kiyoka había venido a visitar a Godou una vez, justo después de que lo ingresaran, así que sólo hubo un breve intercambio con la recepcionista antes de que se dirigieran directamente a la habitación de Godou.

Cuando Kiyoka y Miyo llegaron a la habitación del hospital, vieron salir a un médico con bata blanca.

“¡Oh, bueno, si es Kiyoka!”

Parecía tener unos treinta años. El médico, alto y larguirucho, con una barba desaliñada, se dirigió a Kiyoka con una sonrisa casi caprichosa.

“Ha pasado un tiempo.” Respondió Kiyoka, con cara de verdadero y profundo disgusto.

“Hmmm, parece que no has cambiado, ¿verdad? ¡Qué manera tan arrogante de tratar a un anciano! *Jee-jee.*”

La peculiar risa del médico erizó la piel de Miyo.

Aunque, por la familiaridad que mostraba hacia Kiyoka, parecía que se conocían. ¿Qué clase de relación tenían? Sentía curiosidad y repulsión al mismo tiempo.

“... Ya basta con esa risa espeluznante tuya.”

“*Je-jee.* Vamos, ¿a quién le importa cómo se ríe alguien? La vida es mucho más tranquila si no te preocupas por las cosas pequeñas, ya sabes.”

“*Haaah...* Bueno, ¿cómo está Godou?”

Otro *je-jee* se le escapó al doctor ante el suspiro de Kiyoka.

“Lo suficientemente bien como para recibir visitas. Sus heridas probablemente no destacan tanto como antes. Aunque, su resistencia ha bajado notablemente, así que diría que será una estancia prolongada.”

“¿Parece que se recuperará antes de fin de año?”

“Hmmm, yo diría que fácilmente podrá volver antes de esa hora.”

“Ya veo. Se lo agradezco.”

El médico se dispuso a marcharse y Miyo hizo una leve reverencia cuando sus miradas se cruzaron. Él le dirigió una sonrisa realmente repulsiva, que hizo vacilar su apresurada sonrisa.

Incapaz de seguir allí de pie, Miyo preguntó a Kiyoka por el médico mientras este ponía la mano en la puerta de la habitación del hospital.

“Sí, es un pariente por parte de mi madre. Tiene un don curativo, vamos a entrar.”

Aunque anunció su presencia, Kiyoka abrió la puerta sin esperar respuesta y Miyo le siguió hasta la habitación del hospital.

Aunque el lugar no era precisamente espacioso, seguía siendo privado y no demasiado estrecho. Godou se sentó al fondo de la habitación, apoyado en una cama blanca y limpia.

“¡Oh, Comandante!”

Ignorando el exagerado saludo de Godou al verlos llegar, Kiyoka continuó desde donde lo había dejado.

“... Su don curativo es realmente excepcional, pero su personalidad es un poco problemática. No es necesariamente malvado, pero...”

“Ya veo.”

“Otro inconveniente es que, aunque su ayuda cura muy bien las heridas, cobra una cantidad desorbitada por ello como «tarifa por

servicios especiales». Sin embargo, no hay duda de que tiene habilidades, las suficientes como para que los honorarios merezcan la pena cuando la situación se ponga realmente difícil y nos quedemos sin opciones.”

Esencialmente, esto significaba que las heridas de Godou ahora mismo eran lo suficientemente horribles como para justificar la ayuda del médico.

Si Kiyoka se enfrentaba alguna vez a heridas así, ¿sería capaz de mantener la cordura? Ahora mismo Miyo no podía imaginar esa posibilidad, pero tal vez necesitaba prepararse para una situación así.

“¡Eh, vamos! ¿No viniste a ver cómo estaba? No me ignores.”

Tras el grito de resentimiento de Godou por haber sido totalmente ignorado, Miyo oyó una risita.

“*Aja*. Que encantador. Godou, realmente eres tan entretenido.”

“¡Tu cállate!”

Miyo no se había dado cuenta de que había una figura oculta a la sombra de la mampara.

El visitante que tenían ante ellos vestía un llamativo kimono y jugueteaba con un abanico en las manos, un joven con toda la apariencia de un playboy: el jefe de familia de los Tatsuishi, Kazushi Tatsuishi.

Kazushi parecía entretenerse burlándose de Godou, como de costumbre.

“Ha sido un no parar de gritar y chillar contigo, Godou. Qué triste cuando he viajado hasta aquí para verte.”

“¿Alguien te pidió que vinieras?”

“Vamos, Godou, somos amigos, ¿no?”

“¡¿Desde cuándo?!”

Tras reírse a carcajadas de los gritos de Godou, Kazushi abrió de golpe su abanico y se puso en pie.

“Bueno, supongo que debería irme.”

“Por favor, adelante. Por fin, qué alivio.”

“Me pasaré en otro momento.”

“¡No lo hagas!”

Kazushi se puso su abrigo *haori* de vivos colores y sonrió mientras miraba a Miyo y Kiyoka.

Hacía tiempo que no le veía, pero seguía sin creerse que fuera el jefe de familia de los Tatsuishi. “Hijo pródigo de una familia noble” era una descripción mucho más adecuada.

“Sr. Kudou, me alegro de verle.”

“Igualmente. Tatsuishi, ¿le pediste permiso al Mayor General Ookaito para venir aquí?”

“Así es. Oí que Godou había sido gravemente herido, así que me picó la curiosidad. También sonaba divertido.”

“Trata de refrenar esas bromas de mal gusto tuyas.”

“Lo tendré en cuenta.”

Kazushi salió de la habitación del hospital con un gesto despreocupado.

Kiyoka le observó marcharse con una expresión de exasperación en el rostro, y luego se acercó a la cama de Godou. Por alguna razón, esto provocó que el otro hombre estallara en carcajadas.

“¡*Pffft!* ¡*Ajajaja!* ¿Usted, Comandante? ¿Flores? *Pffft*, ¡esto se ve mal!”

“.....”

Miyo miró de reojo para calibrar la reacción de Kiyoka; era evidente que ocultaba ira bajo su expresión hosca.

A menudo se preguntaba si Godou trataba intencionadamente de molestar a Kiyoka. Si era así, no era mucho mejor que Kazushi, que había venido aquí expresamente para fastidiar a Godou.

La idea probablemente le ofendería, así que se calló.

“Ciertamente parece que te va bien. Supongo que nuestra visita no era necesaria.”

Mirando a Godou con ojos fríos como el hielo, Kiyoka le pasó el ramo a Miyo, diciéndole que se lo arreglara, antes de colocar los postres en lo alto de una estantería cercana y apartarse de ambos.

Miyo se sorprendió al ver que su prometido se enfadaba tan rápido.

“¿Kiyoka?”

¿Nos vamos ya?

Mientras Miyo se lamentaba de que acabaran de llegar, Kiyoka se volvió un momento hacia ella.

“Voy a salir un momento. Miyo, puedes quedarte aquí y relajarte por ahora.”

“Oh, bien.....”

¿Por qué se va después de haber venido hasta aquí para ver a Godou?

Las bromas de Godou no podían haberlo enfadado de verdad, ella lo sabía. Si esto era suficiente para enfadar tanto a Kiyoka que no quería estar en la misma habitación que él, la vida de Godou habría acabado hace mucho tiempo teniendo en cuenta la cantidad de chistes que soltaba.

Además, Miyo tuvo la vaga sensación de que algo no iba bien con Kiyoka mientras lo veía marcharse. Debatió si debía seguirle o no.

¿Por qué...?

Aunque no sabía qué hacer, por el momento hizo lo que le decían, acomodó el ramo que tenía en los brazos y lo colocó en un jarrón de cristal vacío.

Al parecer, Kazushi no había traído flores para su visita, así que el jarrón de cristal seguía guardado sin usar.

“Siento obligarte a hacer eso, Miyo.”

“En absoluto.”

Tareas como esta eran pan comido para ella.

Miyo respondió con una sonrisa a Godou mientras este se disculpaba con la mano en la nuca.

Godou se mostraba tan enérgico y optimista como siempre, pero había más vendas blancas y gasas asomando por algunos lugares de su túnica de lo que ella había esperado, y parecían dolorosas.

Incluso después de haber obtenido permiso para recibir visitas. Miyo se estremeció al pensar en lo horribles que debían de ser sus heridas originales.

“Um, Godou. Quería, um, aprovechar esta oportunidad para, bueno. No sé cómo decirlo, pero... lo siento de verdad, en serio.”

Cuando terminó de arreglar las flores, Miyo se volvió hacia Godou y le hizo una profunda reverencia.

Sus heridas eran culpa de Naoshi Usui. Era responsabilidad de los Usui, y Miyo no podía decir que no tenía nada que ver.

Disculparse podría haber puesto a Godou en una situación incómoda, pero no podía quedarse ahí sin hacer nada.

“Por favor, no hay nada por lo que tengas que disculparte, Miyo.”

“Pero...”

Godou negó lentamente con la cabeza.

“Podría decir que no te preocupes por eso, pero eso es probablemente imposible, ¿eh? La gente culpable aquí son los que hicieron esto, y quienes están planeando hacer aún más daño —Naoshi Usui y la Comunión de Dotados— no son tú.”

“... Bien.”

“Así que debería ser yo quien te diera las gracias por venir a visitarme.”

La cara sonriente de Godou era la misma de siempre, amable y alegre.

Miyo se alegró de que estuviera bien. Si hubiera perdido la vida, habría habido un vacío en las vidas de Kiyoka y de ella.

Se sentó en la pequeña silla de madera junto a la cama de Godou.

“¿Te duelen las heridas?”

“Quiero decir...” Respondió evasivamente Godou a la pregunta de Miyo. “Hasta hace dos o tres días, la verdad es que me dolía muchísimo. Tenía todo el cuerpo envuelto en vendas, y las quemaduras bajo ellas eran horribles.”

El tono de Godou era ligero, como si no estuviera hablando de nada serio, pero su afirmación tenía peso.

Con graves quemaduras por todo el cuerpo, normalmente uno estaría a la deriva entre la vida y la muerte... y probablemente más allá de la salvación. Afortunadamente, Godou no sólo poseía el cuerpo más robusto de un usuario de dones, sino que también había recibido ayuda de alguien con un don curativo, por lo que su vida se había salvado.

Se enteró de que había otros cuerpos, además de la Unidad Especial Anti Grotescos, que también se habían visto envueltos en explosiones en otros escondites de la Comunión de los Dotados, pero, por algún milagro, no hubo víctimas mortales.

“Cuando vuelva a la acción, reuniré a toda esa gente de la Comunión, ya verás. Puede que no lo parezca, ¡pero guardo rencor durante mucho tiempo!”

“P-Por favor, en ese caso, dalo todo.”

“¡Claro que sí!”

Tras hacer una pausa en su conversación, Miyo empezó a preocuparse por Kiyoka, que aún no había regresado.

Quizá estaba teniendo una larga charla con ese extraño médico, pariente de su madre.

Mientras Miyo especulaba sobre el paradero de su prometido, Godou murmuró algo.

“Cuando recién me ingresaron en el hospital..... incluso nuestro intrépido líder se quedó sin palabras. Definitivamente se siente en parte responsable del ataque.”

A Miyo se le apretó el pecho al oír que las heridas de Godou habían sido realmente graves.

Para empezar Kiyoka no era hablador, pero esto venía del hombre que siempre trabajaba a su lado, así que la visión de las heridas debió de impactarle de verdad.

“¡Probablemente me vuelvan a gritar por decirte cosas que no debo, pero...!”

“¿Eh?”

“El Comandante se siente responsable como mi oficial superior, eso es obvio. Pero más allá de eso..... creo que le hizo volver al pasado.”

“¿Al pasado?”

Godou asintió sin ningún atisbo de tontería, con una rara expresión de seriedad en el rostro, antes de lanzar su mirada al exterior de la ventana del hospital.

El cielo, que estaba despejado cuando Miyo se marchó por la mañana, se había cubierto de nubes grises. Parecía que iba a nevar en cualquier momento.

El pasado de Kiyoka y del Sr. Godou.....

El pasado de Kiyoka—Miyo no pudo contener su curiosidad, sobre todo después de conocer a Kaoruko.

Miyo se tensó ligeramente, preguntándose exactamente qué podría oír de boca del devoto subordinado de Kiyoka.

“Verás, mi padre era el comandante de la Unidad Especial Anti Grotescos antes de Kiyoka.”

“¿Tu padre?”

“Sí. Era un apreciado usuario de dones. Fuerte y adorado por sus hombres. Yo, bueno... me rebelé contra tener un padre así y estudié en el extranjero.”

Todo esto era nuevo para Miyo. Aunque una parte de la declaración de Godou sobresalía más que nada.

Era un apreciado usuario de regalos.

Al notar que utilizaba el tiempo pasado, Miyo se dio cuenta de que existía la posibilidad de que el padre de Godou ya hubiera fallecido.

“Mi padre acosó al Comandante Kiyoka en su época de estudiante para que se uniera a el ejército. Quería que se convirtiera en el próximo comandante de la unidad. Pero al Comandante no le interesaba unirse al ejército, así que se fue a estudiar a la universidad imperial. Incluso después de esto, mi padre se negó a rendirse y siguió invitándolo a alistarse.”

Miyo no podía descifrar la expresión de Godou. Él seguía mirando por la ventana sin volverse ni una sola vez hacia ella.

“Un día, mi padre murió en acto de servicio. Se enfrentaba a un adversario feroz, aunque podría haberlo derrotado fácilmente si hubiera tenido al Comandante Kiyoka a su lado. El emperador acabó ordenándole que ayudara a mi padre, pero no llegó a tiempo.”

“Eso es horrible.....”

Miyo se apretó el pecho, empatizando con los sentimientos que Kiyoka sentía en aquel momento.

“Ahora bien, obviamente no es culpa del Comandante que mi padre muriera. Pero cuando volví de estudiar en el extranjero, estaba convencido de que él era el responsable de la muerte de mi padre. Gracias a eso, el Comandante se sintió increíblemente culpable, y al final acabó uniéndose a la unidad.”

Godou dejó escapar un breve suspiro y se volvió hacia Miyo con una sonrisa desolada.

“El día que murió mi padre, todos los soldados salieron ilesos. Supongo que como corría el riesgo de ser la única víctima mortal cuando la Comunión de los Dotados atacó, el Comandante no pudo evitar recordar lo que ocurrió entonces.”

“.....”

Miyo tuvo la sensación de que, fueran cuales fueran las palabras que le ofreciera, no serían las adecuadas.

No se arrepentía de haber escuchado la historia de Godou. No obstante.

“Lo siento mucho. No debería haber oído todo esto.”

“No, tan solo estaba teniendo un soliloquio. Quieres saber más sobre el Comandante, ¿verdad?”

“¿Pero cómo...?”

Los ojos de Miyo se abrieron de par en par ante la lectura tan acertada que Godou hizo de ella.

Kiyoka no solía hablar de sí mismo con Miyo. Pero era precisamente por eso por lo que entonces ella quería saber más de él, y al final pensó en lo inconveniente que sería tal deseo para el propio Kiyoka.

Por eso no había dicho ni pío a nadie al respecto, y sin embargo...

No era bueno divulgar algo de lo que el propio Kiyoka no quería hablar. Incluso Miyo tenía muchos episodios de su pasado que no quería sacar a relucir voluntariamente.

Prefiero no hablar de recuerdos dolorosos, y tampoco me gustaría que nadie se enterara de ellos...

Sin embargo, hubo un momento en que se dio cuenta de que Kiyoka ya sabía casi todo lo que había que saber sobre el difícil pasado de Miyo. Recordó lo aliviada que se había sentido.

“Además, ya sabes lo malo que es el Comandante con las palabras. Pensé que probablemente no te había contado nada de esto. Y parece que acerté de pleno. Hay que ver, dame un respiro.”

Remató su afirmación con una carcajada. Miyo no pudo ver ningún rastro de la expresión turbia de Godou de hacía unos momentos.

Sin querer, dirigió una pregunta insistente a Godou.

“¿Está bien que le pregunte directamente a Kiyoka sobre su pasado?”

Un pasado que se quería mantener enterrado.

Obviamente, él también debía de tener momentos así. Aunque Miyo le implorara que se lo contara, aunque ella insistiera en que quería saberlo todo, ¿se lo permitiría? ¿Acabaría haciéndole daño?

Eran decisiones que debería haber tomado por sí misma, y no le serviría de nada preguntarle a Godou. Aun así, quería la opinión de alguien creíble que la orientara.

Godou entornó los ojos con una sonrisa inusualmente tenue y serena.

“Apostaría a que el Comandante estaría mucho más contento si se lo preguntaras directamente. Estoy seguro de que querrá confiarte cualquier cosa si eres tú quien se lo pide, Miyo. Es sólo mi opinión, claro.”

“¿Tú crees...?”

“A estas alturas, deberías ser capaz de adivinar cómo se siente el Comandante sin tener que preguntármelo, ¿verdad? O confías en tu elección y te enfrentas a él, o te echas atrás... cualquiera de las dos opciones es buena para mí.”

Tenía toda la razón.

Miyo llevaba mucho menos tiempo con Kiyoka que Godou o Kaoruko. Aun así, sentía que tenía una visión única de su prometido. ¿Adónde iría a parar si no confiaba en ella?

“Muchas gracias. Lo intentaré.”

“Si por casualidad te hartas de ese brusco y frígido Comandante nuestro, siempre serás bienvenido a venir conmigo. Te recibiría con los brazos abiertos.” Bromeó Godou, con una enorme sonrisa en la cara.

Miyo sonrió y asintió.

“Lo haré.”

“¡Muy bien!”

“¿Qué está «muy bien»?” Preguntó Kiyoka al volver a entrar en la habitación.

Godou se puso rígido ante la pregunta.

“¡Nada, señor! ¡Todo está perfectamente normal!”

Al ver que su subordinado le saludaba con seriedad, Kiyoka le dirigió una breve mirada fría antes de suspirar.

“Miyo, es hora de irnos. ¿Satisfecha?”

“Sí.”

Miyo estaba preocupada por las heridas de Godou, pero por el momento había confirmado por sí misma que se encontraba bien.

Su situación actual no le permitía mucha libertad, así que no sabía si podría volver a visitarlo, pero eso bastaba para tranquilizarla. Es probable que lo mismo le ocurriera a Kiyoka.

“Asegúrate de volver pronto, ¿bien?”

“¿Qué tal si te das prisa y te mejoras para poder volver al trabajo, tonto?”

“¡Nooo gracias! Todavía no me he hartado de estos días perezosos de comer y dormir!”

“.....”

“No te preocupes. Con todo este tiempo libre, ¡me aseguraré de pensar en la forma absolutamente perfecta de vengarme de ese Naoshi Usui!”

Godou saludó con la mano y Miyo le devolvió el saludo con un pequeño gesto antes de salir del hospital con Kiyoka.

* * * * *

Al ver a su oficial al mando y a su prometida salir de su habitación, Godou volvió a reclinar la parte superior de su cuerpo en la cama.

Aunque estaba agradecido de que la gente hubiera venido una tras otra a verlo inmediatamente después del fin de sus restricciones de visita, eso le cansaba un poco.

“Definitivamente he perdido algo de resistencia...”

Los Dones Curativos curaban a la gente más rápido que el tratamiento normal, y de forma limpia, sin complicaciones persistentes, pero a cambio consumían una gran cantidad de la resistencia del paciente.

Como resultado, el tratamiento no fue perfecto y también requirió hospitalización.

Sin embargo, Godou era muy consciente de estos efectos secundarios, y su verdadero deseo era volver al trabajo lo antes posible.

Nos falta personal, así que ¿cómo voy a quedarme en la cama mientras los demás trabajan duro?

Cerrando los ojos, sintiéndose impaciente y agonizante ante una situación que escapaba a su control, pasó algún tiempo antes de que llegara otro visitante a verlo.

No había oído que viniera nadie de la casa principal ni de su familia, así que giró la cabeza, preguntándose quién podría ser.

Abrió lentamente la puerta de la habitación del hospital y entró una joven con uniforme militar que él reconoció vagamente.

“Me alegro de verte de nuevo, Godou. ¿Cómo están tus heridas?”

“..... ¿Kaoruko Jinnouchi? ¿Eres tú?”

“¡Justo en el blanco!”

Al verla chasquear cómicamente los dedos con su respuesta, Godou se convenció de que no era otra que su antigua camarada, a la que hacía años que no veía, Kaoruko Jinnouchi.

Aunque sabía que había venido de la antigua capital para sustituirlo, nunca había esperado que viniera de visita.

Aunque no habían estado en contacto durante varios años, habían estado bastante unidos antes de que ella estuviera destinada en la antigua capital, así que no le sorprendió especialmente verla.

Godou apoyó de nuevo la parte superior de su cuerpo y suspiró.

“Como puedes ver, mis heridas han mejorado mucho. Sin embargo, ¿no se supone que ahora mismo deberías estar de servicio?”

Ante su suspicaz pregunta, Kaoruko se sentó en la silla de madera que Miyo había utilizado antes y respondió:

“No hay por qué preocuparse. Me han encargado vigilar a Miyo, pero hoy el Sr. Kudou dijo que estaría con ella toda la mañana, así que me tomé un tiempo libre.”

“Ya veo.”

Aunque su fuerza física y su resistencia eran inferiores a las de un hombre, Kaoruko era hábil.

Dado que tanto ella como Miyo eran mujeres, podía acompañarla en una gama mucho más amplia de actividades, lo que la convertía en una guardaespaldas ideal.

“Miyo y el Sr. Kudou estuvieron aquí hace un rato, ¿verdad?” Murmuró Kaoruko en voz baja, mirando las flores en su jarrón y los postres aún en su caja.

“Sí. Aunque el Comandante fue tan escueto como siempre.”

“Veo que seguís siendo uña y carne.”

Kaoruko sonrió divertida ante el exagerado encogimiento de hombros de Godou.

“¿Llevas bien el trabajo, Jinnouchi?”

“Bastante bien. He dicho que vigilo a Miyo, pero la verdad es que me paso el día haciendo pequeñas tareas en la estación con ella. Es suficiente para no aburrirme.”

De repente, un recuerdo relacionado con Kaoruko afloró en el fondo de la mente de Godou.

Cierto, ahora recuerdo, no era Jinnouchi...

Su familia regentaba un prestigioso dojo desde hacía mucho tiempo. Su padre era el maestro, y Godou recordaba que su madre procedía de una familia de usuarios de dones.

Aunque su madre no tenía dones, debido a lo que se llamaba atavismo, Kaoruko poseía un don propio. Además de su talento con la

espada, heredado de su padre, se la consideraba una guerrera excepcional.

Por eso se había hablado de la posibilidad de que se convirtiera en la esposa de Kiyoka.

Ah, eso probablemente lo explica.

Godou adivinó la situación actual y se alborotó el flequillo con la mano.

Miyo siempre había sido una chica ansiosa y tímida, pero hoy había más dudas en sus ojos que de costumbre. La razón de su interés por el pasado de Kiyoka era probablemente la mujer sentada frente a él.

“Jinnouchi.”

Cuando Godou se dirigió a ella, Kaoruko apartó los ojos del jarrón de flores para mirarle.

“¿Qué pasa?”

“Entonces, dime. ¿Sigues enamorada del Comandante?”

Los ojos de Kaoruko se abrieron como platos.

“... ¿De qué estás hablando?”

“No te hagas la tonta conmigo, vamos. Hace tiempo que te gusta el Comandante, ¿no?”

“En realidad no...”

Sintió una mezcla de lástima y fastidio al verla desviar la mirada y bajarla ligeramente.

Godou no se creía muy perspicaz, pero, sin embargo, después de trabajar juntos, había captado de forma natural los sentimientos de Kaoruko.

Kiyoka veía a Kaoruko como una persona más con la que trabajaba, no más que cualquiera de las muchas posibles parejas matrimoniales que había tenido a lo largo de los años. Pero las cosas eran distintas para Kaoruko.

“No intento criticarte ni nada por el estilo. Creo que cualquiera es libre de sentir algo por quien quiera.”

“.....”

“La cosa es, sin embargo...”

Godou se interrumpió.

Él no quería herir a Kaoruko a propósito, pero si decía esto, ella probablemente iba a llorar. No obstante, había algunas cosas que incluso Godou no podía tolerar, así que no le quedaba otra opción.

“Tienes que dejar de intentar entrometerte en su relación, ¿bien?”

Kaoruko jadeó y levantó la vista.

A juzgar por su reacción, estaba claro que ya había hecho algo fuera de lugar.

“Yo—”

“Ahora no trates de hacerte la inocente. Creo que cada uno puede elegir a quién quiere, pero no me gusta el comportamiento solapado.”

Kiyoka había tardado años en encontrar la tranquilidad en Miyo.

Godou lo comprendía porque había estado al lado de Kiyoka, observándole, durante todo el tiempo que había podido. El destino los había unido. Cada uno calmaba al otro, y así era como debía ser, sin que nadie se interpusiera entre ellos.

Godou se sentía mal porque los sentimientos de Kaoruko nunca habían llegado a nada, pero no iba a tolerar que ella se metiera con sus emociones.

“... ¿Qué sabes, Godou?”

No se dejó disuadir por la voz tensa y trabajosa de Kaoruko.

“Si planeas meterte entre ellos y perturbar las cosas, eso está mal. Por lo menos, sé con certeza que ese tipo de comportamiento no va a beneficiar a nadie, incluyéndote a ti.”

“¡Con permiso!”

Godou lanzó un pesado suspiro, sin intentar impedir que Kaoruko saliera volando de su habitación del hospital.

El resto era problema suyo. Sin embargo, sintió una ligera punzada de arrepentimiento. Quizá había dicho demasiado.

¿Desde cuándo soy tan entrometido?

Tanto si Kaoruko estaba resentida con él como si no, prefería eso mucho más que cualquier discordia innecesaria que surgiera en la relación de Kiyoka y Miyo.

Godou recostó su agotado cuerpo en la cama y se quedó dormido.

* * * * *

Justo después de salir del hospital, Kiyoka se volvió de repente hacia Miyo.

“¿Quieres salir un rato?”

“..... Claro.”

Ambos se callaron y continuaron más allá de la puerta por la que habían entrado al salir de los terrenos.

Aún quedaba un poco de tiempo antes de que tuvieran que regresar a la estación. Miyo no tenía motivos para rechazar una oferta de Kiyoka, que aún parecía un poco diferente de lo habitual.

Pasando por un estrecho camino desde la calle frente a la puerta, ausente de muchos transeúntes normales, salieron a la calle principal.

“Perdona. ¿Tienes frío?”

Miyo negó con la cabeza ante la expresión preocupada de Kiyoka.

Llevaba puesto su abrigo *haori* con una bufanda alrededor del cuello, totalmente protegida del frío. Por supuesto, eso no hacía que el aire exterior que soplaba en su cara fuera más cálido, pero no hacía tanto frío como para hacerla temblar y estremecerse.

“Estoy bien.”

“Eso está bien.”

Sin decir nada más, Kiyoka volvió a mirar hacia delante y continuó caminando. Sin embargo, fue muy propio de su prometido ralentizar su paso lo suficiente como para que Miyo pudiera seguirle el ritmo.

Típico de Kiyoka.

Pensó eso, porque él la había tratado así desde que se conocieron. Ese era el tipo de persona que era su prometido... Pero, ¿le parecía bien querer saber aún más de él?

Caminaron en silencio durante un rato, hasta que ambos llegaron a un parque poco poblado.

Las hojas de la hilera de árboles estaban casi todas caídas y sus ramas desnudas parecían desamparadas. Al parecer, con el clima estacional, el número de personas en zonas como esta había disminuido drásticamente.

“Um, ¿Kiyoka?”

Miyo habló en voz baja, a estas alturas sintiéndose un poco ansiosa por saber hasta dónde pensaba llegar.

En ese momento, Kiyoka se detuvo y, sin darse la vuelta—

“Supongo que deberíamos descansar un poco.”

—murmuró, como si hablara consigo mismo.

Se sentaron uno al lado del otro en un banco largo. Había unos tres puños de espacio libre entre ellos.

Miyo miró a su prometido, inusualmente callado.

¿Está de mal humor...? No, no lo parece.

A juzgar por la expresión de Kiyoka, que había mejorado notablemente en leer, parecía menos alterado o enfadado, y más precisamente como si algo pesara en su mente.

Sin embargo, Miyo no podía entender exactamente por qué era así.

“Kiyoka.”

“¿Qué?”

Instintivamente volvió a hablarle, pero él respondió sin mirarla.

“¿Te preocupa algo?”

Tuvo la sensación de que era lo correcto.

Le vino a la mente la historia que había oído de Godou. La historia sobre el padre de Godou.

Sin embargo, no tuvo el valor de sacar el tema de repente, así que hizo un intento poco entusiasta de abordar el tema con él.

“¿Godou te dijo algo?”

Kiyoka se cruzó de brazos y cerró los ojos en silencio mientras respondía a Miyo con una pregunta propia.

Estaba claro que había algo raro en su comportamiento durante la visita. Kiyoka debía de ser consciente de ello. Quizá pensó que la curiosidad de Miyo por su inusual comportamiento la llevaría a preguntarle a Godou.

Miyo dio una respuesta directa, preocupada por haber eludido el tema como una cobarde.

“Me contó un poco.”

“..... ¿Lo hizo ahora?”

“Kiyoka, yo...”

Se interrumpió, alarmada.

Miyo se estaba dejando llevar y preguntando por algo que no debía, ¿verdad?

No, no puedo permitirme retroceder ante esto.

Si le enfadaba o le entristecía, se disculparía. Ya había pasado el momento en que esperar vacilantemente resolvería algo.

“¿Preferirías que no supiera más sobre tu pasado?”

Cuando le miró directamente a los ojos y se lo preguntó con franqueza, se dio cuenta de que Kiyoka se sorprendía.

“Miyo.....”

“Quiero saber más de ti. No tiene por qué ser todo. Es sólo que sabes mucho sobre mí, así que también quiero aprender más sobre ti.”

Conocer a Kaoruko le había hecho darse cuenta de algo.

El Kiyoka que ella conocía, aunque real y genuino, era sólo una faceta de su personalidad. Aunque era su prometida, Miyo sabía menos de él que nadie a su alrededor.

Aun así, parece algo sobre lo que no puedo preguntarle intencionadamente.

No obstante. Aunque aprendiera más sobre él, no había nada que Miyo pudiera hacer con la información.

Kiyoka posó suavemente su mano sobre la de Miyo, que descansaba en el espacio del banco que los separaba. Su palma, dura pero cálida, siempre la tranquilizaba.

“Estaría encantado..... aunque quizá no sea la mejor manera de decirlo.”

“¿Eh?”

“Nada me gustaría más que contarte todo lo que hay que saber sobre mí.”

Por fin, Kiyoka volvió sus hermosos ojos azules hacia ella.

Estaba preocupado por ella. Hasta ahora, ella sólo se había aprovechado de su consideración. Completamente enfrascada en lidiar con su propio yo, y teniendo constantemente a Kiyoka adaptándose por ella.

Pero las cosas no podían seguir así. Ella quería que ambos se apoyaran mutuamente en el futuro, que era exactamente la razón por la que quería conseguir una mejor comprensión de él si podía.

“Aun así, no es divertido saber más de mí, ya sabes.”

“¡No tiene por qué ser divertido!”

Kiyoka soltó una carcajada.

“¡Ja-ja-ja!”

Fue realmente sonora, como si no pudiera contenerse.

Era la primera vez que Miyo le veía reaccionar así.

“¡V-Vaya! ¿Por qué te ríes?”

“Cierto, lo siento. Parece que había malinterpretado algunas cosas.”

“¿Malinterpretado?”

Kiyoka se tranquilizó y asintió antes de aclarar la confusión de Miyo.

“Es patético, pero este último incidente me perturbó mucho más de lo que pensaba. No quería que me vieras tan alterado.”

“¿Qué.....?”

“Fue una tontería por mi parte fingir, ¿verdad? Pero la verdad es que me preocupaba que te hartaras de mí o te disgustaras.”

Miyo agitó inconscientemente los ojos ante la inesperada explicación.

¿Harta? ¿Disgustada? Era imposible que sintiera algo así.

“Aunque, yo creía que no había manera de que me dejaras.”

“Por supuesto. He decidido por mí misma que aunque tú quisieras que siguiéramos caminos separados, o si hubiera algún acontecimiento que nos mantuviera separados, te perseguiría pasara lo que pasara.”

Las palabras sinceras se unieron con una elocuencia impactante.

Nunca se iría de su lado. Decirlo en voz alta reafirmó su determinación.

“No te preocupes. Yo tampoco te soltaré la mano.”

“... Gracias.”

Los dos se miraron durante un momento, antes de que Miyo, la primera en volver en sí, recordara algo muy importante.

Tal vez esté bien preguntarle ahora.

No podía dejar que este momento terminara sin confirmar las cosas por sí misma. Sin embargo, era algo que le costaba preguntar, y no tenía muchas ganas de hablar de ello.

Se armó de valor y empezó a hablar.

“Kiyoka.”

“¿Qué?”

“¿Kaoruko y tú estaban enamorados el uno del otro?”

La sonrisa de Kiyoka se congeló al instante.

“... ¿Qué te hace pensar eso?”

“Porque se ha hablado de que estuvieron comprometidos. Kaoruko es maravillosa y guapa... Por lo que veo, parece que tú tampoco te opondrías a esa idea.”

Los ojos de Kiyoka, que momentos antes sonreían amablemente, se volvieron rápidamente aterradores. Mientras tanto, la voz de Miyo se hacía cada vez más baja a medida que continuaba.

¿Era sólo su imaginación, o parecía que el aire exterior, ya frío de por sí, se había enfriado aún más?

“No parecía tan en contra, ¿eh?”

“Um, quiero decir...”

“Lo siento. Es culpa mía.”

A Miyo le aterrizzaba que pudiera haberlo enfadado. En lugar de eso, Kiyoka se inclinó ante ella, dejándola atónita.

“Kiyoka, ¿por qué te disculpas...?”

“No hay nada entre Jinnouchi y yo. Ni ahora, ni en el pasado.”

“¿Eh? Pero...”

Parecía que se llevaban tan bien, pero en realidad no había habido nada entre ellos...

Kaoruko era diferente de las mujeres de la nobleza que Kiyoka despreciaba. Aunque hermosa, era amable con los demás y

encantadora. Para Kiyoka, no había nada que le desagradara especialmente, e incluso ahora, seguía siendo amable con ella.

Me duele el pecho...

Miyo se sorprendió de lo tremendamente aliviada que se sintió al saber que no había habido nada entre los dos. Sin embargo, cuanto más pensaba en ello, más le costaba entender por qué se había cancelado la oferta de matrimonio.

“Pido perdón si te he inquietado. Me equivoqué al no explicarte las cosas desde el principio... En realidad, he tenido la sensación de que últimamente querías hablarme de algo, pero ¿realmente era esto lo que te ha estado molestando?”

“Sí.”

Había tenido demasiado miedo para preguntar. La ansiedad ante la posibilidad de que él respondiera diciéndole que habían estado enamorados una vez era demasiado para ella.

“*Haaah*, así que otra vez estaba pensando demasiado las cosas...”

“¿Qué?”

“Nada. Volvamos.”

“De acuerdo.”

Mientras regresaban al cuartel militar, Kiyoka le murmuró algo.

“Si hay algo que quieras saber sobre mí, Miyo, quiero que me lo preguntes enseguida la próxima vez. Puede que me resulte imposible

responder a todo cuando se trata de mi trabajo, pero seré lo más sincero que pueda.”

“¡Lo haré!”

Si las cosas iban a salir así, Miyo deseó no haberse asustado antes de pedírselo. Alborozada, se sintió como un resorte.

* * * * *

Después de prácticamente huir del hospital, Kaoruko regresó a la estación. El almuerzo aún no había empezado, así que todavía tenía algo de tiempo libre.

Había acabado vagando por la cafetería vacía y ahora miraba la superficie del agua en su taza.

“Entonces, dime. ¿Sigues enamorada del Comandante?”

Repitió las palabras de Godou una y otra vez.

Kaoruko supo desde el principio que esos sentimientos suyos nunca llegarían a fructificar.

Por eso había renunciado a ellos cuando era adolescente.

Todo encajó cuando la persona que había anhelado rechazó de plano su propuesta de matrimonio: no la quería. Lloró durante días, demasiado deprimida para comer.

Sin embargo, se convenció de que Kiyoka había rechazado todas las ofertas de matrimonio que le habían hecho, así que si al menos

podía permanecer a su lado como compañera de armas, podría seguir siendo especial para él. Así fue como se recuperó.

Pero a pesar de todo.

No había podido seguir observando en silencio cuando apareció ante ella una mujer que era amada.

Soy una fea desgracia.

Kaoruko estaba segura de que su comportamiento debía haber herido a Miyo.

Aun así, no se atrevía a parar, porque ver a Miyo sufriendo le producía una sensación de alivio. Controlada por la envidia, se sentía tan fea y detestable que se le revolvía el estómago.

Después de conocer a Miyo Saimori y pasar tiempo con ella, las cosas se asentaron de verdad. Kaoruko nunca podría vencer a Miyo.

He perdido.

El tipo de feminidad y gracia que tenía Miyo... su tranquilidad, sinceridad y amabilidad, eran cualidades de las que Kaoruko carecía.

Si Miyo era la mujer que Kiyoka amaba, por mucho que se esforzara, nunca conseguiría llamar su atención. Nada más conocer a Miyo, dijo que “tenían mucho en común”, pero como mujeres eran totalmente opuestas.

Las comisuras de sus ojos se calentaron. El reflejo en su vaso de agua se volvió borroso y distorsionado.

Si tan sólo fuera más femenina. Si pudiera parecerme más a Miyo...

Entonces, tal vez, Kiyoka podría incluso mirar hacia ella.

Se detestaba a sí misma por fantasear con tales imposibilidades.

“Jinnouchi.”

Justo cuando las cálidas gotas caían sobre sus manos, Kaoruko levantó la vista al oír su nombre.

“... Yabunaga.”

Sin que ella lo supiera, el maestro de la cafetería, antiguo soldado y actual chef, Yabunaga, se había acercado a ella en algún momento. Estaba de pie a su lado, mirándola con desprecio.

“¿Q-Qué es?”

Se acercaba el almuerzo, así que normalmente tendría las manos ocupadas en la cocina.

Ante la pregunta de Kaoruko, Yabunaga extendió en silencio el pañuelo blanco que llevaba en la mano.

“No puedo tenerte llorando en un lugar como este justo antes de que los otros bastardos entren aquí a comer.”

Sus palabras fueron vitriólicas, pero Kaoruko percibió su mal disimulada consideración, teniendo en cuenta que había salido de la cocina en el momento más ajetreado del día para venir a entregarle personalmente un pañuelo.

“... Gracias.”

Verbalizar su gratitud hizo que más lágrimas brotaran de sus ojos. Cediendo a su amabilidad, aceptó el pañuelo y se secó las gotas que caían.

En respuesta, Yabunaga gruñó y señaló sin palabras con la barbilla hacia la entrada de la cafetería.

“¿Eh?”

Cuando Kaoruko se volvió para mirar, allí vio a Miyo asomándose a la habitación y observándolos a los dos.

“Has vuelto pronto.” Empezó Kaoruko después de hacer señas a la reticente Miyo para que entrara en la cafetería y le pidiera que se sentara a su lado.

Yabunaga había limpiado la taza que tenía delante, y en su lugar había dos tazas llenas de té verde caliente.

“Nos desviamos un poco en el camino de vuelta, así que no creo que lleguemos tan temprano...” Respondió Miyo vacilante mientras ladeaba la cabeza.

Kaoruko imaginó que habrían disfrutado juntos de un paseo amistoso después de su visita al hospital. Las heridas de su corazón se enconaron aún más.

Por mucho que se despreciara a sí misma por ser tan repugnante, no podía calmar sus celos.

“Um, Kaoruko.”

“¿Qué?”

“... Lo siento.”

Kaoruko se había preparado para lo que Miyo diría a continuación, pero no podía creer lo que oía cuando una disculpa salió de sus labios.

¿Por qué eres tú quién se disculpa?

Estaba más claro que el agua que Kaoruko era la que necesitaba disculparse. No Miyo.

Este pensamiento la irritaba cada vez más, aunque comprendía que su resentimiento era erróneo e injustificado. Se había esforzado por no revelar abiertamente los celos de su corazón, pero incluso eso empezaba a parecerle ridículo.

“¿Por qué?”

Su voz sonó más grave de lo esperado al preguntarle esto a Miyo.

Sin embargo, Miyo no pareció darse cuenta del estado en que se encontraba su guardaespaldas, y explicó con culpabilidad el motivo de su disculpa.

“Me equivoqué. Cuando me enteré de que habías sido una posible candidata matrimonial para Kiyoka, pensé tal vez..... um, que tenían una relación especialmente estrecha.”

Kaoruko cerró instintivamente la mano en un puño.

Cuánto deseaba tener ese tipo de relación especial de la que hablaba Miyo. ¿Cuántas veces había soñado con ello?

“Me equivoqué, y creo que... probablemente estaba celosa de ti, Kaoruko.”

En cuanto las palabras llegaron a oídos de Kaoruko, sus emociones brotaron de golpe.

“¿Por qué?!” Gritó Kaoruko, poniéndose en pie y tirando su asiento al suelo tras ella. Miyo se quedó sorprendida.

Su cara bonita molestó a Kaoruko aún más. Si todo era irracional o no, ella no podía mantener sus sentimientos bajo control.

“No te equivocaste en absoluto. No lo ignores así. Claro, no había una relación especial entre nosotros, pero... ¡pero sentía algo por él!”

“.....”

“Es duro consigo mismo y con los demás, pero fuerte y profundamente cariñoso con sus camaradas. Durante mucho tiempo, admiré al Sr. Kudou por todo esto. Me sentía atraída por él. Desde mucho, mucho antes de que tú aparecieras.”

Incapaz de controlar el torrente de emociones que brotaba de ella, Kaoruko abofeteó a Miyo con todo su descontento contenido.

“La razón por la que estabas celosa es porque yo te puse celosa. Fui la primera en envidiar, y a propósito traté de demostrar que entendía al Sr. Kudou mucho mejor que tú.”

Mencionó historias del pasado que Miyo probablemente desconocía y trató de hacer evidente la distancia que las separaba siempre que pudo.

Kaoruko conocía a Kiyoka desde hacía más tiempo, así que tenía más recuerdos de él que Miyo, y también sabía más sobre él.

No había sido capaz de aceptar que Miyo estaba en un lugar que ella nunca podría alcanzar.

“Kaoruko...”

“Entonces, ¿por qué te disculpas? ¿Qué se supone que debo hacer si te disculpas cuando soy yo la que está equivocada?”

Kaoruko estaba claramente tratando de encontrar cualquier falta que pudiera echarle a Miyo. Incluso alguien como Miyo se enfadaría y confundiría si le gritaran así.

La ira contenida, la tristeza y la culpa se mezclaron en el interior de Kaoruko. Sus emociones se convirtieron en un caos y cayó al suelo sin vida.

“Lo siento...”

Las palabras de disculpa salieron naturalmente junto con sus lágrimas. Trabajando en sí misma en la ira y las lágrimas, no podía soportar lo molesto y lamentable que estaba siendo.

Miyo empezó a hablar poco a poco mientras Kaoruko permanecía sentada, incapaz de levantar la cabeza y mirarla.

“Kaoruko, creo que probablemente sé cómo te sientes ahora mismo. Desde que te conocí, he sentido más celos de los que podía soportar.”

“..... ¿De qué? No hay nada que envidiarme.”

No había nada en ella de lo que Miyo debiera estar celosa. Sin embargo, sacudió lentamente la cabeza.

“Quería estar en pie de igualdad con Kiyoka como tú. No puedo luchar en absoluto, y todavía no puedo usar mi don muy bien. Por eso estaba tan celosa de ti, Kaoruko.”

Una mano ligeramente áspera y agrietada, muy alejada de la mano de la joven noble media, se extendió ante Kaoruko.

“¿Quieres volver a ser mi amiga?”

“.....”

“Puede que, después de todo, las dos nos parezcamos un poco. Pero estoy segura de que ambas nos pusimos tan celosas y frustradas porque cada una tiene algo de lo que la otra carece.”

Extendió la mano ante Kaoruko. La voz de Miyo, tan apacible como el agua en calma, se filtró en el pecho de Kaoruko, como si empezara a curar lentamente su destrozado corazón.

Aaah, realmente... no había ningún hueco para mí.

Desde el principio.

Se había dado cuenta hacía mucho tiempo. Que Miyo era más adecuada para estar al lado de Kiyoka y que era una mujer con la que Kaoruko nunca podría competir.

“... Es difícil entender a otras personas, pero a estas alturas ya nos hemos mostrado mucho la una a la otra. ¿No crees que eso nos permitirá acercarnos mucho más de lo que estábamos antes?”

¿Estaba bien que Kaoruko tomara esta mano?

Se quedó callada, incapaz de dar una respuesta.

Hay una cosa más que le estoy ocultando.

Si esto salía a la luz, Kaoruko ciertamente no iba a salir ilesa. Un secreto mucho más grave y perverso que la maldad que había dirigido a Miyo.

Si tomaba esa mano, Miyo podría convertirse en la amiga de una criminal.

Sin embargo, no pudo resistir la tentación. Antes de darse cuenta, había tomado la delicada mano de Miyo entre las suyas.

“Si puedes perdonarme, me gustaría seguir siendo amigas.”

Miyo sonrió suavemente ante las sinceras palabras de Kaoruko.

“Puedo. Estoy feliz de que sigamos siendo amigas, Kaoruko.”

Mientras sentía que iba a ser aplastada bajo la felicidad de su mutuo entendimiento y su fuerte sentimiento de culpa, Kaoruko, aún al borde de las lágrimas, le devolvió la sonrisa.

CAPÍTULO 5:

Sin Miedo

Arata saltó de un lugar a otro por toda la capital.

Tras prometer capturar a Naoshi Usui, se tomó un descanso de su trabajo público como negociador y se concentró en seguir el rastro de su objetivo.

La capital imperial se había vuelto notablemente más fría; el invierno estaba en pleno apogeo.

Su aliento salió en una nube blanca, y las puntas de sus dedos se volvieron menos flexibles y se entumecieron con el frío, incluso desde dentro de sus guantes.

Arata había recorrido por su cuenta los lugares que podían estar relacionados con su presa —ya fueran tierras vinculadas a la familia Usui o los alrededores de las bases de la Comunion de los Dotados expuestas anteriormente por los militares— y había reunido todas las pistas que pudo encontrar.

Sin embargo, por desgracia, aún no había conseguido ninguna información que pudiera apuntar a la ubicación actual de Usui.

Dicho esto, una cosa ha quedado bastante clara.

Se mezcló entre la multitud, acelerando el paso hacia su destino.

Usui podía adornar sus ambiciones todo lo que quisiera, pero al fin y al cabo, lo único que quería era derrocar al gobierno. En ese caso, había alguien a quien el hombre definitivamente pondría en su punto de mira.

El Emperador en persona.

Si Usui deseaba controlar el imperio a su antojo, tendría que manejar hábilmente al emperador —ya fuera matándolo o manteniéndolo con vida— y tomar su autoridad para sí.

Actualmente, quién realmente controlaba la nación era el Príncipe Imperial Takaihito , pero incluso Usui tendría problemas para llegar hasta él. El Ministerio de la Casa Imperial había reunido su poder colectivo para formar una barrera alrededor del joven gobernante.

No sólo repelía los Dones y las artes ocultas de naturaleza similar, sino también un tipo específico de materia. Sólo los que se encontraban dentro de la barrera podían alterar estas especificaciones, y una vez que establecieran que Usui era alguien a quien mantener fuera, le sería imposible atravesarla.

Arata seguía sin creer que esta protección fuera absoluta, pero no era nada despreciable.

En cuyo caso, primero había que hacer algo con el emperador. Al menos, eso pensaba Arata.

Aunque sigue existiendo la posibilidad de que intente apoderarse de Miyo antes de ir a por el Emperador.

En algunos sentidos, la seguridad de Miyo era incluso más estricta que la de Takaihito.

La estación de la Unidad Especial Anti Grotescos no sólo era una guarida de guerreros portadores de Dones, sino que actualmente tenía a su alrededor una barrera similar a la que rodeaba a Takaihito. Por muy poderoso que fuera el Don de Usui, le resultaría casi imposible ponerle las manos encima.

En otras palabras, si algo iba a salir mal, empezaría por el emperador.

El emperador residía en una pequeña residencia a las afueras del Palacio Imperial.

Aunque estaba en los mismos terrenos que la propia residencia de Takaihito, el emperador ya se había vuelto frágil, perdiendo su capacidad de movimiento y su Don de la Revelación Divina. En consecuencia, estaba menos vigilado que Takaihito.

Para erigir una barrera como la que rodeaba la residencia de Takaihito o la estación de la Unidad Especial Anti Grotescos, se necesitaban al menos diez o más practicantes, junto con otras tantas personas para mantenerla. Cuanto más ancha era la barrera, mayor era el número de practicantes necesarios para mantenerla, por lo que no era realista colocar una alrededor de ambos hombres.

Con la puerta del Palacio Imperial ya a la vista desde su posición, Arata recorrió la zona con la mirada.

¿Esos son...?

Como era de esperar, percibió varias anomalías mezcladas con los transeúntes habituales.

“¿Los usuarios de dones artificiales?” Se dijo Arata frunciendo el ceño.

Las presencias inusuales serían bastante difíciles de notar sin un Don. De hecho, los guardianes del Palacio Imperial no reaccionaron en absoluto.

Aun así, no puedo evitar decir que la respuesta del Ministerio de la Casa Imperial aquí es demasiado ingenua, tener este nivel de defensa mientras supuestamente se está en guardia contra la Comunión de los Dotados.

Como mínimo, era necesario que varios usuarios o practicantes de dones estuvieran de guardia.

Puede que el Ministerio de la Casa Imperial no comprendiera realmente lo peligroso que era Naoshi Usui, pero hablando sin rodeos, sus defensas estaban llenas de agujeros.

Hasta ahí llegaron los pensamientos de Arata antes de ser interrumpidos.

“¡¿Qué...?!”

Un automóvil singular se detuvo cerca de la puerta y un hombre frágil vestido con kimono, sostenido por algunos sirvientes, salió lentamente de los terrenos del Palacio Imperial.

Arata conocía muy bien a ese hombre. De hecho, Arata había hecho una vez un trato con él para promover sus ambiciones personales.

¡Su Majestad el Emperador...!

Ante esta sospechosa y ridícula escena del emperador flanqueado por unas pocas personas mientras salía del palacio, los guardias de la puerta parecían casi completamente ajenos a todo.

¿Está aquí? ¿Está Naoshi Usui cerca?

Usui debía de estar manipulando los sentidos de la vista de guardias y peatones.

En cuyo caso, el hombre debe haber estado en algún lugar donde pudiera ver directamente cómo se desarrollaba esta escena.

¿Dónde?

Aunque miró a su alrededor, Arata no vio a Usui. Si el don de Usui hacía imposible que otros detectaran su presencia, entonces no había nada que pudiera haber hecho para empezar.

Hay, al menos, algunos métodos para oponerse a los dones de la familia Usuba...

Los había encontrado estudiando minuciosamente todos los materiales de la Casa Usuba e investigando desesperadamente sobre el

tema. Como la información procedía de registros antiguos de la casa principal de los Usuba, era improbable que Usui los conociera.

Sin embargo, si Arata no utilizaba estos métodos con cuidado, existía la posibilidad de que Usui se diera cuenta de lo que estaba haciendo Arata e ideara formas de contrarrestarlos.

Mientras tanto, el emperador y los hombres que le acompañaban subieron al automóvil estacionado.

“¡Tsk!”

Arata chasqueó la lengua y creó algunos familiares.

Sea como fuere, al haber llegado a pie, Arata no tenía medios para perseguir al vehículo. Por ahora, su única opción era hacer que un familiar siguiera al automóvil mientras él mismo lo seguía, con retraso, por detrás.

Había creado dos familiares.

Uno utilizaba elaboradas artes de camuflaje y fue enviado para seguir al automóvil. El otro estaba marcado con el sello de los Usuba para dejar claro que procedía de Arata y fue enviado volando a la estación de la Unidad Especial Anti Grotescos portando una carta urgente de advertencia.

Con esto, Kiyoka debería ser espoleado a la acción de alguna manera.

Al ver que el automóvil arrancaba sin que nadie lo detuviera para interrogarlo, Arata echó a correr.

* * * * *

Habían pasado unos días desde que Miyo y Kaoruko decidieron reconstruir su relación desde el principio.

La estación había entrado de lleno en el invierno, pero la situación de Miyo seguía siendo la misma. Casi todos los días se desplazaba con Kiyoka a la estación de la Unidad Especial Anti Grotescos, donde se ocupaba de las tareas domésticas.

Mientras barría y limpiaba los pasillos, Miyo miró a Kaoruko que hacía el mismo trabajo un poco más lejos de ella.

Antes Kaoruko era toda sonrisas, así que por qué...

Había confesado estar celosa de Miyo y hacer cosas para hierirla. Miyo la había perdonado y había pensado que con ello, los problemas de Kaoruko habían quedado zanjados.

Sin embargo, aunque se mostraba valiente y dura, había momentos en los que Miyo percibía un destello de melancolía en su expresión.

Miyo tampoco podía decir que se sintiera realmente animada. No tenía forma de saber cuándo Usui podría aparecer ante ella, y sentía las frías miradas de los soldados dirigidas hacia ella. Tenía una montaña de problemas en la cabeza.

Sin embargo, Kaoruko parecía ansiosa y arrinconada.

En este día aparentemente tranquilo, uno como cualquier otro, se produjo un incidente justo antes del mediodía.

Miyo había terminado de limpiar y de ayudar en la cocina a preparar el almuerzo y estaba allí con Kaoruko.

Llenó la tetera de agua y, al poco rato, su silbido llenó la habitación.

“¿Crees que deberíamos saltarnos los pasteles de té? Pronto será la hora de comer y todo...”

“.....”

“¿Kaoruko?”

Se lo preguntó a Kaoruko, con la caja de dulces en la mano, pero no obtuvo respuesta. Cuando Miyo se giró para mirar a su amiga, la encontró con la mirada perdida, como si su mente estuviera en otra parte.

“Kaoruko.”

“¡¿Eh?! O-Oh, lo siento...”

Cuando Miyo volvió a dirigirse a ella, Kaoruko por fin se dio cuenta de que Miyo la estaba llamando por su nombre.

Kaoruko siempre abordaba el trabajo con seriedad, y Miyo sabía muy bien que nunca bajaba la guardia cuando actuaba como su guardaespaldas. Sin embargo, en aquel momento, su mente estaba claramente en otra parte.

La preocupación se apoderó del pecho de Miyo mientras se preguntaba qué la estaría molestando.

“Kaoruko, ¿te sientes mal?”

“N-No, en absoluto. Estoy bien.”

“Pero.....”

Si no se encontraba mal, ¿tenía algo en mente? Miyo quería preguntar, pero le resultaba difícil.

Kaoruko quería a Kiyoka. Desde mucho antes de que Kiyoka y Miyo se conocieran.

Sin embargo, la mujer que Kiyoka había elegido no era ella, sino Miyo. Por eso, Miyo dudó en involucrarse en los problemas de Kaoruko, a pesar de lo unidas que estaban.

Aunque consideraba que los problemas de Kaoruko no tenían nada que ver, no se sentía inclinada a buscar la respuesta.

“Siento haberte preocupado. Es tan tranquilo aquí, que probablemente dejé que mi mente divagara un poco. *Ja-ja-ja.*”

Se rio como siempre, pero de forma un poco torpe y forzada.

Sin embargo, si la propia Kaoruko hablaba así, debía de tener algo en la cabeza que ni siquiera una amiga íntima podría sacarle.

Quizás soy la única que siente que nos hemos hecho amigas.

Si es así, eso también sería bastante triste en sí mismo.

Finalmente, colocó tres tazas llenas de té verde en una bandeja y las dos se dirigieron al despacho de su prometido.

“Kiyoka, soy Miyo.”

Cuando llamó a la puerta y se anunció, enseguida oyó la respuesta de: “Adelante.”

Kiyoka estaba procesando una gran pila de documentos, como de costumbre.

Por el momento, la Comunion de los Dotados no había hecho ningún movimiento importante, pero la Unidad Especial Anti Grotescos seguía teniendo sus tareas habituales: ocuparse de cualquier incidente relacionado con criaturas sobrenaturales. Basta ya, en ese preciso momento, con que hubiera soldados de excursión para exterminar grotescos.

Debe estar muy ocupado...

Miyo colocó suavemente la taza de té encima de su escritorio.

“¿Por qué no descansas un poco, Kiyoka? Es casi la hora de comer.”

“Claro.” Respondió Kiyoka sin mucho entusiasmo, sus manos no mostraban signos de detenerse. Si Miyo seguía insistiendo, sabía que se interpondría en su trabajo.

Intercambió miradas con Kaoruko, y ambas mujeres se apartaron de alrededor de su mesa y se sentaron en el sofá del despacho.

“Agradable y cálido.”

El té verde caliente impregnó el cuerpo helado de Miyo. Sentada a su lado, Kaoruko también bebió lentamente sorbos de su taza de té, la gravedad que Miyo vio antes en su expresión desapareció por completo.

Fue entonces cuando llegó.

Kiyoka se levantó de repente y abrió de golpe la ventana.

“¿Kiyoka?”

Cuando levantó la vista para ver qué ocurría, vio que algo blanco entraba aleteando bruscamente por la ventana. Incluso Miyo lo había visto antes. Era un familiar de papel utilizado a menudo por los usuarios de dones para comunicarse entre sí.

El familiar voló una vez por la habitación, cabalgando el viento, antes de posarse en la mano abierta de Kiyoka.

Kiyoka recorrió inmediatamente con la mirada lo que Miyo supuso que era un mensaje escrito en el familiar.

“Esto no puede ser...”

Casi exactamente en el mismo momento en que miraba atónito al familiar, unos furiosos golpes llamaron a su puerta.

“¡Comandante! ¡Es Mukadeyama!”

“Adelante.”

Al entrar en la habitación, Mukadeyama parecía presa de un terrible pánico, con el rostro pálido.

“¡.....!”

Miyo oyó un grito ahogado y se volvió hacia Kaoruko.

“¿Kaoruko?”

“No es nada...”

A pesar de su insistencia en que se encontraba bien, tanto la voz como las manos de Kaoruko temblaban hasta un punto escandaloso. Era obvio para Miyo que estaba aterrorizada.

¿Sabe Kaoruko algo que yo no sepa?

Tal vez estaba ocurriendo algún incidente importante que no concernía en absoluto a Miyo, y ella sola no se había dado cuenta de la gravedad de la situación. Aunque no era del todo descartable, algo seguía pareciéndole extraño.

Sin embargo, sus pensamientos se interrumpieron.

Kiyoka golpeó ferozmente su escritorio con la mano, y el fuerte sonido reverberó por toda la oficina.

“¡Cómo se atreven a ponerle una mano encima a Su Majestad...!”

Su gruñido grave reflejaba rabia.

¿Le ha pasado algo a Su Majestad?

Actualmente, el emperador estaba básicamente confinado lejos bajo las órdenes del Príncipe Imperial Takaihito. Sin embargo, el hombre estaba estrechamente ligado al destino de Miyo.

¿Había empezado por fin Naoshi Usui a mover ficha?

Al ver las caras serias de Kiyoka y Mukadeyama, la ansiedad de Miyo hizo que su corazón empezara a latir con fuerza en el pecho.

“Actualmente estamos investigando el paradero de Su Majestad. Tan pronto como encontremos...”

“No, Usuba estaba en el Palacio Imperial cuando sucedió y está en persecución. Deberíamos saber a dónde se dirigen a su debido tiempo.”

Por Usuba, Miyo supuso que se refería a Arata.

Hacía tiempo que no lo veía personalmente, pero supuestamente había estado persiguiendo a la Comunion de los Dotados por su cuenta. Eso significaría que Usui y la Comunion de los Dotados *habían* hecho su jugada después de todo.

Miyo contuvo la respiración y escuchó su conversación.

“..... ¿Podemos confiar en él?”

El rostro de Mukadeyama se agrió en cuanto se invocó el apellido de Arata.

“¿Crees que es sospechoso?”

“No sé mucho sobre Usuba como individuo. Como tal, creo que es natural para mí imaginar la posibilidad de que Usui y Usuba estén conspirando juntos.”

Miyo tuvo la sensación de que Mukadeyama la había mirado durante una fracción de segundo.

Pensó que había hecho todo lo posible para demostrarle su valía, pero parecía que aún no había sido suficiente para ganarse su confianza. Ese era el significado de su mirada.

Kiyoka no le dijo nada a Mukadeyama. En lugar de eso, se sumió en sus pensamientos, con una expresión grave en el rostro.

Algo le pasó al emperador, y Arata está tras su pista.

En ese caso, ¿qué pasa con Kiyoka? ¿Y la Unidad Especial Anti Grotescos?

Antes de darse cuenta, se había interpuesto entre la conversación de Mukadeyama y Kiyoka.

“Estaré aquí, Kiyoka. Si Su Majestad te necesita...”

“Miyo.”

Su sobreprotector prometido frunció el ceño y negó con la cabeza.

“Pero creo que Su Majestad necesita su ayuda.”

La idea de separarse de Kiyoka mientras ella misma era el objetivo la inquietaba sobremanera. Sin embargo, como usuarias de dones, en

deuda con las palabras del emperador, no podía quedarse cruzada de brazos y no hacer nada cuando su señor estaba en peligro.

Esa era la respuesta a la que había llegado Miyo, pero Mukadeyama frunció el ceño en señal de desaprobación.

“Por favor, conoce tu lugar. Este no es un problema en el que una extraña como tú deba intervenir.”

Miyo se puso rígida por reflejo ante su dura respuesta.

“..... Mis disculpas.”

Mukadeyama tenía razón. Fue insolente por su parte expresar sus opiniones sobre su trabajo militar.

Cuando lo pensó mejor, tanto Kiyoka como Mukadeyama sabían perfectamente que debían acudir en ayuda del emperador. Dado que se enfrentaban a la Comunión de los Dotados, la Unidad Especial Anti Grotescos, capaz de oponerse a ellos con poderes sobrenaturales propios, era la única que podía detenerlos.

Realmente había sido un arrebató totalmente innecesario.

Kiyoka empezó a hablar lentamente.

“Mukadeyama.”

“Sí, señor.”

“Quédate aquí. Dejo las defensas de la estación en tus manos.”

“¡Que—!”

Mukadeyama abrió los ojos ante la orden de su superior.

“¿Por qué, señor?! Entiendo que defender la estación es importante, ¡pero yo también he estado rastreando a la Comunidad de los Dotados! ¡Lo lógico sería que mi unidad le acompañara!”

Ante los gritos de su subordinado, Kiyoka mantuvo una calma extrema.

“Te lo confío porque es muy importante. ¿Alguna objeción?”

“No, señor...”

Mientras Kiyoka hablaba, le dio unas palmaditas en el hombro a Mukadeyama, con el rostro retorcido por la frustración, y le susurró algo al oído.

Miyo se dio cuenta de que la mirada sorprendida de Mukadeyama se desviaba hacia Kaoruko, que esperaba entre bastidores detrás de ella.

¿Kaoruko...?

Permaneciendo en silencio todo este tiempo, Miyo se volvió para mirar y se quedó igual de perpleja.

Kaoruko ni siquiera se había dado cuenta de las miradas que Miyo y Mukadeyama le dirigían. Su rostro se había vuelto mortalmente pálido mientras miraba al suelo, temblando sutilmente.

Miyo pensaba que había estado actuando un poco raro, pero esto era demasiado anormal.

“Kaoruko, tienes un aspecto horrible. ¿Quizás deberías tomarte un tiempo para descansar en la sala de primeros auxilios?”

Cuando Miyo habló, incapaz de permanecer callada, Kaoruko levantó perezosamente la cabeza.

“Estoy bien.”

Su tono era débil y sus labios temblaban.

Miyo seguía preocupada, pero tenía las manos atadas si la propia Kaoruko insistía en que estaba bien.

¿Quizás al líder de escuadrón Mukadeyama también se le encargó quedarse para cuidar de Kaoruko?

Mientras Miyo rodeaba a la otra mujer con el brazo para sostenerla, miró a los otros dos: Mukadeyama lanzaba un suspiro resignado y Kiyoka asentía levemente con la cabeza.

“Vuelve a comprobar dónde están desplegados los guardias, Mukadeyama. Organizaré el escuadrón para perseguir a Su Majestad.”

“Entendido.”

Mukadeyama salió rápidamente del despacho.

Kiyoka tomó el sable de su posición vertical y se lo ató a la cintura, se envolvió en su abrigo de invierno y se acercó a Miyo.

“Jinnouchi, debes seguir las órdenes de Mukadeyama y trabajar para proteger la estación.”

“... Sí, señor.”

Kaoruko, con el rostro aún pálido, salió del despacho con pasos temblorosos e inseguros. Parecía tan indefensa que a Miyo le dio un vuelco el corazón.

“Miyo.”

“¿Sí?”

Tras ver partir a Kaoruko, Miyo se volvió hacia su prometido.

“Ya lo has oído todo. Saldré de la estación. La barrera sigue en pie, pero no puedo garantizar que aguante para siempre. Por favor, ten cuidado... Perdóname por no poder quedarme a tu lado.”

“No lo sientas. Lo comprendo.”

Estaba asustada. Imaginarse de nuevo cara a cara con Naoshi Usui la aterrorizaba.

Sin embargo, ya había tomado una decisión. Tenía que aceptar que algunas cosas no eran posibles. Por eso Miyo haría todo lo que estuviera en su mano, aunque careciera de fuerza para luchar, para asegurarse de que Kiyoka pudiera volver a casa con tranquilidad.

Miyo aplacó su miedo y sonrió.

“Estaré aquí, esperando tu regreso a salvo. Así que ve, Kiyoka, pero por favor, ten cuidado.”

Sacó los brazos, la atrajo hacia sí y la envolvió con ellos.

Sus brazos eran poderosos pero muy suaves.

“No quiero dejarte.”

“..... Kiyoka.”

No se avergonzó lo más mínimo. Miyo se dejó llevar por sus sentimientos y rodeó con sus brazos la espalda de Kiyoka.

“Si algo te pasara, yo...”

Puede que Kiyoka fuera temido como un soldado despiadado, pero incluso él tenía cosas que temía.

El terror era el mismo para todos.

Durante unos instantes, como para confirmarse mutuamente su existencia, como si rezaran, se abrazaron en silencio.

Kiyoka, acompañado por dos escuadrones, partió de la estación de la Unidad Especial Anti Grotescos.

Miyo, junto con Kaoruko y Mukadeyama, así como los hombres de su escuadrón, se atrincheraron en el dojo y permanecieron a la espera.

Fuera, otro escuadrón vigilaba la puerta de la estación.

Kaoruko parecía haberse calmado bastante en comparación con antes, pero el color seguía desapareciendo de su rostro y permanecía callada.

“Te pediré que te asegures de no actuar fuera de turno.” Advirtió duramente Mukadeyama a Miyo.

Aunque él sentía que Miyo y los Usuba no eran de fiar, ella se dio cuenta de que, más allá de eso, su advertencia provenía de su fuerte

sentido de la responsabilidad hacia el deber que se le había encomendado.

Miyo asintió sin rechistar.

Llevaba en la mano un amuleto protector que le había dado Kiyoka. Al parecer, era una versión mejorada y más fuerte del que él le había dado anteriormente. Aunque no había explicado cómo y dónde se había reforzado, ni qué clase de efecto tenía.

Miyo se sentó sobre sus piernas en el centro del dojo mientras los miembros del escuadrón la rodeaban en un anillo defensivo. Sólo había una entrada al edificio. Todos tenían los ojos fijos en ella para asegurarse de no pasar por alto ni el más mínimo cambio.

Miyo apretó el amuleto entre sus manos, rezando a los dioses.

Estará bien. Todo estará bien.

Seguro que Kiyoka volvería pronto a su lado. Mientras ella esperara aquí hasta que él lo hiciera, podrían volver a sus antiguas vidas cotidianas.

El dojo estaba en silencio.

Todos los presentes contenían la respiración, e incluso Miyo podía notar su concentración, aguzando el oído para percibir cualquier posible anomalía.

Entonces, sus oraciones fueron en vano, el silencio se rompió.

“¡La barrera se ha roto!”

Al grito de Mukadeyama, todos se pusieron en pie y montaron guardia.

Miyo se levantó un poco más despacio que el resto, con los miembros agarrotados por los nervios.

¿La barrera? ¿Cómo?

Kiyoka no había afirmado que la barrera fuera absolutamente impenetrable. Pero este era el peor escenario posible. La posibilidad de que una barrera tan rígida se rompiera era casi nula.

“Vaya, vaya, vaya, no esperaba que estuvieran todos aquí y que me dieran una bienvenida tan ardiente.”

En cuanto oyó la voz, el corazón de Miyo latió con fuerza en su pecho.

* * * * *

Kiyoka dirigió a los miembros de su escuadrón y corrió hacia el lugar que le había indicado Arata.

El emperador no estaba en su residencia.

Cuando Kiyoka recibió una nota de Arata en la que se leía: «Fui testigo de la salida del emperador del Palacio Imperial», y cuando supo por Mukadeyama que Takaihito se había puesto en contacto con ellos, dudó de sus propios ojos y oídos. Pensó que debía haber algún tipo de error.

Pero la combinación de una alocución directa del propio Takaihito y el mensaje de Arata confirmaron sin lugar a dudas que algo le había ocurrido al emperador.

Una vez involucrado el emperador, Kiyoka también tendría que involucrarse, ya que era comandante de una unidad.

“Usuba, ¿cuál es la situación actual?”

Cuando llegó al lugar designado con sus hombres a cuestas, Arata ya estaba allí esperando.

“Su Majestad está por este camino.”

Arata señaló hacia la calle principal que se extendía en dirección al mar. Cuando Kiyoka consideró que el destino del emperador, o mejor dicho, el destino de quienes lo habían capturado, implicaba el mar, no pudo evitar que sus pensamientos tomaran la peor dirección posible.

Si escapaban a un barco, sería difícil perseguirlos.

“Por lo que parece no tienen intención de asesinar a Su Majestad. Tengo la impresión de que lo tratan con el mayor respeto posible. Tampoco parece que se dirijan hacia el puerto. Es sólo una suposición, pero creo que se dirigen a la residencia de vacaciones de la familia imperial.” Conjeturó Arata, tras compartir la visión del familiar que les seguía.

Ni siquiera Kiyoka puso objeciones a su valoración.

Tal y como estaban las cosas, ni Usui ni la Comunión de los Dotados tenían nada que ganar asesinando al emperador. El único motivo que se le ocurrió fue que Usui le guardaba rencor, ya que él había creado las circunstancias que llevaron a Usui a separarse de Sumi Usuba.

¿Están usando la casa de vacaciones como escondite?

La residencia de vacaciones de la familia imperial estaba bajo la jurisdicción del Ministerio de la Casa Imperial.

Las actividades de Houjou demostraron que había grietas en la vigilancia de los usuarios de dones, por lo que Kiyoka supuso que debía asumir que la influencia de la Comunión de los Dotados ya se estaba extendiendo dentro del gobierno.

“¿Has visto a Usui?”

“En este momento, no. Sin embargo, cuando el Emperador fue conducido fuera del palacio, estaba claro que el Don de Usui estaba en acción. Es seguro decir que él está involucrado en esto de una forma u otra.”

Al oír todo esto, Kiyoka se llevó la mano a la barbilla y se puso a pensar.

¿Realmente deberían seguir persiguiendo al emperador? Una demanda del propio Takaihito significaba que tenía que obedecer sus deseos. Sin embargo, no podía evitar sentir que estaba cayendo en una trampa.

Usar al Emperador como cebo para ir tras Takaihito y Miyo. Definitivamente es una posibilidad.

Por eso, en la estación, había dejado a Mukadeyama al mando, alguien con excelentes habilidades en quien podía confiar. Él era la siguiente mejor persona con Godou indispuerto.

Aunque si Usui llegara a atacar la estación, nadie tendría ninguna oportunidad sin usuarios de dones de la habilidad de Kiyoka o Arata. Pondría a toda la estación bajo su control casi de inmediato. En ese sentido, Mukadeyama y Kaoruko aún no eran lo suficientemente fuertes para el trabajo.

Por lo tanto, una situación en la que tanto Kiyoka como Arata fueran apartados para perseguir al emperador era menos que ideal.

“Mayor, ¿por qué no regresa a la estación?”

Justo entonces, Arata abordó este mismo tema.

Kiyoka no conseguía leer ninguna de las emociones que se escondían tras la inescrutable expresión de Arata. Incluso desde que supo que el hombre que decía ser el fundador de la Comunión de los Dotados era Naoshi Usui, el carácter de Arata había cambiado. O mejor dicho, había abandonado su fachada.

“... Eso es imposible. Yo fui la persona puesta a cargo aquí. No puedo abandonar la escena.”

Kiyoka comprendió que Arata pensaba como él, pero no pudo aceptar la propuesta.

“Pero seguramente usted mismo comprende, Mayor, que existe la posibilidad de que el secuestro de Su Majestad sea sólo una finta. En realidad, esa forma de decirlo podría no aplicarse realmente a esta situación, ya que obtener el control del emperador, y por extensión de todo el propio imperio, es probable que sea igual de beneficioso para ellos. Dicho esto, su verdadero objetivo es probablemente...”

“Miyo.”

A su pesar, la voz de Kiyoka salió en un gruñido bajo.

“Exactamente. Aunque Usui está distanciado de los Usuba, se ha empecinado en mi familia más que en ninguna otra. Por eso Miyo tiene un valor inconmensurable para él.”

Haciendo una pausa, Arata se volvió hacia Kiyoka.

“Su decisión, Mayor.”

En los ojos de Arata había un fuerte brillo de resolución.

Cuando le miró, Kiyoka empezó a sentirse patético por estar atado por su deber, incapaz de declarar inmediatamente que protegería a Miyo. Sin embargo, Kiyoka había tomado la decisión de alistarse en el ejército a sabiendas de que eso podría llevarle a tales apuros.

“Yo...”

No voy a volver a la estación.

Fue justo cuando las palabras estaban a punto de salir de sus labios. Un único vehículo militar, que se acercaba a ellos a gran velocidad, se

detuvo de repente frente a Kiyoka y los demás, haciendo chirriar los frenos.

“¿Quién es?”

No había oído hablar de nadie más que los que ya estaban allí reunidos.

Tras preguntar por su identidad, un hombre corpulento vestido con uniforme militar salió del automóvil.

“Soy yo, Kiyoka.”

“¿¿Mayor General, señor...?!”

Ese físico grande y corpulento era sin duda el hombre que supervisaba toda la Unidad Especial Anti Grotescos, el mismísimo Masashi Ookaito.

Ookaito se alzó imponente frente al grupo de Kiyoka y ladró sus órdenes.

“Esta es una orden del Príncipe Takaihito. Mayor Kudou, debe regresar inmediatamente a la estación de la Unidad Especial Anti Grotescos. Todos los demás estarán bajo mi mando a partir de este momento. Perseguiremos a los rebeldes que han secuestrado a Su Majestad.”

“Pero, Mayor General, señor.”

La orden era más de lo que Kiyoka podía pedir, pero todo eso era razón de más para que le pareciera increíble. No pudo evitar hablar.

En respuesta a la objeción de Kiyoka, que normalmente habría merecido una amonestación, Ookaito sonrió.

“El Príncipe Takaihito me ha ordenado que te pida disculpas en su nombre. Decirte que persigas al Emperador fue un error. Me dijo que sentía haber llegado tarde con las órdenes basadas en su Don.”

Esta orden había llegado a Kiyoka como resultado de la Revelación Divina de Takaihito. En otras palabras, significaba que a través de su clarividencia, Takaihito había visto un futuro en el que la presencia de Kiyoka era necesaria en la estación.

Después de todo, el objetivo de Usui había sido Miyo.

“Entonces humildemente haré lo que el Príncipe Takaihito desea.”

Kiyoka hizo una leve reverencia a Ookaito y se dio la vuelta.

“Mayor, por favor mantenga a Miyo a salvo.”

Respondiendo al general de división con una pequeña inclinación de cabeza, Kiyoka se marchó solo al lado de su prometida.

* * * * *

Palabras como *asombrada* o *sorprendida* se quedaban cortas para expresar la conmoción de Miyo en aquel momento.

Oyó la voz de alguien a quien no podía ver, alguien que no debería haber estado allí.

“He venido por ti, Miyo.”

Se le cortó la respiración al oír su nombre.

A pesar de que la voz se oía desde un lugar muy cercano, no tenía ni idea de dónde se encontraba su dueño, Naoshi Usui. La inquietante voz le produjo un escalofrío.

De repente, Mukadeyama y Kaoruko se pusieron delante de Miyo para protegerla; no podían hacer nada contra un oponente al que no podían ver.

“¡Naoshi Usui! ¡¿Dónde estás?! ¡Muéstrate!” Tronó Mukadeyama. En una inesperada muestra de obediencia, el dueño de la voz se reveló.

Poco a poco, el contorno del cuerpo de un hombre fue apareciendo hasta solidificarse en forma humana sobre el fondo vacío.

Cabello corto, castaño oscuro y gafas redondas. No se podía negar: el hombre estaba allí mismo, vistiendo un abrigo invernal sobre su *hakama*, con el mismo brillo feroz en los ojos.

“Gracias por la calurosa bienvenida. Pensé que sería más fácil colarse, pero la seguridad era mucho más estricta de lo que calculaba. Supongo que no debería esperar menos de Kiyoka Kudou.”

Usui se rio como si algo le divirtiera, erizando la piel de Miyo. El sonido de alguien tragando sonó con fuerza en sus oídos.

Sin que nadie lo supiera, la puerta que comunicaba el dojo con el exterior se había abierto de par en par. Usui había utilizado su don para infiltrarse en la estación delante de sus narices.

Menos de una docena de largas zancadas le separaban de Miyo.

Aunque de momento había dejado de avanzar, todos en la sala estaban esencialmente a su merced. No podían permitirse ni el más mínimo movimiento.

¿Qué se supone que debo hacer?

El objetivo de Usui era Miyo. A este paso, todos los soldados de la Unidad Especial Anti Grotescos tendrían que arriesgarse por ella.

Dado que Kaoruko y Mukadeyama habían recibido el encargo de custodiarla, afirmarían que los soldados estaban dispuestos a dar la vida. Aunque eso era cierto, ¿significaba eso que todo lo que Miyo podía hacer ante el peligro era sentarse tranquilamente y observar cómo otras personas daban su vida para protegerla?

“¿Exactamente cómo has entrado?” Preguntó Mukadeyama a Usui, tratando de ganar tiempo.

Aunque Usui seguramente se dio cuenta de la verdadera intención del hombre de alargar las cosas todo lo posible, se limitó a entrecerrar los ojos, divertido.

Miyo apenas podía creer las siguientes palabras que salieron de su boca.

“Es muy sencillo. Alguien dentro de la estación manipuló la barrera y me dejó pasar.”

“¿Qué...? ¿Qué clase de tontería es esa...?”

“Odio ser portador de malas noticias, pero es bastante cierto. Aunque entiendo por qué no querrías creerlo.”

Miyo se rodeó con los brazos y trató desesperadamente de controlar sus temblores.

No sabía cómo funcionaba la barrera. Sin embargo, para ella estaba bastante claro que Usui estaba insinuando que había un traidor en la Unidad Especial Anti Grotescos.

“¿Intentas decir que uno de los nuestros se ha estado comunicando en secreto con la Comunión de los Dotados?”

“Exacto. ¿Fue demasiado difícil para ustedes meterse eso en la cabeza?”

“Imposible...”

“Quizá quieras mirar la realidad que tienes delante. El simple hecho de que esté aquí debe significar que alguien me dijo cómo romper su barrera.”

Mukadeyama guardó silencio, frustrado y furioso. La sonrisa de Usui se ensanchó al verlo.

“¿Quieres que te revele cómo entré?”

“.....”

Lentamente, volvió sus ojos llenos de malicia hacia el colaborador.

Al principio, Miyo pensó que la estaba mirando. Sin embargo, se equivocaba.

¿Qué.....?

La mirada de Usui se clavó en Kaoruko.

“Kaoruko Jinnouchi. Gracias por su cooperación.”

Un revuelo recorrió el aire.

Miyo sintió que su mente se quedaba totalmente en blanco.

Olvidando por completo al poderoso enemigo que tenían ante ellos, los soldados se inquietaron y ella pudo oír cómo cuchicheaban entre ellos.

“Kaoruko, ¿por qué?”

Antes de darse cuenta, Miyo verbalizó su aturdida confusión.

Kaoruko sacudió los hombros con sorpresa antes de girarse gradualmente para mirar a Miyo detrás de ella. Su rostro, de una belleza galante, estaba más pálido que una hoja de papel.

“Y-Yo...”

“¿Es cierto, Jinnouchi?”

Mukadeyama también la presionó, resultándole imposible ocultar la agitación en su voz. Sus labios temblaron mientras respondía, con todo su cuerpo agitado por la desesperación.

“Yo, um...”

“Adelante, diles la verdad. Tanto las instrucciones que te di como la situación en la que te puse. Puede que entonces simpaticen contigo.”

“.....”

Kaoruko permaneció en silencio, mordiéndose los labios temblorosos y agachando la cabeza.

Todos la miraron con la respiración contenida. Esperaban sus siguientes palabras, sin querer creer lo que fuera a decir a continuación.

Pero callar en esta situación no era diferente de afirmar.

El rugido de Mukadeyama resonó por todo el dojo.

“¡Jinnouchi! ¡Di algo, defiéndete!”

“Yo... yo..... no puedo decirlo.”

Kaoruko negó con la cabeza, temblorosa.

Usui se deleitaba observando desde la distancia cómo Miyo y los demás luchaban entre ellos.

“Honestamente, uno pensaría que decirles «no puedo decirlo» es básicamente una admisión de culpa. Yo que tú les contaría toda la historia.”

Kaoruko apretó los dientes ante la burla de Usui. Al momento siguiente, alzó la voz.

“Sí... ¡Sí, es la verdad! ¡¡Saboteé la barrera, tal y como me dijiste!! ¡¿Y qué hay de tu promesa?! ¡¿Está mi padre a salvo?!”

Todos los presentes se quedaron sin palabras al ver a Kaoruko interrogar a Usui, con el rostro aun mortalmente pálido. Incluso Mukadeyama se quedó sin palabras mientras la miraba fijamente.

Como si quisiera apartarse de sus desconcertados camaradas, Kaoruko mantuvo la mirada fija en Usui.

“Por supuesto, tu padre y el dojo de tu familia están ilesos. Después de todo, desde el principio nunca les hice nada.”

“¿Q-Qué...?”

“Mentí sobre tomar a tu familia como rehenes. El hecho de que cayeras tan fácilmente me ahorró muchos problemas.”

Esta parte de la conversación fue suficiente para que Miyo supusiera que algo había ocurrido con Kaoruko y sus seres queridos.

Tras llegar a la capital, Usui debió convencerla de que tenía a su familia como rehén, la amenazó y la obligó a obedecer sus órdenes de sabotear la barrera y dejarle entrar en la estación.

No es de extrañar que pareciera tan ida desde que supieron que el emperador había sido secuestrado.

Kaoruko sabía que entonces Kiyoka dejaría atrás la estación y llegaría Usui.

Qué horror...

Debió de sentir tanta angustia al verse obligada a traicionar a sus camaradas y a que utilizaran las vidas de su familia como escudos contra ella. A Miyo le dolía el pecho al pensar que había pasado todos y cada uno de los días albergando un dolor tan intenso en su interior.

Miyo era el objetivo. Pero eso no significaba que estuviera resentida con Kaoruko.

“E-Entonces, ¿qué.....? ¿Q-Qué sentido tenía todo esto...?”

A Kaoruko se le doblaron las piernas. Nadie tenía palabras que pudieran darle en ese momento.

Sólo Mukadeyama estalló de ira, fulminando con la mirada a Usui.

“¿Cómo te atreves a jugar con los corazones de la gente...?”

“*Ja-ja-ja*. Sólo me estaba divirtiendo un poco. Ciertamente no es nada por lo que enfadarse tanto.”

Había algo raro en este hombre. Miyo pensó en el pasado que había visto en sus sueños.

¿De verdad había amado su madre a un hombre así? No. Miyo sabía que eso era imposible. Aunque fuera incapaz de recordar el aspecto de Sumi, sabía que su madre tenía un corazón empático y compasivo.

De lo contrario, nunca habría sellado el don de Miyo para protegerla de los Saimori.

Hizo llorar a Kaoruko.

Usui hizo daño a la gente a propósito. Este era el hombre que quería llegar a lo más alto, gobernar el imperio. La mera idea de esta terrible visión del futuro ponía los pelos de punta a Miyo.

Su sonrisa de diversión permaneció intacta.

“Todos ustedes han montado un pequeño espectáculo bastante entretenido para mí. Pero creo que ya es hora de que consiga lo que vine a buscar...”

“¿Crees que te dejaré, bastardo?!”

Ni siquiera la réplica asesina y enfurecida que Mukadeyama ladró a Usui logró inquietarle lo más mínimo.

“Será bastante sencillo.”

Lentamente, Usui sacó una espada corta del bolsillo del pecho de su abrigo y la desenvainó. Luego empezó a caminar hacia delante.

Mukadeyama, con un sudor frío recorriéndole el cuerpo, sacó el sable que llevaba en la cadera. En respuesta, todos los demás soldados desenvainaron sus sables al unísono.

“Señorita prometida, nos enfrentaremos a él y ganaremos tiempo, así que por favor use la apertura para huir.”

Miyo miró sorprendida la espalda de Mukadeyama.

“Pero...”

“Ese es nuestro trabajo. Todos estamos aquí para asegurarnos de que no te lleven. Tú también tienes que prepararte. ¿Cuál es *tu* trabajo aquí?”

Mi... trabajo...

Huir, aunque fuera sola. Seguramente era la única respuesta que Mukadeyama tenía en mente.

¿Realmente... realmente estoy de acuerdo con eso?

Si Miyo abandonaba el dojo, Usui mataría a todo el que se interpusiera en su camino para perseguirla. Pero, ¿qué pasaría después de que ella escapara?

No podía permitirse ser capturada. Ella lo entendía.

El poder de la Visión Onírica era peligroso. Si era capturada y amenazada como Kaoruko, terminaría usando su Don para ayudar a la Comunión de los Dotados.

“Bien, supongo que tendré que matarte primero.”

Con una alegre sonrisa en los labios, Usui preparó su espada corta con movimientos practicados.

“No esperes que caiga fácilmente.”

“Hmm, ya lo veremos.”

La espada corta de Usui y el sable de Mukadeyama chocaron, emitiendo un agudo acorde metálico. Sin embargo, este único cruce de espadas decidió el combate demasiado pronto.

“¡¿Q-Qué.....?!”

El sable en manos de Mukadeyama se hizo añicos en la empuñadura y la hoja cayó al suelo. Fue casi demasiado rápido para que Miyo pudiera verlo.

“Débil.” Murmuró Usui.

Con mirada belicosa, lanzó su espada corta hacia la garganta de Mukadeyama. Evadiendo la rapidísima estocada, que sólo le rozó el hombro, Mukadeyama lanzó una fuerte patada giratoria en represalia.

“Parece que tu don fortalece tus habilidades físicas, o algo por el estilo. Uf, eso estuvo cerca.”

Aunque había esquivado la patada, Usui retrocedió varios pasos y volvió a poner espacio entre ellos.

A este paso...

Miyo observó su entorno.

La primera persona en cruzarse con Usui, Mukadeyama, ya había sufrido una herida en el hombro. Aunque su herida no parecía grave, manaba sangre de ella; si no se le atendía, no tardaría en perder todo el movimiento de su brazo.

Kaoruko seguía sin fuerzas, agachada con la cabeza en el suelo. Era natural. Había traicionado a sus camaradas contra su voluntad. No estaba en condiciones mentales de levantarse y luchar.

El miedo se mostraba en los rostros de los usuarios de los dones con los sables desenvainados a todos los lados de ella.

Incluso una aficionada como Miyo podía darse cuenta de que, a este paso, estaban a merced de Usui, que jugaría con ellos hasta que decidiera ponerle fin al asunto. Y no podría culpar a nadie más que a sí misma por ello.

¿Qué puedo hacer al respecto?

Incluso si pudiera hacer algo, ¿actuar por su cuenta no se interpondría en el camino de los demás?

Después de pasar un tiempo agonizante vacilando, cedió al calor del momento y se movió, esencialmente por impulso.

“¡Tonta...!”

Miyo saltó delante de Usui cuando este intentaba de nuevo acercarse a Mukadeyama. Le oyó reprochárselo por detrás, pero lo ignoró.

“Basta.” Declaró, extendiendo los brazos.

Miyo estaba mucho más tranquila de lo que había pensado al principio. Su corazón latía casi dolorosamente rápido y las puntas de sus dedos se habían vuelto heladas, pero su voz era directa e inquebrantable.

Usui curvó los labios hacia arriba antes de detener su avance y bajar la punta de su espada corta.

“Miyo, ¿has decidido unirme obedientemente a tu padre?”

“No. No te reconozco como mi padre. Ni voy a cooperar con alguien que puede mantenerse al margen y hacer daño a los demás con una sonrisa.”

“... Ya veo. Entonces, ¿por qué saliste delante de mí?”

Usui asintió, como si incluso el rechazo de Miyo le pareciera divertido.

Le preocupaba un poco si las palabras llegarían o no a un hombre como él. Sobre todo estando asustada. Sin embargo, de todos en el dojo, ella era la que menos probabilidades tenía de morir aquí. Si alguien iba a resultar herido, era mucho mejor que ella se pusiera delante para protegerle si eso significaba que no tendría que ver a Kiyoka lamentándose de que sus hombres volvieran a resultar heridos.

¿Aparecerá la ayuda si puedo ganar algo de tiempo como hizo antes el líder de escuadrón Mukadeyama?

Aunque no quería que nadie resultara herido, tampoco iba a permitir que Usui la capturara. Sin embargo, no tenía tiempo para pensar en un plan, y no tenía forma de saber si la ayuda estaba en camino o no.

Con tantas cosas aún desconocidas para ella, respondió cuidadosamente a las preguntas de Usui.

“Porque tú..... no me matarás.”

“Una observación astuta. Un nauseabundo y espléndido acto de abnegación. Qué admirable.”

“.....”

“Pero tú querido padre *odia* ese tipo de cosas.”

Un escalofrío le recorrió la espalda.

Si ella le disgustaba, era seguro afirmar que mataría a todos. Aunque Miyo estaba a salvo porque su poder de la Visión Onírica era útil para Usui, junto con el hecho de que él la consideraba su hija, incluso ella podía perder la vida si él cambiaba de opinión.

¿Qué debía hacer? ¿Debía seguir rechazándolo o empezar a complacerlo?

Usui continuó hablando, sin prestar atención a los angustiados pensamientos de Miyo.

“Tu madre, Sumi, era igual. Casándose con una familia de mierda como los Saimori, alegando que era por el bien de los Usuba. Es una estupidez. No, es más que estúpido, es repugnante.”

Mientras se agarraba el estómago y cacareaba, algo siniestro y negro pareció arremolinar en sus pupilas. Tenía un peso espeso y pantanoso, como fuego surgiendo de humo negro y sólido.

Mi madre no era tonta en absoluto.

Sólo quería proteger a los demás: a la familia Usuba, a punto de ser echada a la calle, la vida de su familia, la vida que iba a vivir su hija.

Miyo no sabía mucho de su madre, pero estaba claro que entendía esto de ella. Porque ella misma era igual.

Ahora lo veo, así que debe ser eso.

Las cosas que Usui había sido incapaz de hacer. Las cosas que ahora perseguía, habiendo creado para ello una organización como la Comunidad de los Dotados.

Estos dos también debían ser iguales.

Miyo respiró hondo y fulminó con la mirada al hombre que decía ser su padre.

“Nunca podré ser tu hija, y nunca apoyaré tus ideales.”

“Entonces, ¿tampoco me necesitas?”

“¿Mi madre también dijo eso?”

“Cállate... Parece que necesitas más educación.”

Usui gruñó mientras se arrancaba el cabello con la mano abierta. Parecía que Miyo ya no podía ganar tiempo.

Sin embargo, en algún lugar de su corazón, sintió alivio.

La reacción de Usui dejó a Miyo segura de que su padre era en realidad Shinichi Saimori. No el hombre que tenía delante.

Nunca imaginó que llegaría un día en que se sentiría agradecida por haber nacido en el seno de la familia Saimori, de la que tanto había deseado escapar. Sin embargo, ahora se sentía indudablemente aliviada, agradecida de saber que los días que había pasado con la familia Saimori no se habían construido todos sobre una mentira.

Decidida, continuó hablando.

“Si me sacas de aquí, eso no salvará a mi madre. La mujer que querías salvar ya no está en ninguna parte.”

“Te equivocas.”

“Soy mi propia persona. Así que, por favor, déjalo.”

Era cierto que Miyo llevaba sangre Usuba. Sin embargo, también era hija de los Saimori, nacida y criada en su casa. Miyo estaba donde estaba ahora gracias a los días que había pasado en aquella casa.

Aunque no conocía los sinceros sentimientos de su madre al casarse con la familia Saimori, al menos Miyo no creía que quisiera que Usui se llevara a su hija.

Por mucho que Naoshi Usui hubiera querido salvar a Sumi, no podía retroceder en el tiempo, y nadie podía ocupar su lugar. Miyo no se dejaría influenciar por sus caprichos.

“Eres demasiado estrecha de miras, Miyo. Tu mundo es demasiado estrecho. Mis objetivos no se limitan a aguas tan poco profundas. Necesito que mires al vasto y más amplio océano que tienes ante ti.”

Usui sonreía.

“Parece que, después de todo, tendré que llevarte a la fuerza.”

Volvió a blandir su afilada espada corta. Al mismo tiempo, su forma se fundió con el paisaje, desapareciendo lentamente de la vista.

“*Tsk...* Si desaparece, no hay nada que podamos hacer.”

Era imposible enfrentarse a un adversario invisible a los ojos e inaudible a los oídos.

La irritación de Mukadeyama era evidente para Miyo.

“¡Todos, rodeen a la señorita prometida! ¡No dejen pasar a Usui!”

“Líder de Escuadrón Mukadeyama, yo...”

Ahora ya no podía impedir que los miembros del escuadrón se sacrificaran. Antes de que Miyo pudiera expresar su pensamiento con palabras, Mukadeyama sacudió la cabeza.

“Estamos fuera de tiempo. Si nuestro sacrificio te duele, entonces por favor concéntrate en escapar a salvo.”

“No, ¿cómo podría?” Le preguntó Miyo.

“¡¿Cuánto tiempo vas a estar ahí sentada, Jinnouchi?! ¡Levántate! ¡Levántate y lucha!”

Aplicando presión sobre la herida de su hombro, Mukadeyama gritó a Kaoruko, que seguía congelada.

Entonces Miyo la vio agarrar con firmeza la empuñadura de su sable, aún en su funda. Luego, secándose los ojos con el dorso de la mano, se puso en pie.

“Lo siento, Miyo. Limpiaré el desastre que ha causado mi mala conducta.”

“Pero... Pero...”

Kaoruko, con los ojos enrojecidos; Mukadeyama, con el uniforme manchado de sangre; y el resto de los miembros del escuadrón vigilando atentamente los alrededores, con sus sables en la mano; todos y cada uno de ellos parecían a punto de entrar directamente en las puertas del infierno.

Miyo era impotente en una pelea.

“¡Todos, escuchen! Intenten evitar usar sus dones. Existe la posibilidad de que los efectos de los poderes de todos choquen y se anulen mutuamente.”

Todos asintieron a las órdenes de Mukadeyama.

A pesar de su determinación, en última instancia se enfrentaban a alguien que blandía Dones Usuba.

“¡Hnaugh.....!”

En guardia junto a Miyo, Kaoruko salió volando de repente y su cuerpo se estrelló contra el suelo.

“¡Kaoruko!”

Cuando Miyo gritó su nombre, Usui la agarró del brazo.

“¡Aaah!”

“Te vienes conmigo. Si no quieres que nadie salga herido.”

Las siniestras palabras, susurradas al oído, le pusieron los pelos de punta.

No quiero ir. Pero...

En el momento en que Miyo sacudió su cuerpo para escapar del agarre de Usui, sintió una sensación de frío en el cuello. Inmediatamente lo reconoció como la hoja de su espada corta.

“Bien, es hora de que todos se comporten.”

La amenaza iba dirigida a todos los del dojo, incluida Miyo.

Tal y como estaban las cosas ahora, nadie podía hacer nada para dañar a Usui. Aunque era poco probable que la matara, no tendría reparos en hacerle daño.

“Miyo...”

Tambaleándose, Kaoruko la llamó.

Es... Es demasiado tarde.

Mientras Usui obligaba a Miyo a caminar hacia la entrada del dojo, con su espada aún apretada contra su cuello, el rostro de su amado pasó por su mente.

Kiyoka.

Ah, por fin lo entendía. Sólo de pensar en él le aterrorizaba la idea de morir. No quería separarse de él. El dolor desgarrador hizo que sus lágrimas se desbordaran. Su intenso deseo de saber más de él. Su implacable ansiedad por su pasado con Kaoruko.

Por fin comprendió el verdadero significado de las emociones que sentía en el pecho.

“Aléjate de mí prometida.”

Todo sucedió en un instante.

Oyó una voz helada detrás de ella. Justo entonces, Usui cayó al suelo, con una bota militar aplastándole la espalda.

Liberada de repente del agarre de Usui, se tambaleó hasta el suelo, sólo para ser envuelta en un abrazo.

“¡Ah...! Kiyoka.”

“Siento llegar tarde. ¿Estabas llorando?”

Levantó la vista y vio el rostro sonriente del hombre que más le importaba.

Rozó con sus dedos de guante blanco las húmedas mejillas de Miyo.

“Lloré cuando pensé en ti.” No, no podría...

Nunca podría decírselo, ni quería que él se diera cuenta. Avergonzada, Miyo se cubrió las mejillas con las manos.

“¡Kiyoka... Kudou...!”

Usui escupió el nombre de su prometido y dio la vuelta a su espada corta, blandiendo la empuñadura contra su bota.

En el breve momento en que Kiyoka protegió de repente a Miyo tras él y movió el pie, Usui se dio la vuelta en el suelo y se puso en pie de un salto.

Miyo estaba atónita de que alguien de la edad de Usui pudiera moverse con tanta agilidad.

“Volviste después de todo, ¿verdad?”

“Desafortunadamente para ti, tenemos a alguien que puede ver el futuro trabajando de nuestro lado. Aunque para empezar era una finta bastante obvia.”

“El Príncipe Takaihito... Hmm, ya veo. Parece que esta vez mis planes eran demasiado simples.”

Usui se encogió de hombros.

Aunque había perdido su compostura original, no parecía especialmente decepcionado por el fracaso de su plan.

Casi como si no creyera en absoluto que había fallado.

Kiyoka arqueó ligeramente una ceja, también sintiendo que algo no iba bien en la actitud de Usui.

“No habrá próxima vez para ti, Naoshi Usui.”

“Oh no, las cosas acaban de empezar.”

El hombre torció sus rasgos finamente cincelados en una sonrisa enfermiza de diversión.

En ese instante, un grupo de grandes bolas de agua aparecieron de la nada y volaron hacia ellos.

“¡Eeek.....!”

Miyo cerró los ojos por reflejo. Sin embargo, Kiyoka y el resto de soldados dispersaron todos y cada uno de los proyectiles; ninguno de ellos dio en el blanco.

“Debe ser Houjou.”

Cuando oyó a Kiyoka murmurar esto agriamente con un chasquido de lengua, Miyo abrió los ojos y descubrió que Usui ya se había ido.

¿Está todo... bien?

Podría haberse ocultado con su Don y estar cerca. Aunque la idea se le pasó por la cabeza, estaba al límite de sus fuerzas mentales.

Kiyoka estaba con ella.

Sólo esto la llenó de una tremenda sensación de alivio, y se derrumbó al suelo.

“¿Miyo?! ¿Qué te pasa?! ¿Estás herida?!”

Con los ojos desorbitados, Kiyoka se arrodilló asustado y levantó a Miyo. Ella sacudió la cabeza para tranquilizarlo, lo que le hizo respirar aliviado.

“Lo siento... Supongo que me sentí un poco débil en las rodillas.”

“No, es culpa mía por no haber llegado antes. Debe haber sido aterrador.”

En efecto, se había asustado y, sin embargo, más allá del miedo, se sintió reconfortada al saber que habían capeado el desastre sin que nadie perdiera la vida y sin que Usui se la llevara.

Miyo agarró la manga del abrigo de Kiyoka con sus dedos temblorosos.

“Gracias por venir a salvarme.”

“Me alegro de que estés bien.”

Kiyoka se abrazó a su cuerpo helado. Aunque no se le saltaron las lágrimas, estaba a punto de llorar.

“Perdone que le interrumpa, señor.”

Miyo oyó la voz ligeramente irritada de Mukadeyama por encima de su cabeza.

Kiyoka miró a su subordinado con el ceño fruncido y resopló. Luego, soltando a Miyo a regañadientes y poniéndose en pie, miró fijamente a Mukadeyama.

“¿Qué?”

“En estos momentos, los hombres no heridos están rastreando la zona para comprobar si Usui o Houjou siguen al acecho. Los heridos ya han sido llevados a la sala de primeros auxilios. Afortunadamente, ninguno está gravemente herido.”

Mukadeyama había sufrido las heridas más graves. Mientras daba su informe a Kiyoka, el paño que apretaba contra su hombro se tiñó de carmesí.

“Nos dio una paliza, ¿no?”

“... Tiene mis disculpas, señor. Mi impotencia obligó a su prometida a ponerse al frente y al centro... *¡hngh!*”

Antes de que Mukadeyama pudiera terminar lo que estaba diciendo, Kiyoka le golpeó la mejilla con la palma de la mano.

“¡K-Kiyoka!”

“Es absolutamente indignante que la persona a la que se te encargó custodiar casi acabe siendo tomada como rehén. ¿Exactamente para qué estás aquí? No tengo sitio en mi unidad para gente que no puede llevar a cabo una sola tarea.”

“Sí, señor.”

“¿Y qué fue eso de obligarla a ponerse en la línea de fuego? Dependiendo de su respuesta, no tendré más remedio que considerar medidas disciplinarias.”

Ante Miyo estaba la famosa versión dura y de sangre fría del Comandante Kiyoka, a la que rara vez había visto.

Mientras tanto, Mukadeyama, que se había mostrado grandioso y opositor al reunir a los soldados poco antes, ahora se encogía de hombros.

Ante la fría ira de su oficial al mando, Mukadeyama informó exhaustivamente a Kiyoka de todo lo sucedido tras la llegada de Usui, sin incluir el más mínimo atisbo de sentimientos personales sobre los hechos.

“Todo es mi responsabilidad. Estoy preparado para cualquier castigo que considere necesario.”

Mukadeyama se disculpó con una reverencia antes de que Kiyoka le hiciera levantar la vista. Una vez más, estampó la palma de la mano en la mejilla del hombre, y el fuerte golpe resonó en el dojo.

Miyo se tapó la boca con la mano mientras presenciaba el doloroso espectáculo.

“Que te rompan la espada en un solo ataque de un hombre de mediana edad, resultar herido, sólo para ser escudado por un aficionado y por la misma persona a la que se te ordenó proteger. ¿De verdad eres un soldado? Me cuesta comprender cómo alguien puede fallar tanto como tú hoy.”

“Mis más sinceras disculpas, señor.”

“No necesito disculpas. Ha quedado claro que me eres inútil. Recibirás el castigo que buscas a su debido tiempo.”

“Entendido, señor.”

“Si realmente lo entiendes, entonces muévete. Incluso tú deberías ser capaz de lidiar con las secuelas.”

“Sí, señor... Si me disculpa.”

Mukadeyama, apenado, se dio la vuelta y se marchó trotando.

Desde la perspectiva de Miyo, parecía haber hecho un trabajo espléndido. Usui había sido simplemente un oponente demasiado fuerte. No era culpa suya, y habían podido capear el asalto de Usui casi sin heridas porque Mukadeyama se había mantenido firme.

“Kiyoka, sobre el líder de escuadrón Mukadeyama...” Empezó a decir antes de poder contenerse. Si el hombre estuviera aquí para ver

esto, probablemente la reprendería por volver a meter las narices donde no debía.

Sin embargo, Kiyoka pareció captar correctamente sus sentimientos.

“Lo sé. Es gracias al duro trabajo de Mukadeyama que ahora sigues aquí. Es un hombre excepcional. Tendrá que ser reprendido, pero no te preocupes, más tarde le recompensaré por el trabajo que ha hecho.”

“Entiendo... Um, también.”

Había otra cosa que le preocupaba.

Miyo echó un vistazo al interior del dojo, donde los soldados iban y venían a toda prisa. Ella ya no estaba en ninguna parte.

“¿Sobre qué, Kaoruko?”

Pronunciar su nombre en voz alta hizo que imágenes horribles flotaran en su cabeza una tras otra.

En el ejército, la traición merecía un castigo severo. Si alguien traicionaba a sus camaradas en el campo de batalla, las consecuencias serían inmensas. Para evitar estas situaciones, se podía llegar incluso a la ejecución.

Kaoruko no les había traicionado por voluntad propia. Sin embargo, eso no cambiaba el hecho de que, en última instancia, había invitado al enemigo al interior de los muros de la estación.

Pero era una buena amiga de Miyo. Independientemente de los sentimientos que Kaoruko pudiera haber tenido durante sus interacciones, el tiempo que habían pasado juntas había sido insustituible.

Sintió una punzada y bajó los ojos. Kiyoka le puso la mano grande en la cabeza y la acarició suavemente.

“No tengas esperanzas.”

“.....”

Miyo exhaló, como si intentara expulsar un mal sabor de boca.

Sólo podía rezar para que, al menos, le perdonaran la vida a su esperada primera amiga.

* * * * *

Arata, junto con los soldados de la Unidad Especial Anti Grotescos, dirigidos por Ookaito, siguieron la pista del emperador secuestrado y viajaron hasta la casa de vacaciones de la familia imperial.

Por supuesto, no podían entrar y salir libremente de allí.

Sin embargo, el automóvil que seguía el familiar de Arata se dirigió directamente en esa dirección, antes de desaparecer en el camino.

“El familiar desapareció...”

Ookaito reaccionó al murmullo aturdido de Arata mientras se ponían en marcha.

“¿Qué quieres decir con que «desapareció»? ¿Has perdido de vista hacia dónde se dirige el automóvil?”

“Sí. Quizá se dieron cuenta.”

Esta carretera costera era un camino recto y directo. Si seguían adelante, lo único que les esperaba era la zona bajo la jurisdicción del Ministerio de la Casa Imperial donde se encontraba la casa de vacaciones. Parecía inútil en este momento que su objetivo se deshiciera del familiar de Arata.

Sin embargo, puede que se hayan deshecho de él con un objetivo en mente.

Ookaito hizo una mueca; todo lo que tuviera que ver con Dones le superaba por completo.

“En cualquier caso, todo lo que podemos hacer es seguir adelante. Si siguen por este camino, se toparán con la seguridad del Ministerio de la Casa Imperial. El don de Naoshi Usui no hace que las cosas atraviesen las paredes, ¿verdad? Si entran a la fuerza en un área bajo la jurisdicción del Ministerio, deberían quedar rastros de ellos. Si no hay ninguno, bueno.....”

Arata podía suponer adónde conducía la evasiva de Ookaito.

La posibilidad de que la Comunión de los Dotados se infiltre en el aparato central de la nación.

Aunque no era algo en lo que quisiera pensar, tanto si ya había sucedido como si aún estaba en el horizonte, necesitaban considerar

las perspectivas de la situación antes de que las cosas llegaran a un punto sin retorno.

Pero si hay otra posibilidad además de esa...

Para empezar, cabía la posibilidad de que el emperador nunca hubiera venido aquí.

Quizá los secuestradores se habían percatado de que Arata estaba vigilando en el Palacio Imperial y, calculándolo todo hasta el familiar enviado para seguirles, manipuló lo que estaba viendo para llevarlos a todos a un lugar completamente distinto y sin relación alguna.

Otra opción indeseable. En el peor de los casos, no sólo perderían todo rastro del paradero del emperador, sino que podría dañar la confianza tanto en el propio Arata como en la familia Usuba en su conjunto.

Cualquier sospecha más dirigida hacia los Usuba sería una mala noticia.

El grupo de Arata siguió adelante, hasta que por fin llegaron a las tierras reservadas para la familia imperial bajo la administración del Ministerio del Interior.

Los terrenos estaban rodeados por un grueso muro de piedra y un denso matorral de árboles de hoja perenne, lo que impedía a un observador externo vislumbrar lo que ocurría en el interior.

La puerta estaba bien cerrada.

Parece que los guardias también están a salvo.

Arata observó a Ookaito acercarse a la puerta con amargura. Parecía que una de sus peores corazonadas había dado en el clavo.

Como era de esperar, cuando escucharon el testimonio del guardia de que no había pasado nadie, todos los soldados de la Unidad Especial Anti Grotescos se inquietaron.

“De momento investigaremos dentro.” Anunció Ookaito, pero muchos de los soldados seguían sin estar convencidos.

Arata le siguió y se adentró en los terrenos de la familia imperial, mientras el resto de los soldados le lanzaban miradas espinosas.

Naturalmente, no había rastro de que alguien hubiera estado dentro de la casa de vacaciones. Ni siquiera había huellas de pisadas en el suelo ni surcos dejados por un automóvil en la entrada. Estaba claro que nadie había estado en el lugar al menos en las últimas horas.

Arata podía sentir en sus huesos que la poca fe que la gente tenía en él empezaba a desvanecerse.

“Tal vez todo eran mentiras de Usuba.”

“Podría estar coordinándose con Usui.”

Los susurros empezaron a llegar a sus oídos.

“..... Nos retiramos.”

La decisión de Ookaito llegó después de que hubieran pasado alrededor de medio día investigando todos los rincones del recinto.

No encontraron ningún rastro tras tal inspección, por lo que estaba claro que el automóvil que transportaba al emperador no había llegado hasta aquí. En otras palabras, habían engañado a Arata para que siguiera una ilusión.

¡Maldita sea.....!

Esto sólo serviría para empeorar la posición de la familia Usuba.

“Mayor General, señor.”

Antes de que se diera cuenta, Arata había llamado a Ookaito para que lo detuviera.

No podía volver con las manos vacías. Si no tenía ningún resultado que mostrar, perdería demasiado prestigio.

“Por favor, dame permiso para investigar esta zona. Incluso hasta el final del día sería suficiente.”

“¿Vas a continuar por tu cuenta?”

“Sí.”

Arata sabía que estaba siendo egoísta. Sin embargo, tenía una razón por la que no podía volver aquí en silencio.

Se inclinó, suplicante. Ignorando la voz que le decía que era inútil suplicar, Arata mantuvo la cabeza baja hasta que Ookaito soltó un pesado suspiro.

“Lo permitiré. Adelante, echa un vistazo hasta que estés satisfecho. Yo mismo informaré de la situación a Takaihito.”

“Muchas gracias.”

“El resto de ustedes deben regresar a la capital.”

Ookaito y sus hombres se retiraron, dejando a Arata solo.

Ahora que estaba solo, no pudo evitar que la irritación por su propia vergüenza se apoderara de él. Usui le había dejado en ridículo. La situación era insostenible.

¿Por qué? ¿Por qué las cosas no salen como yo quiero?

Si Usui guardaba rencor a los Usuba e intentaba tenderle una trampa para que fracasara, entonces había tenido un enorme éxito. Llegados a este punto, era sólo cuestión de tiempo que el apellido Usuba fuera vilipendiado por cualquiera que estuviera familiarizado con ellos.

Las cosas no debían salir así.

“¡Maldita sea! ¡Maldita sea!” Maldijo fervientemente, levantando terrones de tierra.

Arata había confiado en Kiyoka para proteger y salvar a Miyo. Eso era porque había pensado que su papel era conseguir una pista sobre Usui. Sin embargo, en realidad, no había sido capaz de conseguir nada en absoluto.

Movido aún por su irritación, Arata recorrió la zona a trompicones. No cejaba en su empeño, a pesar de que el frío le entumecía las manos y los pies, y ya no sentía la nariz.

Sin embargo, por mucho que buscó, no pudo encontrar ni una sola pista.

Era natural, para empezar nadie había venido aquí.

Antes de que se diera cuenta, el sol se había ocultado y, sin ninguna fuente de luz alrededor, los alrededores se iban envolviendo poco a poco en una oscuridad total.

“Todo fue en vano..... ¿no?”

Arata temía volver a la capital mucho más que la oscuridad que le rodeaba.

¿Qué tipo de recepción me espera?

Estaba deprimiéndose cuando de repente oyó pasos detrás de él.

“Vaya, así que te quedaste atrás.”

Arata se dio la vuelta y posó sus ojos en un Naoshi Usui ligeramente fatigado.

Inmediatamente sacó su pistola de debajo del abrigo y le apuntó con el cañón.

“¡Todo esto es culpa tuya...!”

“¿Mi culpa? *Ja-ja-ja*. Qué digas eso es gracioso.”

Con sólo apretar el gatillo, Arata podría acabar con la vida de Usui en ese mismo instante. Sin embargo, la compostura del hombre nunca flaqueó.

“¿Qué tiene esto de gracioso?”

“¿Cómo no podría serlo? ¿Exactamente quién tiene tantos prejuicios hacia ti y los Usuba? ¿Yo?”

“No es eso...”

No era eso. No era Usui quien estaba usando cualquier razón disponible para oprimir a los Usuba, sin siquiera intentar considerar su verdadera naturaleza. Eran los otros usuarios de dones. Los militares.

Sin embargo, el hombre que tenía delante sin duda había contribuido a crear esa situación.

Arata hizo acopio de fuerzas en el dedo del gatillo.

“No crees que tus palabras me harán cambiar de opinión, ¿verdad?”

“No, no lo creo. Todavía tengo una muy buena opinión de los usuarios de dones de la familia Usuba, ya sabes. No eres de los que caen en una estratagema tan fácil.”

“Bueno, bueno, parece que, después de todo, lo entiendes. En ese caso, muérete.”

Arata sintió que irradiaba toda la rabia asesina que guardaba en lo más profundo de su corazón, pero aun así, Usui siguió hablando.

“Un momento. Dices eso, pero allá en la capital te sientes inferior y menos, ¿no?”

“¿Alguna vez te callas? ¿Qué tiene que ver eso contigo?”

“Quizá pueda decirte cómo hacerte la vida un poco más fácil.”

“..... Detestas a los Usuba, ¿verdad?”

“¿Quién puede decirlo? Sólo quiero ofrecerte una cosa.”

Una sonrisa apareció en su rostro, teñido de rojo e iluminado por el sol poniente, y Usui extendió lentamente la mano.

“Arata Usuba. ¿Te unirás a la Comunión de los Dotados?”

Qué pregunta más absurda. ¿Quién podría aceptar una invitación tan desaliñada?

Así, la búsqueda de una respuesta por parte de Arata no duró más que un breve instante.

CAPÍTULO 6:

Sentimientos de Cara al Futuro

Tras la incursión de Usui en la estación, Miyo siguió acompañando a Kiyoka a la estación como de costumbre.

Sin embargo, no todo había vuelto necesariamente a ser como antes.

El paradero de Usui volvía a ser un misterio, y él aún no había renunciado a Miyo. No quedaba más remedio que restringir aún más su libertad de movimientos.

Por órdenes del alto mando militar, Miyo ni siquiera podía caminar sin compañía por el interior de la estación, así que pasaba el tiempo remendando y arreglando objetos al lado de Kiyoka en su despacho.

En comparación con el tiempo de relax que había pasado en la estación hasta entonces, su vida actual era aburrida y limitada. Se sentía abatida al pensar en ello.

Día tras día, buscaba a su primera amiga, a pesar de saber que no podía estar allí.

En este día gélido y despejado, Miyo volvía a matar el tiempo tejiendo en el despacho de Kiyoka.

“Comandante, ¿me permite un momento?”

La pregunta de Mukadeyama vino acompañada de un golpe en la puerta.

“Adelante.”

“Disculpen mi interrupción.”

Parecía que hacía siglos que no veía a Mukadeyama.

Asumiendo la responsabilidad de la desgracia de la unidad, había sido fomentado con una gran cantidad de trabajo, tratado como chico de los recados mientras seguía sirviendo en su puesto de jefe de escuadrón.

Aunque la herida de Usui parecía estar mucho mejor, Mukadeyama mostraba un rostro ansioso y rígido mientras permanecía de pie frente al escritorio de Kiyoka.

“Comandante, ¿me permitiría tomar prestada a su prometida — Lady Miyo Saimori— por un breve espacio de tiempo?”

Al oír su propio nombre salir de repente de la boca de Mukadeyama, Miyo levantó la vista.

Kiyoka fulminó con la mirada a su subordinado tras escuchar su petición.

“¿Crees que lo permitiría?”

“... No, para nada.”

“Entonces esto fue una gran pérdida de tiempo, ¿no? Vuelve y ponte a trabajar.”

Pero en un sorprendente giro de los acontecimientos, Mukadeyama respondió a la inequívoca desestimación de su petición por parte de Kiyoka con una abrupta reverencia.

“Por favor, señor. No tiene que ser por mucho tiempo.”

“Esto es lo suficientemente importante como para correr los riesgos de hablar, ¿no?”

“..... Por favor, señor.”

Mukadeyama permaneció profundamente inclinado a la altura de las caderas, sin dar muestras de levantar la cabeza. Su postura dejaba claras sus intenciones: no iba a moverse de su sitio hasta obtener la aprobación que buscaba.

Kiyoka pareció percibir su determinación.

“Entonces, esto no tomará mucho tiempo, ¿verdad?”

“No, señor.”

“Entendido... Sin embargo, también voy a estar cerca escuchando.”

“Eso no será un problema. Muchas gracias, señor.”

Mukadeyama volvió por fin a la posición erguida y se acercó en silencio a Miyo.

Abrumada por la expresión un tanto desesperada de su rostro, dejó la aguja de tejer en sus manos y se sentó en posición de firmes.

“¿Puedo molestarle un poco de su tiempo?”

“S-Sí.”

No tenía motivos para rechazarlo. Suponiendo que lo hiciera, podía sentir agudamente que al igual que durante su intercambio con Kiyoka, él se mantendría firme hasta que ella accediera.

Instada por Mukadeyama, le siguió, desplazándose a un nuevo lugar.

Parecía que se dirigían al dojo.

“Hará frío donde vamos, Miyo. ¿Te parece bien?”

“Sí, estaré bien.”

Kiyoka, que seguía aún más de cerca de Miyo, lanzó una mirada preocupada a su prometida. Aun así, Mukadeyama no parecía que fuera a hacer nada en detrimento de ella, y el frío no era un problema gracias a su abrigo *haori*.

Entraron en el dojo y lo encontraron vacío, sin ningún alma a la vista.

Dado que los soldados se habían enfrentado a Usui aquí, esperaba ver secciones dañadas por la lucha, pero parecía que ya habían sido reparadas, como si la batalla nunca hubiera tenido lugar.

“Perdóname... Este era el único sitio que se me ocurría ahora mismo donde podíamos hablar sin que nadie más nos interrumpiera.”

Mukadeyama no se disculpó con el aire digno de antaño, sino con un tono vagamente inseguro. Inquieta, Miyo negó con la cabeza.

“No es ningún problema, por favor, no te disculpes.”

El recinto de la estación estaba muy concurrido.

La infiltración sin esfuerzo de Usui en su hermética seguridad, junto con la revelación de que había un colaborador en sus filas, había provocado un fiasco absoluto.

No sólo eso, sino que, aunque la ciudadanía aún lo desconocía, el paradero del emperador seguía siendo desconocido. Dado que la situación implicaba a la Comunión de los Dotados, no había más remedio que recurrir a la Unidad Especial Anti Grotescos, capaz de luchar con sus propios poderes sobrenaturales, para hacerles frente.

Los soldados de Kiyoka se apresuraban por toda la capital imperial para atajar el problema.

Sin embargo, dado que en el interior de la estación también seguían trabajando varios hombres, había un número limitado de lugares en los que podían conversar tranquilamente.

“Permítame presentarle mis más sinceras disculpas.”

Mukadeyama se volvió energicamente hacia Miyo, que estaba detrás de él, y volvió a inclinarse profundamente hacia el suelo.

“¿Eh.....?”

Este giro de los acontecimientos la dejó totalmente confundida.

Nunca se habría imaginado que él, de entre todas las personas, se inclinaría ante ella. La escena que tenía delante le parecía demasiado

increíble, así que se volvió hacia Kiyoka, que esperaba entre bastidores detrás de ella, pero él no parecía especialmente sorprendido por nada de aquello.

“He sido dominante y arrogante al hablar contigo... Te he insultado, te he llamado nuestra enemiga y mujer impotente. Aunque hablaba mucho de que yo no tenía prejuicios, la verdad era que no te aceptaba ni te aprobaba. Fui un tonto.”

“Sólo decías la verdad...” Balbuceó Miyo, bajando los ojos.

Las afirmaciones de Mukadeyama sobre ella habían sido correctas, o al menos convincentes. Pero desde que él le había advertido directamente a la cara de todo aquello, nunca se había sentido tratada injustamente ni insultada en absoluto.

La sangre de los Usuba corría por sus venas, y era razonable que otros usuarios de dones vieran a la familia como su enemiga. Miyo era una usuaria de dones inepta y ni siquiera sabía manejar una espada. En caso de emergencia, era simplemente una carga.

Todo eso era cierto.

Los comentarios de Mukadeyama eran diferentes a los que los otros soldados habían dirigido a Kaoruko. Esos comentarios fueron hechos a sus espaldas ignorando la clara demostración de fuerza de Kaoruko, de ahí que a Miyo le parecieran tan extraños.

“No, estaba equivocado. En aquel entonces... Si no te hubieras puesto delante de todos nosotros cuando Naoshi Usui atacó, habría perdido la vida, junto con muchos otros hombres.”

“Pero..... al hacerlo acabé ignorando las órdenes que me dieron.”

Miyo se sintió mortificada cuando recordó sus acciones.

Había actuado por voluntad propia cuando se suponía que la mantenía bajo protección. En todo caso, su comportamiento merecía más bien un reproche.

Sin embargo, Mukadeyama levantó la voz.

“¡En absoluto! Por favor, permíteme disculparme. Te subestimé completamente a pesar de no saber nada de ti. Eso no me hizo mejor que los tontos que te soltaban tonterías tendenciosas. Eres valiente, Miyo. Protegiste a todos de cualquier daño.”

“U-Um...”

¿Qué se suponía que tenía que decir? Para empezar, no estaba enfadada con él.

Cuando vaciló, Kiyoka le puso suavemente una mano en el hombro.

“¿Lo perdonarás o no? Depende de ti.”

“Pues...”

En primer lugar, no tenía nada que perdonar. Mukadeyama no tenía ninguna culpa.

Miyo le miró a los ojos y empezó a hablar.

“Líder de escuadrón Mukadeyama, no se equivocó. Fue pura suerte que lo que hice el día del ataque tuviera éxito. Dependiendo de cómo se desarrollaran las cosas, podría haberlos puesto a todos en peligro. Por eso... supongo que eso significaría que te perdono.”

“Muchas gracias.”

La voz de Mukadeyama era débil; Miyo podía intuir que aquello le había preocupado profundamente.

Cuando imaginó las dolorosas emociones que debían estar desgarrando su corazón desde que ocurrió el incidente, sintió que eso era más que suficiente.

“Mukadeyama.”

“Sí, señor.” Respondió a Kiyoka, levantando la cabeza.

“No diría que lo has manejado todo correctamente. Tu flexibilidad y adaptabilidad en el momento deja mucho que desear. Debió de haber una estrategia mejor a tu disposición.”

“Sí, señor.”

“Pero en última instancia, sólo puedo decir eso en retrospectiva. Mirando sólo tus resultados, el mero hecho de que nadie perdiera la vida es más que suficiente para decir que actuaste correctamente.”

“Comandante...”

“Antes me preguntaste si serías disciplinado por este incidente. En todo caso, yo también soy responsable por no haber tomado la decisión

correcta durante el asalto de Usui. Por eso.” Continuó Kiyoka. “Espero cosas buenas de ti de aquí en adelante. Trabaja duro.”

“Entendido, señor.”

Mukadeyama volvió a hacer una profunda reverencia y se volvió hacia Miyo.

“De cara al futuro, también voy a intentar cambiar la forma de pensar de los demás. Asimismo me esforzaré para asegurar que esta organización pueda ser alabada sin vergüenza como una meritocracia adecuada. Igualmente por el bien de Jinnouchi.”

Miyo se limitó a asentir, lentamente.

Mukadeyama tenía mucha experiencia de liderazgo. Si afirmaba que tomaría la iniciativa para introducir cambios, Miyo sabía que todo saldría bien.

Dejando atrás en el dojo a Mukadeyama, que debía ocuparse de su siguiente tarea, Miyo regresó a la oficina con Kiyoka.

De camino hacia allí, su mente estaba ocupada en última instancia con pensamientos sobre su amiga.

“Kiyoka, sobre Kaoruko...”

Incluso desde el ataque, no había aparecido por la comisaría. Estaba detenida en el cuartel militar, a la espera de sentencia. Dada la gravedad de su traición, no había nada fuera de lugar en esto.

El único consuelo era que Ookaito la protegía de la tortura.

“¿Te molesta?”

“Sí. Por supuesto.”

Miyo miró a su alrededor mientras caminaba.

En ese pasillo y en todas las habitaciones que lo bordeaban, mirara donde mirara, los momentos que había pasado con Kaoruko se repetían vívidamente en su mente.

Aunque no todos fueron agradables, los recuerdos que compartió con su primera amiga fueron preciosos para ella.

La echo de menos.

Sin la cara sonriente de Kaoruko cerca, Miyo se sentía insoportablemente sola, como si tuviera un agujero en el corazón.

“No se puede tolerar la traición.”

A Miyo se le heló el corazón ante el comentario en voz baja de Kiyoka.

Lógicamente, lo entendía. Un extraño no debería hablar de cosas que no conoce. Aun así, era desgarrador que la vida de Kaoruko de aquí en adelante se decidiera basándose en el único hecho de que había estado en comunicación con el enemigo.

“¿Hay algo que puedas hacer para salvarla?”

Antes de darse cuenta, Miyo había dejado de caminar y verbalizado sus esperanzas en voz alta.

Sus sentidos intentaron impedir que juntara las siguientes palabras, pero su lengua ya estaba en movimiento y no se detuvo.

“Kaoruko se vio obligada a cooperar con la Comunión de los Dotados para salvar a su familia.”

“Esto no lo decides tú.”

“Lo sé. Pero...”

La mirada de Kiyoka era fría mientras respondía a los intentos de Miyo de argumentar a favor de su amiga.

“Los militares decidirán cómo tratar con Jinnouchi. Nada de lo que digas cambiará eso.”

“... Eso podría ser cierto para mí. Pero podrías ser capaz de salvarla, ¿verdad?”

“No ayudaré a saltarse las normas militares.”

El tono de su prometido era más cortante que nunca y Miyo casi se estremeció ante la respuesta.

Pero esto era algo en lo que no podía permitirse echarse atrás.

“Kiyoka, ¿estás diciendo que no te importa en absoluto lo que le pase?”

No había querido decirlo así.

Por supuesto que Kiyoka debía estar preocupado por Kaoruko. Como compañera de armas, y alguien a quien conocía desde hacía mucho más tiempo que a Miyo, tenía que estar preocupado por ella.

Pero...

Era culpa de Miyo que Usui hubiera engañado a Kaoruko para que siguiera sus caprichos. La había utilizado en un intento de apropiarse de Miyo.

Era angustioso pensar que Kaoruko se había visto forzada a esta injusta posición por su culpa.

“Si dejan a Jinnouchi libre de culpa por esto, será un mal ejemplo. Deja de ser egoísta.”

“Pero no estoy siendo egoísta, es—”

En cuanto esas palabras salieron de su boca, Miyo se dio cuenta de lo autoritaria que estaba siendo. Se calló al darse cuenta de que estaba actuando como una niña malcriada.

La fría mirada que recibió entonces se clavó con fuerza en su pecho.

“Renuncia a tratar de ayudarla.”

Incapaz de luchar contra lo que era claramente el ultimátum de Kiyoka, y a la vez carente de palabras para anularlo, Miyo se mordió los labios.

* * * * *

Su ajetreada vida cotidiana pasaba en un abrir y cerrar de ojos.

Antes de que se diera cuenta, era el último día del año, con uno nuevo en el horizonte.

Miyo estaba pasando ese día en la finca principal de la familia Kudou, sintiéndose un poco emocionada.

Por insistencia de Hazuki, esa tarde celebrarían una reunión con algunos de sus conocidos comunes de confianza. No era una fiesta en toda regla, pero sí una oportunidad para que todos pudieran relajarse y compartir sus problemas.

Por supuesto, era normal que la gente pasara las fiestas de fin de año con la familia, así que la asistencia no era obligatoria.

Dicho esto, la reunión en sí parecía ser para Kiyoka en particular, que intentaría pasar tanto Nochevieja como Año Nuevo evitando a su familia si lo dejaban solo.

“Entren, los dos. Los estaba esperando.”

Todavía tan abrumada como siempre por la extravagante mansión, Miyo recibió una ardiente bienvenida junto a Kiyoka en cuanto llegaron.

Hazuki llevaba un vestido rojo oscuro, tan guapa como siempre.

“Hermana... Por favor, baja el tono, es vergonzoso verlo de alguien de tu edad.”

Hazuki hizo un mohín en respuesta a la exasperada reprimenda de Kiyoka.

“Oh, cállate. Tus miraditas a Miyo no son propias de alguien de tu edad.”

“No he estado mirándola. No seas ridícula.”

Miyo no pudo evitar sonreír al ver a los dos gorjear de un lado a otro.

Así actuaban siempre que se encontraban. Era una alegría para Miyo, ya que podía ver expresiones en la cara de Kiyoka que nunca vería cuando estaban los dos solas.

Ambos fueron conducidos al salón, donde esperarían hasta la hora de comer.

Aunque nada parecía haber cambiado entre ellos en apariencia, tanto Miyo como Kiyoka se habían sentido algo incómodos el uno con el otro desde el día en que ella había discutido con él por el tratamiento de Kaoruko.

Aunque al principio Miyo se había sentido insegura respecto a Kaoruko, sobre todo cuando se enteró de su relación con Kiyoka, la idea de que ahora abandonara a Kaoruko hizo que la antipatía aflorara en su interior.

¿De verdad es demasiado tarde para hacer algo?

Durante el ajetreo de su vida cotidiana, la cuestión del destino de Kaoruko no podía pesar en su mente. Pero cada vez que se detenía un momento para descansar, la ansiedad y la frustración irrumpían de repente en su mente.

“Siento haberte hecho seguirle el juego al absurdo de mi hermana.”

Al ver que Kiyoka lanzaba un suspiro llevándose una mano a la frente, Miyo volvió en sí, sacudiendo la cabeza con una sonrisa.

“No es absurdo en absoluto. Yo también quería ver a tu hermana, así que estoy feliz de estar aquí.”

“Pero el fin de año es agitado, ¿no?”

Es cierto que Miyo tenía muchas cosas que hacer, pero le sobraba tiempo para una comida.

Ya había terminado la mayor parte de la limpieza de fin de año en la casa y había preparado toda la comida de Año Nuevo que pudo.

Dicho todo esto.

No puedo creer que sea Nochevieja...

Este último año había sido un torrente embravecido como Miyo nunca había experimentado antes, y probablemente nunca lo volvería a hacer. Fue un cambio drástico con respecto al año anterior, que había pasado acurrucada en su fría habitación de la Casa Saimori.

No podía creer que hubiera pasado menos de un año desde que empezó a vivir con Kiyoka. Su vida había sido tan confusa desde que se fue de casa que ni siquiera podía recordar todo lo que había pasado.

“Es una época del año muy ajetreada, pero satisfactoria y agradable... Mucho más de lo que ha sido en el pasado.”

Tomó su taza de té negro y contempló el vapor que salía de ella.

“Ya veo. En ese caso, si te parece bien.”

A Miyo le encantaba pasar tiempo a solas con Kiyoka más que nada en el mundo.

Seguía siendo reservada y seguía teniendo sus preocupaciones, pero había encontrado cierta medida de felicidad. Si la Miyo de hace un año se viera ahora, seguramente pensaría que era una fantasía increíble.

Mientras esperaban, dando sorbos de vez en cuando a sus té y conversando sobre nada en particular, sintieron la llegada de más y más invitados desde el otro lado de la puerta del salón.

En cuanto oyeron unos fuertes golpes en la puerta del salón, esta se abrió enérgicamente de par en par.

“¡Hola, hola! ¿Cómo está, Comandante? ¿Señorita Miyo?”

Entrando enérgicamente en la habitación estaba el hombre que antes se recuperaba de sus graves heridas en el hospital, Godou.

“... Oh genial, invitó a otro ruidoso y molesto con el que lidiar.”

“Oh, vamos, Comandante, escúchate. ¿No ha sido duro no tenerme cerca? A mí no me engañas.”

Sonriendo, Godou parecía tan animado y enérgico como antes de sus heridas.

“¿Se han curado ya sus heridas, Sr. Godou?”

Asintió a la pregunta de Miyo.

“Absolutamente. Siento haberte preocupado. Vuelvo a estar al cien por cien. Tardé tanto en recibir el alta que estaba a punto de estallar.”

“Me alegra oírlo.”

Arata fue la siguiente persona en entrar en el salón.

“Veo que todos están aquí.”

Su primo, vestido como siempre con su traje perfectamente entallado, no parecía diferente en absoluto. Pero eso la inquietaba.

Miyo se había enterado de lo ocurrido el día que Usui asaltó la estación.

Al parecer, le habían engañado para que siguiera a un señuelo en la persecución del emperador secuestrado, y se sentía responsable de haber salido de la situación sin ningún resultado que mostrar. Desde entonces, Arata había seguido tenazmente a Usui y rara vez encontraba tiempo para volver a casa, lo que hizo que el abuelo Yoshirou acudiera a Miyo para discutir la situación.

Era comprensible. Las duras críticas que las personas familiarizadas con los Usuba habían vertido sobre ellos se habían endurecido aún más a raíz de este suceso.

Con el orgullo de su familia en juego, Arata no podía permitir que su metedura de pata se mantuviera.

Estoy segura de que yo haría lo mismo si me pusieran en su lugar.

Molesto e inquieto. Las emociones debían de arremolinarse en su interior.

Así pues, dadas las circunstancias, había pasado bastante tiempo desde la última vez que le vio.

A primera vista, parecía el mismo de siempre, pero ella no podía fiarse de su intuición. Era muy hábil ocultando sus propias emociones, por lo que sus pensamientos internos probablemente se desviaban mucho de su conducta alegre exterior.

“¿Has estado bien, Miyo?”

“Sí. Tú también pareces estar bien, Arata.”

“Afortunadamente. Aunque tengo muchos problemas.”

Mientras Miyo y Arata conversaban, Kiyoka gruñó con desagrado. Al darse cuenta, Arata le lanzó una mirada vagamente provocativa.

“Si actúa así de mezquino, Mayor, también hará que la pobre Miyo se sienta incómoda, ¿sabe?”

“Métete en tus asuntos.”

Hacía bastante tiempo que Miyo no veía ese vaivén causal entre ellos.

Después apareció Kazushi, que saludó a los demás amigos de Hazuki y causó otro alboroto en cuanto vio a Godou. A medida que la reunión se volvía más concurrida, se acercaba la hora de comer.

Por fin llegó el único invitado que quedaba.

Miyo no podía creer lo que veían sus ojos cuando miró por la ventana.

“¿Kaoruko?”

Su voz tembló ligeramente.

Inmediatamente después notó que el automóvil se detenía repentinamente frente a la mansión, bajando de él estaba la amiga en la que había estado pesando, a quien había anhelado ver.

No cabía duda de que se trataba de su amiga Kaoruko Jinnouchi en persona, vestida con una camisa blanca y pantalones militares bajo un abrigo largo.

Ookaito bajó del vehículo junto a ella, y ambos atravesaron la entrada. Kiyoka y Godou reconocieron la llegada de su superior y salieron a la entrada para saludarle.

Miyo se acercó a la puerta tras ellos, para ver qué ocurría.

“Bienvenida, Jinnouchi.”

“G-Gracias por recibirme.”

Kaoruko respondió al saludo de Hazuki con una voz ligeramente aguda y le entregó un pequeño regalo envuelto en tela. Hazuki le dio las gracias, sonrió y se volvió hacia Ookaito.

“Gracias por las molestias.”

“En realidad no. A fin de cuentas necesitaba estar aquí para presenciar la liberación de Jinnouchi. No era ninguna molestia extra.

Kiyoka, Yoshito, será mejor que se aseguren de relajarse durante este tiempo libre, ¿entendido?”

“Sí señor.”

“¡Por suuupuesto!”

Respondiendo a ambos con un movimiento de cabeza, Ookaito se dio la vuelta antes de que Hazuki le detuviera.

“¿Ya te vas?”

“Sí. Mis padres no estarían contentos si me quedo mucho tiempo en esta mansión. Asahi también está esperando que vuelva a casa.”

“Ya veo. Espera un momento.”

Hazuki respondió con una cálida sonrisa antes de hacer que los sirvientes le trajeran un paquete envuelto, que luego entregó a Ookaito.

“Toma. Es un regalo para Asahi. ¿Puedes mantenerlo en secreto de tu madre y tu padre?”

“Entendido.”

Cuando Ookaito tomó el regalo, Miyo y él se miraron durante un breve instante. Ella se inclinó ante él, y él respondió con una simple inclinación de cabeza.

Al ver cómo Ookaito abandonaba la mansión, todos suspiraron aliviados. Sólo Miyo corrió directamente hacia Kaoruko.

“¡Kaoruko!”

“Oh... Miyo.”

Ahora que estaba cara a cara con su amiga por primera vez en mucho tiempo, Miyo se dio cuenta de que estaba un poco más delgada de lo que recordaba, y su cutis no estaba en muy buena forma.

Cuando Miyo vio que su amiga bajaba los ojos al suelo en señal de culpabilidad, la agarró de la mano sin dudarlo.

“Kaoruko, ¿has estado bien?”

“Sí... Um.”

Kaoruko hizo una mueca de tristeza y, tras mirar a la gente reunida en la entrada, hizo una vigorosa reverencia.

“¡Lo siento mucho, muchísimo! ¡Te he causado muchos problemas!”

Gotas de lágrimas dispersas cayeron al suelo y se hundieron en el hormigón de la entrada.

No había excusa para el acto de traición de Kaoruko.

Sin embargo, también había sido en parte inevitable. Convencida de que el dojo de su familia y su padre sin don habían sido tomados como rehenes, no le había quedado más remedio que hacer lo que Usui le dijera.

A Miyo le dolió el corazón al imaginar la culpa que debía de estar atormentando a Kaoruko.

“Levanta la cabeza, Jinnouchi.”

Kiyoka fue quien se dirigió a ella.

Levantando lentamente la cabeza, los ojos de Kaoruko estaban húmedos por las lágrimas.

“Seguro que el general de división ya te ha reprendido bastante, así que no tiene sentido decir nada más.”

“Comandante...”

“Hermana, si todo el mundo está aquí, ¿no deberíamos darnos prisa y empezar?”

Kiyoka giró la cabeza y le hizo una sugerencia a Hazuki. Su hermana respondió con una alegre sonrisa.

“Buen punto. Muy bien, todo el mundo. Para la comida de hoy, he intentado seguir el estilo occidental y la he servido tipo buffet. Vamos todos al comedor.”

Sin dejarse arrastrar por los demás cuando empezaron a moverse, Miyo tiró de la mano de Kaoruko.

“Nosotras también deberíamos ir.”

“..... Lo siento, Miyo.”

“Por favor, no más disculpas.”

En realidad, Kaoruko no había sido absuelta de nada. Miyo también había oído decir a Kiyoka que sería imposible absolverla de nada.

Aceptar el castigo no significa que el delito desaparezca con él. Sin embargo, culpar y atormentar a alguien para siempre no haría feliz a nadie.

“Me alegro de verdad, desde el fondo de mi corazón, de que tú y yo hayamos podido hacernos amigas. Y estoy muy feliz de que seas capaz de volver así. ¿Te sientes diferente?”

En respuesta a la pregunta de Miyo, Kaoruko negó con la cabeza.

“Yo también me alegro de poder volver a hablar contigo. ¿Estás segura de que está bien que siga siendo tu amiga después de todo? No soy una molestia, ¿verdad?”

“En absoluto. Así que por favor, espero que podamos seguir siendo amigas de aquí en adelante.”

“¡Sí, yo también...!”

Miyo no pudo reprimir una sonrisa ante su amiga, de nuevo conmovida hasta llorar a mares, antes de dirigirse juntas al comedor.

EPÍLOGO

Miyo puso los fideos soba en la olla hirviendo.

Revolvió el contenido de la olla con los palillos de cocinar, haciendo flotar vapor caliente en el aire.

Hoy ha sido muy divertido.

Habían regresado del almuerzo en la finca principal de los Kudou, y ahora el sol casi se había ocultado bajo el horizonte. Miyo estaba en la cocina, preparando la cena para recibir el nuevo año.

No había mucha gente en la comida, pero se lo había pasado muy bien.

La comida había sido deliciosa, llena de todo tipo de platos occidentales poco comunes, y había sido emocionante moverse libremente y conversar con gente muy diversa, por lo que Miyo sintió que había sido una tarde muy satisfactoria.

“Oh, no.”

Tenía la corazonada de que si se quedaba absorta en sus pensamientos, cocería demasiado los fideos. Miyo retiró frenéticamente la olla del fuego y suspiró aliviada.

Tomó uno de los fideos soba calientes y lo enfrió antes de llevárselo a la boca. Si los iba a usar para sopa, habría sido mejor que estuvieran un poco más firmes, pero aun así eran aceptables.

Tenemos que cenar antes de que se empapen.

Miyo cargó rápidamente los fideos soba en dos cuencos de porcelana y vertió sopa caliente sobre ellos. Encima, colocó los trozos de tempura ya fritos y los adornó con un poco de cebolla de verdeo.

La tempura consistía principalmente en bacalao, gambas y verduras.

“Si se me permite decirlo, es un trabajo bastante bueno.”

Era la primera vez que preparaba soba para Nochevieja, y se alegró de haberle preguntado a Yurie cómo hacerla con antelación. Sin embargo, no le dio muchos problemas, ya que simplemente hirvió los fideos, y la tempura no era diferente de la tempura hecha innumerables veces antes. El sabor de la sopa era la receta secreta de Yurie.

Además del soba de Nochevieja de esa noche, también había preparado tubérculos hervidos —zanahorias y daikon, entre otros— y repollo chino en escabeche, junto con una excepcional botella de sake refinado.

La cocina parecía una cornucopia de colores simplemente por todos los platos diferentes.

“Tee-jee.”

La mera fragancia del caldo que flotaba en el aire llenó a Miyo de alivio.

La realidad no era todo diversión y juegos; también traía muchas ansiedades, junto con la fatiga mental que surgía de la agitación de la vida diaria.

Sin embargo, hoy era Nochevieja y mañana comenzaban las vacaciones de Año Nuevo. Quería, al menos, disfrutar de este corto periodo de tiempo en paz. También quería que Kiyoka pasara el tiempo en tranquilidad mental.

“Kiyoka, la cena está lista.”

“Entendido.”

Cuando asomó la cabeza por el salón, Kiyoka estaba pasando los ojos por unos documentos con el ceño fruncido.

Hazuki les había invitado a pasar la noche en la finca principal, pero Kiyoka no esperó ni un segundo antes de rechazarla. Miyo estaba segura de que esos documentos eran una de las razones.

Aunque se suponía que iba a tener unos días libres por Año Nuevo, seguía llegando un pequeño número de informes debido a todos los problemas sin resolver que tenía su unidad en ese momento. Debía de querer quitárselos de encima antes de que las cosas volvieran a descontrolarse.

Miyo habló mientras colocaba los platos en la mesa.

“... Um, ¿por qué no te tomas un pequeño descanso?”

“Cierto, cierto. Lo siento.”

Al principio dio una respuesta poco entusiasta, pero Kiyoka se fijó en la cena colocada frente a él y empezó a reunir el amplio despliegue de documentos que tenía delante.

Miyo se giró de nuevo para mirar a Kiyoka mientras él se alejaba e inclinó la cabeza.

“Gracias, Kiyoka.”

Ella sintió que él estaba ligeramente desconcertado, preguntándose de dónde venía la repentina gratitud de Miyo.

“¿Por qué?”

“Por Kaoruko. La ayudaste, ¿verdad?”

Miyo recordó el intercambio de palabras entre Kiyoka y Kaoruko en la finca principal de los Kudou.

Kiyoka había parecido frío e indiferente, pero Miyo se daba cuenta de que eso significaba esencialmente que la había perdonado. No era tan engreída como para atreverse a pensar que su apelación fue lo que le hizo perdonar a Kaoruko. Sin embargo, se alegró de no haber perdido a la primera amiga de su vida.

“No hace falta que me des las gracias.”

Kiyoka se dio la vuelta, pero en sus ojos no había el menor atisbo de ira.

“Nuestra lucha contra la Comunión de los Dotados sólo va a ser más intensa de aquí en adelante. No podemos permitirnos perder potencia de fuego.”

Alarmada al oír las palabras “Comunión de los Dotados”, otra nueva oleada de ansiedad brotó en ella.

“¿Ha... ha pasado algo?”

“No. En todo caso, los informes dicen que no ha habido novedades. Sólo que podría haber algo dentro de ellos que sirviera como pista o indicio.”

“..... ¿Así que la Comunión de los Dotados no se encuentra en ninguna parte?”

“Así es. Tampoco tenemos ni idea de dónde ha ido a parar exactamente el emperador. De momento se mantienen callados, pero eso es razón de más para pensar en la posibilidad de que estén tramando algo grande.”

Usui había asaltado la estación y había sido repelido por Kiyoka. Sin embargo, en ese momento, el comportamiento del hombre no había parecido particularmente molesto, y en absoluto como alguien que acaba de ver frustrados sus planes.

Se avecinaba algo terrible.

Incluso un profano como Miyo podía sentirlo en sus huesos.

Kiyoka suspiró ligeramente y agarró con suavidad la mano de Miyo.

“Está bien. Intentaré hacer algo con todo lo más rápido que pueda. No dejes que te preocupe... Aunque, estoy seguro de que eso es pedir lo imposible.”

“Lo intentaré.”

Alentada por su suave palma, Miyo esbozó una leve sonrisa.

La última noche del año transcurrió en silencio.

Los dos habían terminado de comer su soba de Nochevieja y se estaban relajando un rato cuando la nieve apareció revoloteando en el exterior.

“Empezó a caer, ¿verdad?”

Cuando Miyo abrió la puerta corredera que comunicaba con el pasillo exterior, el rostro de Kiyoka se iluminó ante la escena que vio asomarse por la rendija.

La luz de la lámpara eléctrica del salón se derramaba sobre el porche, iluminando los pétalos blancos que danzaban en el aire. Una fina capa se había asentado ya sobre el patio, como una espolvoreada de azúcar.

“Nieve.....”

A Miyo no le gustaban ni la nieve ni el invierno.

Sin un brasero en la estrecha habitación de su antiguo hogar, cada año el terrible frío era tortuoso. Sin embargo, contemplar el blanco paisaje desde el interior de un cálido hogar, le parecía caprichoso, una visión vibrante pero insonora.

“Miyo.”

Al girarse al oír su nombre, Miyo vio que Kiyoka bebía de su taza de sake mientras miraba al exterior.

“Ven aquí.”

“De acuerdo.”

Se sentó a su lado.

“Este año ha sido bueno. Porque pude conocerte.”

A su lado, oyó su suave y dulce voz.

Pero, en ese caso, fue un año aún mejor para mí...

El año pasado por estas fechas, nunca lo habría imaginado. Que llegaría un invierno en el que no desearía morir congelada de frío.

Que tendría la oportunidad de conocer a alguien tan querido para ella, tan inseparable.

“Sí, um, y-yo..... siento lo mismo.”

En cuanto ella respondió, su cuerpo se acercó al de él y sus labios se rozaron.

Su segundo beso tenía el tenue aroma del sake.

Sonó la campana del templo.

Los últimos vestigios del año les dieron un abrazo silencioso y nevado y pasaron al siguiente.

PALABRAS DEL AUTOR

Hola a todos, espero que les vaya muy bien.

Se trata de Akumi Agitogi, la autora cuyo seudónimo difícil de escribir/difícil de leer/difícil de recordar por fin se está poniendo de moda, hasta el punto de que ha empezado a creer erróneamente: “Oye, ¿a lo mejor de verdad es genial?”

Mi Feliz Matrimonio ha llegado al cuarto volumen, y parece casi increíble que mi primera serie haya llegado tan lejos.

Este volumen era una continuación del anterior, y estoy segura de que hay algunos lectores que tienen *mucha* curiosidad por saber qué acabó ocurriendo exactamente con cierto personaje, pero espero que lo hayan disfrutado. Lo siento por aquellos que esperaban con impaciencia la boda de Miyo y Kiyoka. Todavía no.

Ahora que la historia ha llegado al cuarto volumen, se han introducido bastantes más personajes en la historia. El más destacado de los nuevos personajes de este volumen es el primero de los subordinados de Kiyoka que se nombra, descontando a cierto hombre que quedó atrapado en una explosión. Hasta ahora me había centrado en Miyo como protagonista principal, por lo que la Unidad Especial Anti Grotescos no se había tocado demasiado, pero junto con la

introducción de los nuevos personajes, espero que ese elemento de la historia se haya definido un poco más.

Además, aunque seguro que a estas alturas resulta obvio, esta es también una historia sobre el crecimiento personal de Miyo. Al interactuar con los nuevos personajes, como autora, espero que madure y crezca aún más como persona. Aún tendrá que enfrentarse a más pruebas antes de que la historia llegue a su programada boda primaveral, ¡pero estoy segura de que los dos conseguirán superarlas de algún modo!

La adaptación al manga de Rito Kousaka se está publicando por entregas en “Gangan Online” de Square Enix, ¡con críticas muy favorables! Además, para cuando este cuarto volumen de *Mi Feliz Matrimonio* salga a la venta, el segundo volumen de la adaptación al manga también debería estar en las tiendas, así que espero que también lo adquieran.

Permítanme un momento para decir que este volumen alcanzó un grado absolutamente histórico y sin precedentes de locura rampante, y acabé causando a mi editor una enorme cantidad de problemas. Lo siento mucho. Muchas gracias.

También a Tsukiho Tsukioka y a la inimaginablemente bella ilustración de la portada del cuarto volumen. Le agradezco sinceramente su trabajo.

Por último, a todos los lectores que han seguido acompañándome en este viaje. Tengo que darles las gracias por poder continuar esta historia. Tienen mi más humilde gratitud.

Hasta la próxima.

Akumi Agitogi

PALABRAS DEL TRADUCTOR

En esta ocasión la traducción de esta historia fue posible gracias al patreon, gracias RZ por tu continuo patrocinio, así como a los demás que me apoyan, espero que tú y quienes lean esto disfruten tanto o más que yo.

El desarrollo personal de Miyo es de admirar, nuestra chiquita está madurando y creciendo.

En lo personal creo que Arata está haciendo de espía.

Ya cada vez falta menos para que nuestra pareja protagónica vaya más allá de darse besos.

Expectante para cuando ocurra la boda, sin más nos leemos (?) en otra ocasión.

Para todos de Ferindrad.

**Amar: eso es todo; querer: todo es eso. Los
mundos brotaron al eco de un beso.**

AMADO NERVO.

**(JUAN CRISÓSTOMO RUIZ DE
NERVO)**

Escritor y poeta mexicano.

(1870-1919)